instituciones de las provincias están contribuyendo, en forma eficaz, a las investigaciones científicas, que no tienen por qué ser el patrimonio de la Capital Federal.

"El otro aspecto, no menos interesante y digno de mención, es la interpretación de aquellos hechos y las correlaciones que de ellos deducen sus descubridores, con un acopio de términos de comparación que les ha obligado a una revisión de casi toda la arqueología americana. Entra aquí el inevitable factor subjetivo, sin el cual no existe — es casi redundante decirlo — ninguna tarea de elaboración mental, pero que en ésta es quizá mayor que en otras ramas de la ciencia, por lo mismo que se trata de los fenómenos complejos y sutiles de una psicología extinguida hace muchos siglos, que una nueva psicología trata de penetrar, desentrañar y reconstruir. Estas interpretaciones y conclusiones quedan, naturalmente, libradas a la discusión de los estudiosos y, desde luego, podrán o no ser aceptadas; pero cualesquiera sean las reservas que pudieran formularse, y sin que esto implique siquiera la intención de anticipar un juicio en ningún sentido, quedará en pie no sólo este aporte objetivo de innegable valor, sino también otras características morales que deben ser muy especialmente realzadas: me refiero a la sincera convicción, a la honrada franqueza, a la buena fe y a la respetuosa modestia, no exenta de firmeza y de intrepidez, con que los señores Wagner exponen sus ideas. Cuando, como en el caso presente, todas estas condiciones — no siempre concurrentes, por desgracia — se añaden a una claridad de pensamiento y de expresión — que el idioma francés acentúa con su maravillosa flexibilidad —, estas generalizaciones cobran cierta elegancia espiritual, y si a veces pueden no convencer completamente, siempre despiertan un profundo interés y seducen por la misma fecundidad de las sugerencias que suscitan."

Debo añadir ahora que si las precedentes palabras hubiesen sido escritas después de conocer el tomo I (1934) de la hermosa obra de los hermanos Wagner, las salvedades expresadas deberían haber sido mayores. No soy arqueólogo, ni tengo opiniones comprometidas. Estoy obligado, sin embargo, a conocer lo suficiente de esa materia como para comprender cuán justificados son los reparos formulados a la forma en que los autores han encarado su tema y a muchas de sus conclusiones. Lo digo con verdadero pesar y con la misma sinceridad con que fué hecho el precedente elogio. Es muy sensible que los autores se hayan dejado sugestionar por consideraciones extracientíficas, — o aparentemente científicas —, propias o extrañas, y no hayan querido escuchar, en cambio la de sus colegas del Museo de Buenos Aires, a los que expresan gentilmente su reconocimiento en la *Advertencia* (pág. XVII), y quienes con amistoso empeño y con tan buenos argumentos trataron de disuadir a Duncan Wagner de que se comprometiera en afirmaciones y correlaciones tan arriesgadas. Pero sobre todo, es sensible que no hayan publicado en ese primer tomo, como era lo lógico, la descripción detallada y metódica de los hallazgos, de los yacimientos y de los materiales tan profusamente figurados, y separadamente todas las conclusiones y reflexiones que hubiesen creído convenientes.

EXEGESIS

EXEGESIS

por

FRANCISCO DE APARICIO

AL realizar el rápido resumen de arqueología santiagueña, en la segunda reunión de esta "Semana", traje intencionalmente el recuerdo de mi curso de 1929. Con más razón debo de hacerlo al dar mi interpretación acerca de los hallazgos arqueológicos.

Creí oportuno, por aquel entonces, recordar mi impresión ante las primeras piezas santigueñas. Al mostrarme Rivet, en el Museo de Historia Natural de París, una pequeña pero selecta colección enviada por los hermanos Wagner, preguntó: —¿De dónde cree usted que viene esto? —Del Noroeste argentino — respondí sin hesitar. —¿No cree usted que puede ser peruano? —No. Al responder tan categóricamente a estas preguntas, sabía bien que no hubiera podido precisar más de seguir el interrogatorio. Aun cuando en aquél momento sólo estaban visibles hermosos tiestos policromos y faltaban los elementos que singularizan la cerámica santiagueña, y de los cuales luego hemos de ocuparnos, comprendí en el acto que aquél conjunto, si bien debía de proceder del Noroeste argentino, presentaba un matiz diferente de lo conocido hasta entonces.

Ignoraba en aquella ocasión e ignoraba también en 1929 que esa misma había sido la opinión de Ambrosetti después de describir, precisamente, la sumaria colección que reuniera en Tarapaya. Mas, luego de apreciar en conjunto el acervo cultural de los aborígenes de Santiago del Estero, la interpretación no es tan fácil y la respuesta ha de ser cautelosa y asentada sobre hechos concretos.

Las noticias históricas relativas a los aborígenes que poblaban las riberas de los grandes ríos santiagueños han sido interpretadas y comen-

tadas de diversas maneras. En otra ocasión hemos dado nuestra opinión que sería inoportuno puntualizar ahora [1]. En mérito a la brevedad hemos de limitarnos a recordar que — a estar a las fuentes más antiguas y fidedignas — el país estuvo habitado por un pueblo de "gente limpia y bien dispuesta", vestido y sedentario. Sus bohíos "muy grandes" los agrupaban en pueblos de "a ochocientos y a mil casas puestas por sus calles", que cerraban con palizadas. Practicaban una agricultura superior, adaptación notable a las condiciones del ambiente, y criaban, asimismo, "ovejas como las del Perú". Acerca de su vida espiritual sabemos por autorizada referencia de Cieza: "no comen carne humana, aborrecen el pecado de la sodomía, son grandes hechiceros, tratan con el demonio, tienen determinadas prácticas funerarias", etc.

Es principio general para todo el continente que la arqueología revele, en cada país, la existencia de pobladores antiguos, de cultura análoga a la de los aborígenes que encontró el conquistador. Santiago del Estero no hace excepción.

Los restos arqueológicos podrían atribuirse a los pobladores protohistóricos, pero es necesario someterlos previamente a breve análisis [2].

(1) FRANCISCO DE APARICIO, *Los aborígenes del Noroeste Argentino* (versión taquigráfica de un curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores, durante los meses de agosto y septiembre de 1933, en *Cursos y Conferencias*, III, núms. 8, 11, 12, IV, núms. 1 y 4; Buenos Aires, s|d.

(2) OUTES, respondiendo a la inquisición de un diario vespertino, sintetizó su opinión en los siguientes términos: "Tengo para mí que los restos materiales reunidos en los llanos orientales de Santiago del Estero, pertenecen a una cultura en cierto modo local; simplemente prehispánica, y que subsistía aún, precariamente, en los comienzos del siglo XVII. Me refiero a la del gran complejo étnico conocido con la designación genérica de Tonocoté, que ocupaba, en el momento histórico del descubrimiento, las llanuras boscosas situadas al oriente de Ancasti y del Aconquija, como las cuencas de los ríos Dulce y Salado. Los Tonocotés, que comprendían varios subgrupos, todos ellos sedentarios y agricultores (Isistinés, Oristinés, Toquistinés y, quizá, los Lulés), eran hombres que por su idioma, y por ser recios y de elevada estatura, se diferenciaban de los que habitaban los valles intermontanos del Noroeste argentino. Sin embargo, la vigorosa personalidad cultural de estos últimos influenció sus artes industriales, como lo evidencian algunas de las piezas obtenidas; mientras, por otra parte, llama la atención, al examinar el aspecto facial y lateral del cráneo dado a conocer por "Crítica", su semejanza con cierto tipo morfológico frecuente en la región septentrional de Córdoba.

De la cultura a que he aludido, prescindiendo del rico material reunido por los señores Wagner, sólo se conocen pocos jalones aislados: las alfarerías obtenidas, hace ya muchos decenios, en las márgenes del río Dulce a poca distancia de la capital de la provincia; las coleccionadas en Tarapaya; la hermosa urna descubierta no lejos de Robles; y el enterratorio del Arroyo del Medio, en el Chaco jujeño, situado, precisamente, en el linde de la montaña y la selva, y que parece señalar hacia el Norte — al menos hasta ahora — la máxima expansión de sus manifestaciones". ("Crítica", Buenos Aires, 17 de septiembre de 1929).

Interesa, ante todo, definir sus vinculaciones con los pueblos vecinos. La analogía de algunos objetos de cerámica santiagueña con restos semejantes de la limítrofe "provincia" de los diaguitas es tan grande que pueden confundirse. Pero, apreciado en conjunto, el acervo arqueológico santiagueño difiere en grado muy apreciable, del procedente de regiones vecinas. Difiere por la presencia de elementos propios que no existen en el patrimonio de los demás pueblos andinos de nuestro país; difiere, asimismo, apreciando, aisladamente, la decoración de la cerámica santiagueña realizada con motivos comunes a otros pueblos, pues aquélla presenta caracteres de composición y estilo peculiares, absolutamente inconfundibles. Considero innecesario insistir acerca de los motivos a que aludo, dirigiéndome a un público de especialistas o estudiosos. Refiérome, desde luego, a la representación humana y, en particular, a la manera de estilizarla; a la presencia de lágrimas y de manos; de aves, ofidios y otras figuras zoomorfas; al empleo frecuente de grecas y motivos análogos de aspecto geométrico, etc. Podría agregar, aún, la forma general de los vasos cuyos especímenes más conspicuos son la urna y el puco.

De los elementos propios o, al menos, no registrados en otros pueblos del Noroeste argentino el más notable e importante es, desde luego, la nariguera. Adorno frecuentísimo en la representación de la famosa "deidad".

Teniendo en cuenta todos estos elementos de juicio, en 1929, llegué a la siguiente conclusión: la cultura de los aborígenes de Santiago del Estero debe de considerarse como una prolongación de la cultura diaguita; los caracteres particulares que la singularizan son fácilmente explicables y permiten distinguir un nuevo grupo dentro de aquel vasto complejo cultural.

Creía en aquel entonces, y sigo creyendo, que es más prudente y justo designar con una sola palabra — diaguita — a la cultura de los antiguos pobladores del extenso territorio que los conquistadores llamaron "provincia de los diaguitas". No tenemos, a mi entender, información suficiente como para establecer culturas diferentes. En cambio, estamos en presencia de acervos arqueológicos regionales que presentan distingos esenciales, especialmente si se los aprecia desde el punto de vista artístico.

Sabios, sin duda, estuvieron nuestros predecesores que se limitaban a distinguir "estilos".

Estas diferencias muy evidentes han movido a algunos autores a establecer, dentro de aquella región, diversas culturas. Culturas que fueron, también, bautizadas con más o menos acierto. La verdad en su punto: bastante menos que más.

Pero como la discrepancia es un tanto bizantina, más cuestión de palabras que de conceptos, puesto que sólo se funda en la interpretación e importancia de aquellos elementos diferenciales, no habría inconveniente alguno en poner un poco más a la moda mi antigua interpretación. Diríamos, entonces, que la cultura de los aborígenes de Santiago del Estero es semejante, muy semejante a las que se desarrollaron en la vecina área diaguita. La presencia de la nariguera constituye la diferencia más notable. Elemento intrusivo que podemos considerar aculturado de los vecinos pueblos chaqueños.

La especiota de la milenaria antigüedad de la cultura santiagueña tiene, obvia decirlo, tanto fundamento como su vinculación con los bravos raptores de Elena. Ningún yacimiento arqueológico argentino ha proporcionado, hasta hoy, elementos de juicio para atribuir antigüedad, relativa o absoluta, a los restos que encerraba. Excepción hecha, va de suyo, de los restos extraídos de terrenos antiguos, geológicamente hablando, o de los objetos de manufactura europea cuyo valor cronológico escapa a toda interpretación. De varios yacimientos santiagueños se han exhumado cuentas de vidrio. Es indudable, por lo tanto, que algunos aspectos de aquella cultura, por lo menos, han alcanzado tiempos protohistóricos.

Antes de terminar esta exposición es de estricta justicia confesar que esta interpretación en la cual coincidimos todos, en líneas generales, fué dada ya en 1901 por Ambrosetti. La perspicacia del sabio gastador permitióle acertar, como tantas veces, disponiendo de muy escasos elementos de diagnóstico. Su tesis es cautelosa y prudente pero de una gran clarividencia. Acaso por simple y por lógica no pudo ser aceptada por los creadores de la "Civilización chaco-santiagueña".

En el curso de una conferencia Duncan Wagner [1] atrevióse a hacer

(1) DUNCAN L. WAGNER, *La civilización chacosantiagueña* (conferencia pronunciada en el Centro Naval el 23 de abril de 1932); Buenos Aires, 1932.

esta afirmación que por cierto poco lo honra: "Después de haber hecho la descripción de la bella pieza que tenéis ante vosotros, en la que veía una representación de alguna divinidad atmosférica alada que adoraban, sin duda, las antiguas razas de la República Argentina, Ambrosetti [1] exclamó: "¿Quiénes serían estos indios que nos han dejado tan extraños ejemplares de su arte cerámico?". Nos felicitamos en poder dar hoy una respuesta a la cuestión planteada, hace muchos años, por aquel precursor de la arqueología argentina y que había quedado sin contestación, lamentando mucho que quien tanto hubiera deseado recibirla, no esté aún entre nosotros".

Y bien, no es cierto que Ambrosetti se contentara con el interrogante. Si planteó aquella pregunta fué para dar, a renglón siguiente, esta respuesta que, en lo fundamental, es aceptada con rara unanimidad por todos los especialistas del país y del extranjero: "Las analogías de los fragmentos de Tarapaya con los encontrados en la región Diaguita-calchaquina de Catamarca, y la representación mitológica de la urna Jesús Fernández, que tiene algo que ver con las otras representaciones de la misma región, como también la coincidencia de los hallazgos citados por el doctor Moreno de moluscos (de especies que viven actualmente en el Océano Pacífico) en urnas conteniendo huesos humanos hallados en las orillas del río Dulce y también en los valles Calchaquíes me hacen suponer con algunos visos de verdad que se trata de los mismos indios y de lá misma civilización, esa civilización que podemos llamar: Diaguita-Calchaquí" [2].

(1) JUAN B. AMBROSETTI, *Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LI, 175; Buenos Aires, 1901.

(2) Métraux, años más tarde, al comentar la aparición de la obra de los Wagner, expresó idéntica opinión: "Grâce à eux, nous savons maintenant que l'admirable civilisation diaguito-calchaqui, qui a fleuri dans le nord-ouest de l'Argentine jusqu'à la conquête espagnole, s'est étendue dans la plaine à l'est. Les civilisations andines ont exercé une forte influence sur la culture des peuplades de la pampa voisine, influence qui s'est manifestée aussi bien dans le domaine des arts que de la linguistique. On parlait la langue kakana à Santiago del Estero jusqu'au milieu du XVIIIe. siècle.

La céramique de Santiago del Estero entre dans le cadre de la culture diaguito-calchaqui avec quelques petites variations locales comparables à celles qui se présentent dans la décoration de la poterie de Catamarca, par exemple." (ALFRED MÉTRAUX, *Archéologie sudaméricaine*, en *Journal de la Société des Américanistes*, XXVII, 256; Paris, 1935).

EXEGESIS

por

SALVADOR CANALS FRAU

I

NO hay duda de que el problema etnológico de Santiago del Estero ha sido mal planteado. Los descubridores de las hermosas series de cerámica conocidas por "civilización chaco-santiagueña" han buscado correlaciones más desde el punto de vista de la estética y general-humano que desde el científico o genético-cultural; y se ha dado más importancia a la interpretación del simbolismo de los elementos decorativos que al estudio comparativo con las culturas vecinas. Ha resultado de ello una sublimación de los hallazgos que, junto con su publicación en dibujos artísticos y multicolores, produce en uno la impresión de que la cerámica de Santiago del Estero se hallara completamente exenta de todo condicionismo de tiempo y de lugar.

Y sin embargo, la cultura chaco-santiagueña es, como todas, muy de su tiempo y muy de su lugar. Desde el punto de vista arqueológico no es posible desconocer las íntimas relaciones que la unen a las demás culturas de las montañas vecinas, particularmente a la diaguita y a la de la quebrada de Humahuaca, con las cuales comparte algunos elementos fundamentales que caracterizan nítidamente a las tres. La conexión con las culturas andinas es, pues, por ese lado, de todo punto innegable.

Pero no es solamente la posesión en común de varios elementos culturales de importancia suma, lo que enlaza a la cultura chaco-santiagueña con las culturas vecinas por el Oeste, sino que también es posible demostrar su contemporaneidad y misma evolución en su fase final.

Es todavía muy poco conocido el hecho, pese a que el profesor Aparicio, en su síntesis arqueológica, lo acaba de mencionar, que últimamente se está descubriendo en Santiago una faz nueva de la industria figulina regional, muy bien conocida de yacimientos catamarqueños. En efecto, en la Mesopotamia santiagueña, especialmente en el departamento La Banda, se ha encontrado que numerosas elevaciones de las que tanto abundan en la región — los mal llamados túmulos — contenían una cerámica negra, del mismo tipo de la que Debenedetti encontrara en La Ciénaga. Acompañan a esta alfarería con decoración incisa, hachas de piedra con surco circular, cucharitas de barro con mango corto, y unos pequeños recipientes con apéndice al borde, que son iguales a otros hallados en la provincia de Catamarca.

Pues bien, esta cerámica de tipo La Ciénaga aparece en Santiago en los mismos yacimientos en que se encuentran las urnas policromas, y en un nivel inferior al de la rama A de la cultura chaco-santiagueña. Resulta de esto, que la tan sonada "civilización" del "imperio de las llanuras" es posterior, al menos en los lugares citados, a la cultura representada por la cerámica negra incisa.

El mismo estado de cosas tenemos en la región diaguita. En los yacimientos catamarqueños de La Florida, en el departamento Belén, Schreiter pudo mostrar que la alfarería negro-gris se hallaba muy por debajo de las urnas policromas [1]. Y Casanova había ya antes expresado, al estudiar sus hallazgos en Huiliche, en la misma región catamarqueña, que la cultura representada por la cerámica de La Ciénaga era más antigua que la del estilo santamariano [2].

Resulta de lo expuesto, que las similitudes entre ciertos aspectos de las culturas que comparamos se extiende también a una misma sucesión de fases finales y, por lo tanto, a su contemporaneidad.

Pero aun hay más. Serrano ya ha mencionado el hallazgo de objetos

(1) R. SCHREITER, *Nota preliminar sobre una exploración arqueológica en la loma de La Florida, Corral Quemado, departamento de Belén (Catamarca)*, en *Boletín del Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional de Tucumán*, II, nº 7. Tucumán, 1936.

(2) E. CASANOVA, *Hallazgos arqueológicos en el cementerio indígena de Huiliche, Departamento de Belén (provincia de Catamarca)*, en *Archivos del Museo Etnográfico*, III, 143. Buenos Aires, 1930.

europeos mezclados con cerámica chaco-santiagueña [1]. Durante una estadía en Santiago del Estero, el verano pasado, pude obtener, en el mismo Museo Arqueológico de aquella ciudad, algunos detalles respecto de estos hallazgos. Al excavar los cimientos de una nueva construcción en el lugar conocido por *Fortín de Mancapa,* sobre el Salado, se encontraron objetos de cobre y hierro junto con cerámica de la cultura chaco-santiagueña. El Museo Arqueológico de Santiago guarda algunos de estos restos metálicos.

Resulta de lo dicho, que la cultura chaco-santiagueña ha de haber sobrevivido hasta la época colonial. Esta supervivencia no queda en manera alguna desvalorizada con el alegato de que la coexistencia de restos de la mencionada cultura haya sido demostrada en lugares que fueron reducciones punitivas de indios, como se ha querido pretender.

II

Si de los datos arqueológicos no se puede deducir la ingente antigüedad que los descubridores de la cultura chaco-santiagueña le habían dado, y sí en cambio su subsistencia en el momento de la conquista, interesa saber quiénes eran, en esa época, los habitantes del país, esto es, qué pueblo era el portador de aquella cultura.

Al estudiar la documentación escrita, lo que más fundamentalmente resalta es la existencia — ya señalada hace unos años por Aparicio [2] — de dos pueblos distintos en la región y en la época que nos ocupan. Uno de ellos era sedentario, cultivador, y ocupaba las márgenes de los ríos Salado y Dulce. El otro nómada, invasor, que "desbarataba y destruía" al primero. Para los primeros años de Núñez de Prado, con quien se inicia la época colonial, este proceso de desalojo y destrucción, tan en boga en aquellos tiempos en las llanuras vecinas, había ya llegado al grado de que los invasores habían "vencido y acorralado... algunos pueblos" de lo que posteriormente fuera jurisdicción de Santiago. Agregan los declaran-

(1) A. SERRANO, *La etnografía antigua de Santiago del Estero. Siglo XVI*, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, XVII, 337. Buenos Aires, 1934.

(2) F. DE APARICIO, *Los aborígenes del Noroeste argentino*, en *Cursos y Conferencias*. Año IV, pág. 350.

tes en la información levantada en aquella ciudad en 1585 [1], y el P. Bárzana, en su carta de 1594, repite el dato [2], que de no haber sobrevenido en aquel preciso momento la conquista española, los invasores destruyeran por completo a la gente del país.

Establecido este punto fundamental, veamos quiénes eran los unos y cuáles los otros.

En primer lugar, llama la atención el hecho de que los indios sedentarios y ocupantes de la tierra santiagueña a mediados del siglo XVI, sean llamados *Xurí* o, modernizado y españolizado, *Juríes*, por las primeras fuentes escritas. Como es sabido, el nombre pertenece al idioma quichua, y significa "avestruz", como muy bien lo explica el coetáneo historiador Fernández de Oviedo [3]. Por lo tanto, el nombre en cuestión correspondería más bien a un pueblo nómada, que andara vagabundo, como los *Rhea*, dentro de un área determinada, pero no a un pueblo sedentario, de relativa alta cultura. Es, pues, muy probable que nos hallemos frente a un error de atribución de nombre, máxime si consideramos que muy pronto desaparece este gentilicio, y que ninguna fuente conocida, en ningún momento, nos habla de una lengua jurí. La presunción, empero, deviene certeza, cuando vemos que la conocida carta de Diego Pacheco, de 1569 [4], dice que también los indios de Nuestra Señora de Talavera o Esteco, eran indios *Xurí*, aunque se diferenciaban de los de Santiago en la lengua, en su manera de vivir y en su indumentaria. Y la región de Esteco estaba, por la época, poblada de indios pertenecientes al elemento invasor. Vemos, pues, en un documento de la primera hora y escrito por el fundador de la ciudad de Esteco y gobernador en Salta, aplicar el mismo nombre de *Xurí* tanto a los indios sedentarios de Santiago del Estero, como a los de vida nómada de Talavera de Esteco.

(1) *Información levantada por el Procurador de la ciudad de Santiago del Estero*, en R. LEVILLIER, *Gobernación de Tucumán. Correspondencia de los Cabildos*. Madrid, 1918.

(2) *Carta del P. A. de Bárzana, S. J., al P. Juan Sebastián su Provincial*, en *Relaciones Geográficas de Indias*, t. II. Madrid, 1885.

(3) G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDEZ, *Historia general y natural de las Indias*, t. IV, pág. 264. Madrid, 1851.

(4) *Relación de las provincias de Tucumán, dirigida por el capitán Diego Pacheco al gobernador del Perú*, en R. J. FREYRE, *El Tucumán colonial*, t. I, pág. 75. Buenos Aires, 1915.

Se ve, pues, claramente, que el nombre de *Xurí* no designaba a una entidad étnica concreta, sino que era un nombre colectivo de los primeros años de la Colonia, que se aplicaba a los indios que residían fuera de la región andina del Tucumán. En consecuencia, y en razón de su ambigüedad, el nombre de *Xurí* o *Juríes*, no puede ni debe mantenerse como nombre propio de una unidad étnica determinada.

El mencionado Fernández de Oviedo, al relatar el paso de Almagro por el actual valle de Lerma — para mí la antigua "provincia de Chicoana" — califica de *Xurí* a los indios que habían destruído la comarca [1]. No hay duda alguna de que estos indios eran *Lules*.

El error de designar de una misma manera a indios étnicamente tan distintos como eran estos *Lules* invasores y el elemento sedentario santiagueño, deriva sin duda de los datos algo confusos traídos al Perú por los participantes en la expedición de Almagro a Chile, y la entrada de Rojas al Tucumán. En esos momentos, estos conquistadores sólo se fijarían en la diferencia que parecía existir entre los indígenas vestidos de los Andes y los desnudos o semidesnudos de las regiones extraandinas. Más adelante, fundadas ya las primeras ciudades, y encomendados parte de los naturales, con un mejor conocimiento de la región y de sus habitantes, desaparece el nombre de *Xurí* como gentilicio, y deja paso a dos otros mejores y más concretos: *Tonocotés* para los sedentarios de Santiago, y *Lules* para el elemento invasor.

Tonocotés eran, pues, los indios sedentarios de Santiago. Documentalmente consta ya para 1573 la existencia de este idioma en el amplia área de aquellos indígenas [2]. La conocida relación del vecino de Santiago, Sotelo Narváez, de 1583, lo da como la lengua que habla la mayoría de los pueblos que sirven a Santiago [3]. Por la misma época, el P. Bárzana, que poco después compondría una gramática de esta lengua, la estaba apren-

(1) FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDEZ, *loc. cit.*, pág. 263.

(2) De un documento referente a la toma de posesión de una encomienda, surge que la "lengua tonocoté" era la del pueblo de *Gastona*. Si bien este pueblo dependía de la ciudad de San Miguel de Tucumán, se hallaba incluído dentro del área de los indios sedentarios de Santiago. Ver *Documentos coloniales*, publicados por la Junta Conservadora del Archivo Histórico de Tucumán, t. I. pág. 63. Buenos Aires, 1936.

(3) *Relación de las provincias de Tucumán, dirigida por el capitán Pedro Sotelo Narváez al Presidente de la Audiencia de Charcas*, en R. J. FREYRE, *El Tucumán colonial*, t. I, pág. 89. Buenos Aires, 1915.

diendo "a ratos perdidos", según dice Techo [1], estando en Santiago. Y este mismo misionero expresa en su mencionada carta de 1594, que casi todos los pueblos del Salado, y cinco o seis del Dulce [2], eran de este idioma. Por fin, un documento de 1609 se refiere expresamente a "seis indios Tonocotés" [3] en la región que nos ocupa.

De todo esto resulta que los indios *Tonocotés,* o de idioma tonocoté, representaban el elemento sedentario de Santiago, y eran, en consecuencia, los portadores de la cultura chaco-santiagueña, al iniciarse la colonización española.

III

En cuanto al elemento invasor, que, como rezan las declaraciones en la Información de Santiago, "en estas provincias llaman *lules*", todas las fuentes conocidas, excepto el citado pasaje en Fernández de Oviedo, los conocen por este nombre. La cita más antigua ha de ser la que figura en la probanza de González de Prado, soldado de la entrada de Rojas [4], quien expresa, que al regreso de una expedición al río de la Plata o Paraná, hallándose ya cerca de los Andes, estuvo en el descubrimiento de la provincia de los *Lules*. Sería esto, en la parte sudeste de la actual provincia de Salta.

Las fuentes escritas mencionan a estos indios tanto en jurisdicción de Santiago como en la de Esteco y en la de Tucumán. Para la llegada de Núñez de Prado, a mediados del siglo XVI, ocupaban un amplia área, que abarcaba, además del noroeste de Santiago, el norte todo de Tucumán y el centro y sud de Salta. Son ellos, sin duda, los que asolaban y destruían aquellas regiones, y también los destructores de la antigua cultura de La Candelaria. Hemos visto que para la misma época habían también comenzado el asalto de los de Santiago — que atacarían desde el Norte —, y que sólo la oportuna llegada de los españoles salvó a esa zona de su probable exterminio.

(1) N. DEL TECHO, *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay,* Lib. I, cap. XXV.

(2) BÁRZANA, *loc. cit.*

(3) *Documentos coloniales,* citados, t. II, pág. 214.

(4) Ver *Capítulos de una información de servicios, prestados por Pedro González de Prado,* en *Probanzas de méritos y servicios,* t. I. Madrid, 1919.

Fuera de que eran nómadas, altos de cuerpo, y de economía recolectora, poco es lo que de su etnografía sabemos. Ningún resto conocido hasta ahora les puede ser atribuído en propiedad. Pese a ello, los tres datos antes mencionados son suficientes para ubicar a esa entidad étnica dentro del grupo racial pámpido, cuyo dinamismo estaba entonces en pleno apogeo.

Ha sido objeto de muchas discusiones el saber si la lengua de estos *Lules* era o no era la tonocoté. Es éste un asunto de capital importancia, porque de ser una sola la lengua de los *Lules* y la de los *Toconotés,* resultaría que el idioma objeto de los afanes filológicos del P. Machoni [1] era la lengua de los portadores de la cultura chaco-santiagueña, y estos indios pertenecerían entonces, lingüísticamente, a la familia Lule - Vilela, del Chaco.

El P. Bárzana que, como se ha dicho, aprendió el idioma tonocoté estando en Santiago, después de haberse dedicado a la evangelización de los indios de esa jurisdicción empleando, seguramente, este idioma, pasó a la de Esteco, cuyos indios *Lules* habría catequizado por medio de la misma lengua. Más tarde estuvo en la misión de *Matará,* a unas siete leguas al Oeste de la ciudad de Concepción, sobre el Bermejo, gobernación del Río de la Plata, cuyos indios eran también de idioma tonocoté. Estando ahí compuso el citado Padre un *Arte y vocabulario de la lengua tonocoté* que, desgraciadamente, se ha perdido.

Otro misionero jesuíta, el mencionado P. Machoni, había estado a cargo de la misión de indios *Lules* asentada en 1711 sobre el Salado, en los lugares llamados *Valbuena* primero, y *Miraflores* después, y como consecuencia de sus trabajos compuso un *"Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté",* que se imprimió en Madrid en 1732. Llama la atención la equiparación lingüística que hace Machoni en el título de su obra, de *Lules* y *Tonocotés,* pues el autor sólo conoció a los primeros, con los cuales se habían constituído aquellas misiones [2]. Ya Hervás hubo de dudar de la supuesta identidad [3]. Mas es indudable que el nombrar Machoni con un

(1) MACHONI DE CERDEÑA A., *Arte y Vocabulario de la lengua lule y tonocoté.* Madrid, 1732. Larsen reeditó la obra, Buenos Aires, 1877.

(2) Ver A. MACHONI DE CERDEÑA, *l. c.,* Prólogo.

(3) HERVÁS Y PANDURO, *Catálogo de las lenguas,* I, Madrid, 1800.

doble gentilicio a los indios cuya lengua redujera a *Arte y Vocabulario*, no responde al hecho de que existiesen en Miraflores representantes de ambas entidades étnicas, pues el mismo autor dice que eran sólo *Lules*, sino a la sola creencia de que por medio de este idioma lule se pudiera — a la inversa de lo que hiciera siglo y medio antes el P. Bárzana —, catequizar a gran multitud de *Tonocotés* que — uno de los tantos mitos de la conquista — era creencia general debían existir, errantes, en los desiertos del Chaco. Basta con leer atentamente el prólogo que el P. Machoni da a su obra para convencerse de ello.

Por otra parte, no puede haber duda alguna de que lule y tonocoté eran dos lenguas distintas. El P. Bárzana lo atestigua al expresar, en su reiteradamente citada carta de 1594, que la lengua de los *Lules* "no se ha reducido a preceptos" [1], al revés de la de los *Tonocotés*, que lo había sido. También Sotelo Narváez menciona a una lengua lule, junto a la diaguita, tonocoté, indama y çanavirona [2], todas ellas lenguas del antiguo Tucumán.

El P. Machoni no sólo no conoció a indios de idioma tonocoté, sino que ni siquiera tuvo entre manos el *Arte y Vocabulario* de este idioma que siglo y medio antes compusiera el P. Bárzana. Por la época —1732 —, ya estaba perdida esta obra manuscrita. El mismo Machoni lo atestigua y dice que del famoso *Arté* "no ha quedado más que la noticia que de él se da" [3]. Carecía, pues, Machoni, de base cierta para identificar la lengua de los indios que él conociera — los *Lules* de Miraflores — con otros por él desconocidos, y que se creía errantes por el Chaco.

Resulta de todo ello, que la "lengua lule y tonocoté" de Machoni es sencillamente lule, y nada tiene que ver con el tonocoté. Por si lo dicho no bastara, podemos agregar que el solo hecho de que la lengua de Machoni carezca de palabras propias para designar a productos de la agricultura, como tabaco, porotos, etc., y empleando para ello las correspondientes palabras españolas, demuestra ya claramente que esa lengua no puede ser la de un pueblo de agricultores, como los *Tonocotés*, sino más bien la de un pueblo que, cual el lule, "no siembra".

---

(1) *Loc. cit.*
(2) *Loc. cit.*, pág. 86.
(3) *Loc. cit.*, pág. 35.

Para explicarnos el porqué algunos *Lules* pudieran entender algo de tonocoté, basta que nos representemos la situación que antes he esbozado. Originariamente, los *Lules* eran extraños al medio santiagueño. Procedían de la región del Bermejo. Hacia fines del siglo XV, al iniciarse aquella expansión pámpida que hizo que los *Mbayá* subyugaran la primitiva población aruac del Chaco: los *Guaná*, nuestros *Lules* hubieron de tomar parte en la aventura, y ocuparon diversas regiones del Tucumán. Y es natural que en sus hostilidades contra la población sedentaria del Salado y Dulce, de idioma tonocoté, algo hubieron de conocer de este idioma, aunque sin llegar nunca a asimilarse el idioma de los hostilizados. Tampoco los citados *Mbayá*, pueblo de lengua guaycurú, se apropió el idioma aruac del pueblo dominado, ni los *Araucanos* de los siglos XVIII y XIX se apropiaron, en sus continuas luchas contra el elemento cristiano de nuestras fronteras de la Pampa, el idioma español.

IV

Del idioma tonocoté, nada sabemos.

La lengua de los portadores de la cultura chaco-santiagueña permanece hasta hoy en el más profundo misterio. Sólo el recuerdo de su pretérita existencia, algunos topónimos y otros nombres de indios documentalmente mencionados como *Tonocotés*, es lo que de ella nos queda. En consecuencia, debemos reconocer que en el estado actual de nuestros conocimientos, la filiación lingüística de aquel interesante pueblo no es posible.

En cambio, el estudio de los elementos de aquella cultura nos ofrece algunos indicios. Ya hemos tratado de las hermosas series de cerámica policroma, y reconocido su estrecha afinidad con la de la vecina región diaguita. Mas debo agregar, que un análisis minucioso de los datos históricos y la valoración interpretativa de algunos arqueológicos, nos ofrecen un aspecto un tanto distinto, al revelar, en Santiago del Estero, una fuerte influencia amazónica junto a la indudable andina.

En efecto, la documentación histórica nos habla, para los indios de quienes tratamos, de una indumentaria que muy poco tiene de andina. Me refiero a la desnudez o semidesnudez característica de las culturas amazónicas. Un cinturón de plumas de avestruz los hombres, y unos "cor-

tos pañuelos'' las mujeres, en lugar de la característica camiseta y otras prendas de rigor en los pueblos andinos.

Los pueblos protegidos por empalizadas existentes para la venida de los españoles en las márgenes del Salado y Dulce, o sea en la región de los hallazgos de la cerámica perteneciente a la cultura chaco-santiagueña y al *habitat* de los *Tonocotés,* es un elemento eminentemente amazónico, que está en oposición a las defensas pircadas del área andina. En el mismo caso está el empleo de la ponzoña en las flechas, que mataban ''rabiando'' y ''dando de golpes y cabezadas'', según refieren los documentos primeros. Ambos elementos son propios de las culturas de los pueblos caribes y aruacos.

En un pasaje un tanto oscuro, Sotelo Narváez nos habla también [1] de unas ''raíces secas como la yuca, aunque silvestres'', que servían a la alimentación de los indios de los llanos de Santiago. La falta de puntuación, tan usual en los documentos antiguos, dificulta enormemente la interpretación. En particular, no sabemos si el adverbio ''como'' está en sentido comparativo y expresa que las raíces en cuestión, sin ser yuca, son como ella, o si, al contrario, la yuca es una de las raíces a que se refiere el autor. Sin embargo, si comparamos esta transcripción con la que del mismo documento trae Jiménez de la Espada en ''Relaciones geográficas de Indias'' [2], parecería que es la interpretación primera la que corresponde. Entonces se trataría de ''raíces casi como la yuca'', vale decir, tubérculos alimenticios del género *Manihot,* si no es que se trate del yacon (*Polymnia edulis,* Weddel). Tanto la mandioca como el yacon se cultivaban, en tiempos prehispánicos, en las regiones cálidas de nuestro Noroeste [3], y se cultivan todavía [4]. A este respecto no estará de más recordar que los famosos túmulos del Valle de Lerma

(1) *Loc. cit.,* pág. 86.

(2) T. II.

(3) Ver L. R. PARODI, *Relaciones de la agricultura prehispánica con la agricultura argentina actual,* en *Anales de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria,* t. I, pág. 131. Buenos Aires, 1935.

(4) El *Tercer Censo Nacional,* t. V, pág. 123 y sigtes., trae datos sobre el cultivo de la mandioca en las partes llanas de las provincias de Salta, Jujuy, Tucumán y Catamarca.

han sido recientemente puestos en relación con el cultivo de estos tubérculos feculentos en la región [1].

Pues bien; sabido es que la mandioca es un elemento amazónico, y que son los pueblos aruacos los que lo han propagado a través de todas las regiones cálidas del continente.

Otros elementos culturales mencionados para la región que estudiamos en las fuentes primeras, son también de evidente origen amazónico. En tal caso están, verbigracia, los grandes ''bohios'' o habitaciones de que nos habla Diego Fernández [2]; la ''hoya muy honda y grande'' a lo largo del río que sirve para que en las crecidas se llene de agua y sembrar luego maíz en su fondo, que cita el mismo historiador palentino [3]; la ''cabuya'', que servía a nuestros aborígenes para el tejido de mantas, etc.

Y si del examen de la documentación escrita pasamos a la en forma de restos valorando interpretativamente determinados datos, veremos que el entierro secundario en urnas es práctica extraña a las culturas andinas, excepto la de nuestro Noroeste. La escuela histórico-cultural atribuye la inhumación indirecta a la llamada Cultura del Arco, cuyos representantes en América son, precisamente, los amazónicos.

Sin embargo de lo expresado, no todos los datos históricos se refieren a elementos culturales amazónicos. La documentación escrita del tiempo de la entrada o de los primeros años de la colonia, mencionan no pocos que son, indudablemente, andinos. Así, el cultivo de ''fríjoles de muchas maneras'' [4], el de la quínoa, etc., son propios de las culturas andinas. En el mismo caso están la cría de llamas (''ganado de la tierra'' o ''del Perú'') y el tejido de la lana de tan útiles animales domésticos. En cuanto al cultivo del maíz que practicaban nuestros *Tonocotés,* al igual que la mayor parte de culturas matriarcales y superiores de América, difícil resulta pronunciarse sobre su valor diagnóstico cultural.

(1) Ver E. DE GANDÍA, *El secreto de los túmulos del Valle de Lerma,* en *Solar,* I, págs. 209 y sigtes. Buenos Aires, 1931.

(2) DIEGO FERNÁNDEZ, *Primera parte de la historia del Perú,* II, 28. Madrid, 1914.

(3) *Loc. cit.,* pág. 29.

(4) SOTELO NARVÁEZ, *loc. cit.,* pág. 86.

V

Si recapitulamos ahora todo lo que en este trabajo de exégesis hemos expresado, nos percataremos de que la cultura chaco-santiagueña, en su sentido lato que nosotros le damos, es decir, sintetizando los aportes de ambas clases de fuentes documentales, los proporcionados por las excavaciones y los contenidos en los documentos históricos, se compone de elementos andinos y amazónicos. En consecuencia, los *Tonocotés* o portadores de aquella cultura hubieron de ser un pueblo de origen andino que hubiese caído bajo fuertes influjos amazónicos, o, al revés, un pueblo amazónico reciamente influenciado por las culturas andinas. Personalmente nos inclinamos hacia esta última posibilidad.

Los motivos son muchos y variados. Ahí están, fuera de los elementos indudablemente amazónicos citados, el sedentarismo, la agricultura y la docilidad que vieron los primeros españoles en los indios asentados sobre las márgenes del Dulce y del Salado. Sabido es que esas cualidades, pese a lo generalizado de alguna de ellas, las poseían en alto grado los pueblos amazónicos más cercanos a la región que nos ocupa. No muy lejos de ahí tenemos a los *Chané,* pueblo aruac, subyugado por *Guaraní* venidos, a través del Chaco, del Paraguay. Del otro lado de la gran llanura se hallan los *Guaná,* aruac también, e igualmente dominados por otro pueblo: los *Mbayá,* de idioma guaycurú. Por lo tanto, el fenómeno de avasallamiento de nuestros *Tonocotés* por los *Lules,* tan oportunamente registrado por la Información de Santiago y por el P. Bárzana, muy bien encuadra dentro de lo que parece destino histórico de los pueblos aruacos.

La fabricación de hermosas series de alfarería es también propia de los pueblos aruacos. Es ello tan el caso, que se ha podido decir que donde apareciera una industria figulina evolucionada, los *Aruac* han de haber tenido parte en ello. Así, tanto la bella cerámica del Amazonas inferior, como la procedente de las llanuras bolivianas, son atribuídas a pueblos aruacos [1].

Retengamos el hecho indiscutible de que las vinculaciones más íntimas que nuestra cultura posee con las andinas, es siempre a través de

(1) E. NORDENSKIOLD, *Urnengräber und Mounds im bolivianischen Flachlande,* en *Baessler-Archiv,* 1913, pág. 254.

las de nuestro Noroeste. Y va esto tan lejos, que éstas y la chaco-santiagueña pueden perfectamente ser agrupadas en un círculo de culturas bastante bien definido. Dentro del área andina, sólo a este grupo le pertenece la inhumación en urnas, práctica completamente extraña al medio andino. Nordenskiöld, ya en 1913 [1], había llamado la atención sobre este punto, y expresado su creencia de que esta costumbre procediera de los *Aruac.* En 1930 repite el dato al establecer que en el Noroeste argentino, pese a las fuertes influencias peruanas, "las urnas antropomorfas no han tomado ningún carácter de la cerámica andina; ellas sugieren más bien relaciones con los pueblos amazónicos" [2].

También la vivienda sobre pequeñas elevaciones del terreno — ya naturales o artificiales —, ha sido costumbre de pueblos aruacos, cuyo *habitat* eran llanuras bajas e inundables. Hemos ya citado la "hoya profunda y grande" mencionada por el Palentino, como habiendo sido construída por antiguos santiagueños. El misionero jesuíta Eder nos cuenta lo mismo de la región de los Mojos, en las llanuras bolivianas, cuyos habitantes *Aruac* excavaban hoyas y canales [3]. Y el mismo arco y flecha que, de acuerdo con los datos históricos, empleaban tanto *Tonocotés* como *Diaguitas,* es, como se sabe, un elemento que no pertenece a las culturas andinas.

La presencia del elemento amazónico en las mismas culturas andinas en general, no puede razonablemente ser puesto en duda. Y aun dejando de lado el problema del origen de aquellas culturas, indudablemente constituídas sobre una base matriarcal amazónica, recordemos que Rivet ha demostrado la índole aruaca del idioma uro-pukina, y con ello la presencia en el área de la alta cultura quichua-aymará, de un *substratum* amazónico que no puede ser puesto en duda aún en el caso de admitir, como parece ser en efecto, que la *actual* cultura de los *Uros* y *Chipayas* sea completamente andina. Por su parte, W. Lehmann estableció lo mismo respecto de la cultura chibcha, siendo también un pueblo aruaco, los

(1) *Loc. cit.,* pág. 254.

(2) NORDENSKIOLD, *L'Archéologie du bassin de l'Amazone,* en *Ars Americana,* I, pág. 32. París, 1930.

(3) EDER, *Descriptio provinciae Moxitarum in regno Peruano. Quam e scriptis posthumis Franc. Xav. Eder.* Budae, 1791. *Apud* E. NORDENSKIOLD, *Die Anpassung der Indianer an die Verhältnisse in den Uberschwemmungsgebieten in Südamerika,* en *Ymer,* 1916, págs. 138 y sigtes.

Caquetío, los portadores del elemento amazónico en aquella cultura colombiana [1].

VI

Una prueba que a menudo es de gran valor diagnóstico en la discriminación etnológica, hemos dejado hasta ahora sin utilizar. Me refiero a la antropofísica. Mas, para poder ser utilizada en forma efectiva, es menester encuadrar sus datos dentro del marco general de los distintos tipos raciales del continente.

Habremos de observar, empero, que no todas las grandes divisiones taxonómicas establecidas por von Eickstedt para Sud América, lo han sido sobre una ancha base somatométrica. Alguna de ellas, como verbigracia la amazónida, ha sido establecida tomando como base unas pocas observaciones tomadas en el vivo, y seguramente sugestionado por una gran área geográfica y cultural. Es ello tan así, que aquellos antropólogos modernos que eluden toda discusión con los datos geográficos y culturales, cuales E. Fischer y H. Weinert, agrupan en una sola unidad taxonómica a ándidos y amazónidos [2]. Mas apartándonos de estas cuestiones, es indudable que los tipos raciales ístmido, ándido y amazónido poseen ciertas particularidades en común.

Ahora bien; dado que los portadores de la cultura chaco-santiagueña hace tiempo que han desaparecido, carecemos de un material completamente equivalente de comparación. En consecuencia, los únicos datos antropofísicos aprovechables serán, por una parte, lo poco que las fuentes históricas puedan contener, y por otra, los hallazgos de restos osteológicos asociados a elementos de aquella cultura.

Respecto de las fuentes históricas, ellas suelen limitarse a mencionar algunos vagos datos sobre estatura y constitución física de los aborígenes, cuando aquéllas se apartan algún tanto de lo normal. Las que se refieren a la región que estudiamos no hacen excepción a la regla. Y, en consecuencia, sólo nos hablan de la alta estatura de los *Lules*. Mas de los *Tonocotés* ni una sola palabra.

(1) W. LEHMANN, *Zentral-Amerika*, I. Berlín, 1922.

(2) Ver, por ejemplo, H. WEINERT, *Die Rassen der Menschheit*. Berlín, 1939.

Es cierto que al no expresar las fuentes históricas que los *Tonocotés* fueran también de alta talla, puédese inferir, con grandes visos de acertar, que su estatura caía dentro de lo que era normal para los conquistadores que procedían del Perú, es decir, que la estatura y demás datos físicos del elemento sedentario de Santiago eran de índole parecida a los de los indios del Perú. Sin embargo, el valor de esta inferencia, viniendo aislada, es sólo relativo.

Mayor valor demostrativo le pertenece, en cambio, a una serie de restos osteológicos hallados en diversos yacimientos santiagueños junto con cerámica de la llamada "civilización chaco-santiagueña", y que fuera estudiada por el doctor Imbelloni. Este autor califica a la serie de "conjunto definido y congruente", de rara uniformidad. Los datos que Imbelloni ha dado a conocer [1] corroboran, por de pronto, nuestra inferencia sobre la modesta estatura de los portadores de la cultura cuya exégesis estamos haciendo.

De la consideración de los datos suministrados por la serie estudiada por Imbelloni, resulta que aquellos antiguos santiagueños eran de baja estatura, braquioides, regular cameprosopía e idéntica camerrinia. Ostentaban, además, la clásica deformación tabular erecta. Son datos éstos que no sólo convienen al canon ideal establecido para los pueblos ándidos, sino que también para ciertos grupos de amazónicos, como por ejemplo los *Aruac*.

En efecto, los caracteres somatológicos de los *Aruac* coinciden casi con los de la serie estudiada por Imbelloni. Son de baja estatura, con una talla inferior a los 160 cm., según el mismo investigador. Su cráneo es braquioide, pues ostenta un índice cefálico horizontal, que va desde 81 a 84, vale decir, muy superior a muchos grupos incluídos entre los ándidos. Y en cuanto a los caracteres faciales, ellos coinciden también en forma general.

En cambio, la deformación tabular erecta enlaza a nuestros indios con los de la región diaguita. Pero como las deformaciones pertenecen más bien a los elementos culturales, nada prejuzga respecto del tipo racial de

(1) J. IMBELLONI, *Los autores de la cerámica de Llajta Mauca*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, t. I, págs. 27 y sigtes. Buenos Aires, 1934.

los portadores de la cultura chaco-santiagueña, aunque se sume a los elementos ya mencionados, y que señalan los vínculos estrechos que existieran entre ambas regiones en lo cultural.

Y otro dato interesante es probable que se derive del estudio minucioso hecho por el doctor Imbelloni. Hablo de probabilidad y no de certeza, debido a que tampoco se ha pronunciado en forma definitiva nuestro antropólogo. Me refiero a la posibilidad de que entre la serie de cráneos reiteradamente citada existan varios de ellos que hayan servido de cráneo trofeo [1]. De poder ello asegurarse, señalaría otro enlace con la quebrada de Humahuaca, al paso que reforzaría el elemento amazónico existente en estas culturas.

VII

Y ahora, para terminar, reunamos sistemáticamente, y a manera de conclusiones, lo que a nuestro juicio resulta del estudio de los datos hasta hoy conocidos sobre el problema etnológico de Santiago del Estero:

1. La hermosa cerámica con la cual los hermanos Wagner fundaran la "civilización chaco-santiagueña", dista mucho de poseer la ingente antigüedad que sus descubridores y divulgadores han querido darles. De ciertos detalles estratigráficos se puede inferir que dicha cultura es posterior a otra, representada también en la región diaguita — la de La Ciénaga —, y que aquélla tuvo una supervivencia hasta la época hispana.

2. Las fuentes históricas de la época de la conquista española, mencionan la presencia, en el área geográfica de Santiago, de dos pueblos indígenas física y culturalmente distintos.

3. El primero de ellos, que las fuentes llaman *Lules*, era nómada y de economía recolectora. Su alta estatura señala una afinidad racial con el grupo de pámpidos. Su idioma es el que el P. Machoni redujera a *Arte y Vocabulario*. Elemento substancialmente invasor, para la llegada de los españoles se había ya adueñado de toda la zona del Sud y Este de Salta, Norte de Tucumán y parte de Santiago.

(1) IMBELLONI, *loc. cit.*, pág. 34.

4. El otro pueblo que a mediados del siglo XVI coexistía con el anterior en la región de Santiago, era sedentario, agricultor, y de una relativa alta cultura. Es casi seguro que fuera él el portador de la cultura chaco-santiagueña. Por su estatura baja y por otras cualidades antropofísicas, muestra afinidad tanto con los portadores de las culturas occidentales vecinas, como con otros grupos pertenecientes al área amazónica. Su lengua nos es completamente desconocida, y sólo sabemos que las fuentes históricas la llaman *tonocoté*. El P. Bárzana compuso un *Arte y Vocabulario* de esta lengua, que se ha perdido.

5. Del análisis conjunto de todos los datos utilizables resulta que la cultura de este pueblo auténticamente chaco-santiagueño, se componía de una mezcla de elementos culturales de origen andino y de otros de procedencia amazónica. Hubo, pues, de tratarse ya sea de un pueblo andino caído bajo fuertes influencias amazónicas, o bien de un pueblo amazónico andinizado.

6. Por varias y diversas razones, y hasta tanto que otros hechos determinantes no vengan a agregarse a los considerados, me inclino hacia la segunda posibilidad.

EXEGESIS

por

EDUARDO CASANOVA

LOS hallazgos realizados en la provincia de Santiago del Estero por los señores Emilio y Duncan Wagner, dados a conocer en numerosas conferencias, artículos de diarios o revistas, y por último en el primer tomo de su obra titulada "La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo", despertaron desde el primer momento un gran interés en los círculos científicos de nuestro país, que aplaudiendo el meritorio esfuerzo llevado a cabo por los descubridores, guardaron una actitud de discreta reserva con respecto a las conclusiones. Más tarde, una gran parte de nuestros hombres de estudio rechazaron resueltamente muchos de los puntos de vista sostenidos por los hermanos Wagner, y llegaron a resultados completamente distintos, originándose una polémica que aún perdura.

Personalmente no he tomado parte en la discusión del problema, aunque lo he seguido muy de cerca, y como Jefe de la Sección de Arqueología del Museo Argentino de Ciencias Naturales tuve oportunidad de establecer cordiales relaciones con el extinto Vicedirector del Museo Arqueológico de Santiago del Estero, señor Duncan Wagner, manteniendo largas conversaciones sobre estos temas en las ocasiones en que visitaba nuestro Museo en busca de piezas arqueológicas, investigación que facilité por todos los medios a mi alcance, como gentilmente lo recuerda en la "Advertencia" de la mencionada obra.

Mi abstención era motivada por el deseo de efectuar trabajos en el terreno, ya que los datos publicados al respecto me parecen insuficientes. Como es natural, muchos de los problemas planteados no requieren como

condición ineludible la investigación en los yacimientos, pero alentaba la esperanza de poder hacerla, y me hubiera gustado abordar el problema en todos sus aspectos, y con la mayor suma de conocimientos posibles. La iniciativa de la Sociedad Argentina de Antropología, muy oportuna por otra parte, me obliga a salir de mi posición y, basado en los elementos de que puedo disponer, expreso mi opinión.

En primer lugar, es necesario considerar las fuentes con que se cuenta para estudiar tan discutido asunto. Hasta el momento de efectuarse esta Semana de Antropología dedicada a Santiago del Estero, la casi totalidad de los datos conocidos eran debidos a los hermanos Wagner, y el resto a observaciones formuladas por quienes han trabajado en el terreno, como los señores Jorge Argañarás y George von Hauenschild, o a los estudiosos que han realizado breves recorridas por los yacimientos y han hecho empeñosa tarea de gabinete para aclarar ciertos enigmas. Con estos antecedentes, y con el resultado de sus propias investigaciones, especialistas de nuestra Sociedad han presentado, en las sesiones anteriores, cada uno su informe, cuyas conclusiones en las distintas materias forman un conjunto de alto valor científico.

No es mi deseo efectuar un minucioso análisis del valor de cada fuente, pero quiero formular ciertas observaciones sobre la principal, es decir, el primer tomo de "La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo". No trato con ello de llevar a cabo una crítica que disminuya los valores de los señores Wagner y el gran mérito del descubrimiento, que nos ha revelado toda una civilización desconocida; al presentar mis objeciones, lo hago con la esperanza de que ello sirva para que en el segundo tomo de la obra sean evitados algunos defectos.

En las primeras noticias dadas por los señores Wagner había notado que la parte descriptiva de los yacimientos era exigua, y como ella debía servir de sólida base para el verdadero conocimiento de la arqueología santiagueña, y nadie sino sus descubridores estaban en condiciones de proporcionar datos concretos, esperaba ansioso la publicación de su obra capital para dilucidar este punto. Cuando se trata de zonas ya muy explotadas es conveniente pasar por alto los detalles y limitarse a un ejemplo típico o a generalidades que abarquen los rasgos comunes más salientes,

pero cuando se va a presentar al mundo estudioso una región que hasta ese momento era *terra incognita,* es ineludible deber, aún a riesgo de resultar pesado o de incurrir en repeticiones, prestar especial atención, y hacer conocer con toda minuciosidad, las condiciones de hallazgo, la forma en que aparecen asociadas las piezas, y la posición geográfica de los lugares explotados, para fijar así los límites alcanzados y establecer la densidad y calidad de los yacimientos. Encuentro que el tomo publicado no es satisfactorio a este respecto, a pesar de que por ser el primero es allí donde estos asuntos debieron ser considerados a fondo. No hay un mapa de la provincia de Santiago del Estero con la ubicación de los yacimientos, y el capítulo dedicado al punto que nos interesa, que es el titulado "Los túmulos precolombianos de Santiago del Estero", se ocupa principalmente, y sin profundizar demasiado el tema, de las típicas prominencias, considerando: "sin lugar a dudas, que se trata de montículos artificiales elevados por la mano del hombre" [1]; los datos sobre los hallazgos se reducen a un croquis del profesor Hauenschild y a unos pocos párrafos aislados. Faltan por completo siquiera fuera ejemplos de inventarios generales por yacimiento y parciales por túmulo, así como referencias a la asociación de materiales y hallazgos típicos.

Un ejemplo del peligro de generalizar lo proporciona la afirmación de los autores de que todos los túmulos fueron construídos por los indígenas. El Dr. Frenguelli, en el estudio que ha leído en estas sesiones, ha declarado, por el contrario, que todos los montículos que ha podido revisar personalmente en la zona de la Mesopotamia Santiagueña son resultado de las fuerzas eólicas. El señor Emilio Wagner, en la comunicación que ha enviado a esta Semana de Antropología, admite que, efectivamente, a veces, fueron aprovechadas las lomadas o montículos de aportes fluviales [2].

Otra observación que debe hacerse es la referente a la forma en que las piezas arqueológicas han sido representadas. Sólo se ha empleado el

---

(1) EMILIO R. WAGNER y DUNCAN I. WAGNER, *La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo,* t. I, pág. 24. Buenos Aires, 1934.

(2) En un reciente viaje a Santiago del Estero he tenido oportunidad de observar algunos túmulos, y aceptando las conclusiones del Dr. Frenguelli en lo que respecta a los montículos por él visitados, creo que existen también otros en cuya formación ha intervenido la mano del hombre.

dibujo, desdeñándose completamente la fotografía directa de la pieza, que es siempre garantía de absoluta fidelidad. El ideal hubiera sido dar en cada caso la fotografía y el dibujo, pero como esto hubiera resultado muy costoso, pudo haberse fotografiado el material que se prestaba para ello y dibujarse el resto. Igualmente, el lector que contempla las acuarelas o dibujos a tinta china, cuyas reproducciones forman las hermosas láminas en color y en negro de la obra, queda asombrado por lo completo de muchos de los objetos y el brillo de su colorido, suponiendo que revelan el estado actual de los vasos. Esto no es exacto, tratándose, a menudo, de reconstrucciones que, según dicen los autores en su "Advertencia", fueron ejecutadas con fiel minuciosidad en base a piezas enteras y a las que han conservado la nitidez de sus colores. Sin poner en duda la sinceridad de los señores Wagner y su esfuerzo para ceñirse a la realidad, hubiera sido mucho más ilustrativo y convincente el presentar las piezas tal como son, y, si se deseaba agregar la parte reconstruída, hacerlo en línea de puntos o en otro tono de color [1].

Por otra parte, toda esta reconstrucción de la forma y decoración de los vasos la basan los autores en el carácter esencialmente simétrico del arte de la civilización chacosantiagueña; en general, ello es admisible, pero no siempre puede afirmarse que la reconstrucción de una pieza sea exacta, cuando para este trabajo sólo se ha contado con unos pedazos.

Más todavía, de completa buena fe, pero arrastrado inconscientemente por su postulado de la perfección del trabajo indígena, el señor Duncan Wagner ha incurrido en errores al describir ciertas piezas o al dibujarlas, presentando los ejemplares como más perfectos de lo que son en verdad. Como ejemplo voy a referirme a dos urnas que integran las colecciones a mi cargo en el Museo Argentino de Ciencias Naturales; una de ellas es la que he traído para que todos los presentes puedan juzgar (lám. 1 *a*), comparándola con el dibujo de Wagner (lám. 1 *b*), y la otra, demasiado grande para ser trasladada, se encuentra en exhibición en las salas del

(1) Estando ya escrito este artículo, he visitado el Museo Arqueológico de Santiago del Estero, siendo cordialmente atendido por su Director, y en las conversaciones sostenidas le hice esta sugestión. El señor Emilio Wagner me dijo que había usado este método en la reconstrucción de algunas piezas, mostrándome una urna, en la cual la parte reconstruída y su decoración aparecían en tonos más claros que los de la parte original. Mucho ganaría el segundo tomo de la obra si se aplicara ese criterio a las ilustraciones.

citado Museo, pero su fotografía (lám. 2 *a*) es bastante explícita al ser proyectada al lado del dibujo de Wagner (lám. 2 *b*).

La pieza aquí presente aparece en la obra que nos ocupa en la figura 683, con el siguiente texto: "Urna funeraria cubierta de un "engobe" ocre rojo obscuro, cuidadosamente lustrada y decorada de dos jaguares en relieve que parecen forcejar por emerger de debajo del cuello de la urna. Mesopotamia Santiagueña. Museo Argentino de Ciencias Naturales". Basta observar el ejemplar para darse cuenta de que su superficie rugosa y tosca no permite lustre alguno, y que el "engobe" se reduce a unos manchones de pintura roja que alternan con zonas negruzcas que indican defectos de cocción; pueden también verse algunos detalles de los jaguares, en que no concuerda el dibujo con el original.

El dibujo en que se reproduce la extraordinaria urna Santamariana que se da en la figura 230, tampoco es completamente exacto. Comparándolo con la fotografía de la pieza resaltan las diferencias, las formas han sido idealizadas, adquiriendo un contorno más puro y elegante, como puede advertirse especialmente en la base y en los bordes, sin hablar de los modelados zoomorfos y del asa, que ha sido totalmente cambiada. El aspecto exterior tampoco es parecido; el original, apenas alisado, contrasta con el pulido que representa el dibujo, y la decoración, manteniendo sus líneas generales, no deja de mostrar un retoque que tiende a dar una idea de mayor perfección técnica y de firmeza en el trazado de la ornamentación. Las ilustraciones son suficientemente claras para insistir en detalles; sólo agregaré que variantes semejantes podrían señalarse en otras piezas de las que aparecen en la obra.

Las apreciaciones que acabo de formular sirven, también, para demostrar que los datos con que se cuenta para abordar el estudio de los problemas que presenta la civilización chacosantiagueña no son todo lo completos y exactos que fuera de desear y que, por lo tanto, nuevas investigaciones pueden modificar, siquiera sea parcialmente, las conclusiones que hoy se sientan a base de los conocimientos actuales.

La ubicación de esta civilización, dentro del panorama arqueológico conocido antes de su descubrimiento, no es difícil. Viene a completar el cuadro de la región andina, a cuya cultura pertenece, sin ninguna duda, aun cuando puedan notarse algunos elementos de origen amazónico. No

corresponde a un trabajo de esta índole señalar las analogías, sobre todo porque ellas ya han sido puestas en evidencia en estas sesiones por el profesor Aparicio, pero no estará demás decir que si se hiciera un cuadro de las formas de los vasos se vería que coinciden en su mayoría, y lo mismo puede afirmarse de los elementos decorativos que son comunes en la región andina, aun cuando en una civilización se haya dado rango predominante a determinado motivo o existan combinaciones especiales. Ha sido muy comentado el número de piezas suministrado por los yacimientos de Santiago del Estero, haciéndose resaltar que en el Museo Arqueológico existen 32.000 objetos. Esta elevada cantidad de piezas no sería un rasgo distintivo, pues debe recordarse que otra civilización andina, la del Santamariano, ha proporcionado colecciones aún más numerosas; en efecto, sólo el señor Manuel Zavaleta vendió, con destino al Museo Argentino de Ciencias Naturales, tres series, con un total de 14.000 objetos, y envió dos colecciones similares al extranjero; añádase a esto los millares de piezas reunidas por los investigadores oficiales y por los comerciantes de antigüedades, y se tendrá una cifra muy superior a la que representan los hallazgos de Santiago del Estero.

Mucho más difícil de resolver es el problema cronológico, dado que se desconoce la estratigrafía de los yacimientos, y todavía no tenemos firmemente establecida la antigüedad de las áreas limítrofes con las que está estrechamente ligada, tales como "La Candelaria", "Barreales", "Santamariano", etc. El momento en que esta civilización apareció en Santiago del Estero no es posible fijarlo con exactitud, aunque seguramente fué varios siglos antes de la conquista; estaría esto de acuerdo con todo lo que se sabe sobre cronología de las altas culturas andinas y también con la sagaz observación del Dr. Frenguelli sobre la capa que contiene los yacimientos de Santiago del Estero, que es posterior a las capas europeas correspondientes, donde se encuentran ya rastros de industrias del comienzo de la Edad Media. Los argumentos en favor de una antigüedad muy remota son poco convincentes, ya que los profesores Doello Jurado y Bordas han demostrado lo endeble de la prueba paleontológica y no puede adjudicarse valor cronológico a las semejanzas encontradas por los señores Wagner entre los materiales de Santiago del Estero y los de Troya. Tampoco es categórica la fálta de tejidos y objetos de madera,

cuya desaparición puede explicarse por las condiciones de los yacimientos. Cabe añadir que en los últimos tiempos se han verificado hallazgos de vasos de alfarería negra con decoración incisa; según los datos que han llegado a mi poder, estos yacimientos, situados a profundidad y estrechamente vinculados a los de "La Candelaria" y "Barreales", serían más antiguos que los que proporciona la alfarería típica de la civilización chacosantiagueña.

Un problema muy interesante es el de si esta cultura alcanzó o no hasta el momento de la conquista española. No puede darse una respuesta definitiva, pero varios indicios sugieren una contestación afirmativa. La leyenda difundida glosando un párrafo de Beuchat, según el cual los habitantes de Santiago del Estero eran "tribus salvajes", no debe mantenerse después de las búsquedas realizadas en probanzas y crónicas, que han proporcionado elementos suficientes para llegar a la conclusión, que ha confirmado el profesor Palavecino en su informe, de que en el tiempo de la conquista era ésta una región muy poblada, de indios vestidos, que cultivaban sus tierras, teniendo graneros bien provistos. En todo el territorio de Santiago del Estero han aparecido, con gran uniformidad, los mismos restos arqueológicos, descriptos por los señores Wagner, que pertenecieron a indígenas agricultores, cuya industria de los tejidos alcanzó gran desarrollo, y que poblaron densamente la zona. De no aceptarse que se trata del mismo pueblo, surgiría el absurdo de suponer que los indígenas sedentarios que habitaban Santiago del Estero al tiempo de la llegada de los blancos desaparecieron sin dejar rastro alguno de su existencia. Por los datos que se tienen sobre las luchas entre indígenas, es admisible que en el momento histórico de la conquista estos pueblos de cultura superior estuvieran en crítica situación ante el ataque de tribus salvajes que amenazaban aniquilarlos.

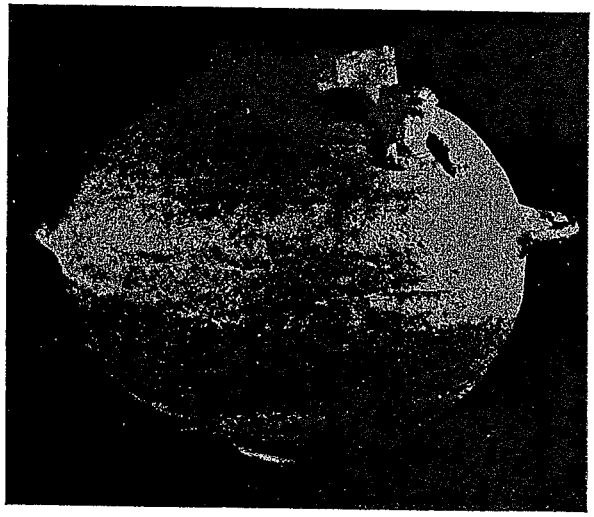
Militan en favor de la contemporaneidad de los últimos representantes de la civilización de Santiago del Estero con los conquistadores españoles, los hallazgos efectuados por el Dr. Jorge Argañarás, de objetos de fabricación europea junto a piezas típicas de la cultura chacosantiagueña y a otras de bronce de origen Diaguita. Probablemente se trata de una reducción en que los españoles reunieron indígenas del lugar con otros traídos de la región andina, de acuerdo a su política de trasladar

pueblos para facilitar la conquista. Por tratarse de un hecho aislado no debe admitírselo como prueba absoluta, pero es muy sugerente, aunque pueda sostenerse la opinión de que los indígenas traídos por los blancos, recogieron los objetos que afloraban en los túmulos y los usaron, siendo luego enterrados con ellos. Son necesarias nuevas investigaciones en los lugares que se sabe estuvieron poblados en el primer momento de la conquista para aclarar definitivamente este punto [1].

En resumen, la civilización chacosantiagueña pertenece al grupo de las culturas andinas, aunque tiene elementos amazónicos, cosa que se explica fácilmente recordando la posición geográfica de la región. Sus rasgos típicos la hacen acreedora a ser considerada como una de las áreas más interesantes de dicha cultura andina. Cronológicamente está ligada a las zonas vecinas, y nada autoriza a darle una antigüedad muy remota, habiendo fundados indicios de que alcanzó hasta la época de la conquista.

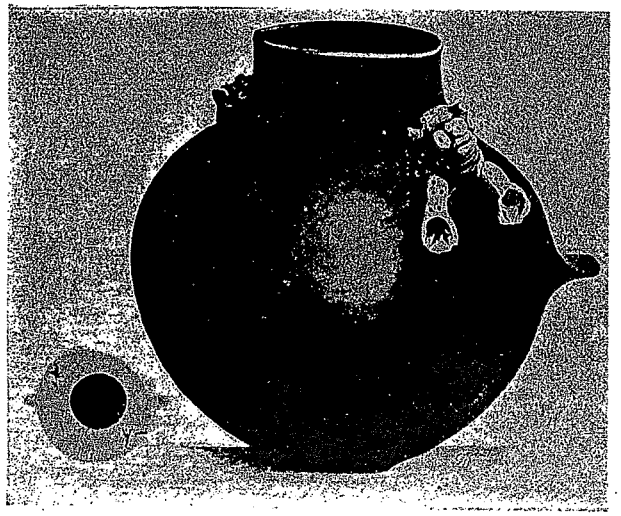
Para terminar, creo que esta Semana, dedicada por nuestra Sociedad a la civilización chacosantiagueña, no será perdida, porque ha servido para establecer un balance efectivo de lo que en realidad se sabe sobre el problema, y ello será base firme para futuros estudios que resuelvan las dudas que aún suscitan ciertos aspectos de tan interesante tema.

(1) En el viaje a Santiago del Estero, a que ya he hecho referencia, el Dr. Argañarás ha tenido la gentileza de llevarme al yacimiento conocido con el nombre de Pozo Verde, en el departamento de Silípica, de donde extrajimos dos caracoles (Urosalpinx Rushi), un puco decorado y diez torteros, objetos todos típicos de la civilización chacosantiagueña; una cuenta veneciana, otra más tosca, también de vidrio, y un tortero fabricado en un trozo de loza española; estas piezas integran ahora las colecciones del Museo Argentino de Ciencias Naturales. No entro en más detalles sobre el hallazgo, por considerar que corresponde al Dr. Argañarás ocuparse detenidamente de este yacimiento, así como de otros similares que tiene ya localizados, y que, según me informó, son: Cheej, en el departamento de San Martín; Manogasta, en el departamento de Silípica; y Puesto de los Torres, en el departamento de Atamisque.



a

Fotografía de una urna santiagueña.



b

Dibujo del Sr. D. Wagner de la misma urna.



a

Fotografía de una urna santamariana.



b

La misma, según dibujo del Sr. D. Wagner.

EXEGESIS

por

J. IMBELLONI

EL que escribe estas páginas tiene interés, ante toda otra cosa, en hacer notar que ya desde varios años ha expresado, con suficiente claridad, su admiración hacia el descubrimiento realizado por los hermanos E. y D. Wagner, y ha valorado en toda su significación ese inmenso aporte. Me refiero a varias monografías y artículos salidos desde 1932 hasta hoy, y de manera especial a un escrito que dediqué a las ruinas de Machu Pichu, en el que he fustigado la costumbre del todo contraproducente de aquellos arqueólogos, de ayer y de hoy, los cuales al presentar sus materiales solicitan los favores y el fácil renombre popular por medio de exageraciones interpretativas, con un espíritu sensacionalista que llega, a menudo, hasta lo inverosímil y cuyo efecto más seguro es deformar y desacreditar los méritos reales del hallazgo. Transcribo algunos párrafos de ese escrito, porque se transparenta en ellos mi valoración sincera de los materiales recogidos por los hermanos Wagner en el Chaco de Santiago:

"La verdad es que, sea cual fuera el grado de preparación propio del autor de un hallazgo de cierta importancia, su psiquis se ve pronto dominada por la mentalidad del gran público, de aquel grueso público que, careciendo de base para valorar el peso intrínseco del hallazgo, tan sólo es sensible a las revelaciones de carácter sensacional. De ello procede que la enunciación de los más importantes descubrimientos ha ido em-

parejada con amplificaciones, interpretaciones fantásticas o prematuras y absurdidades que revelan la falta de todo sentido crítico. Sin remontarnos a Colón, quien, en el cuarto viaje, olvidando lo del Chipango, afirmó haber tocado la orilla del Paraíso Terrenal, es suficiente mencionar a Schliemann, quien difundió en históricos telegramas la noticia de haber desenterrado los muros de Príamo, mientras la verdadera ciudadela epopéyica, la VI capa de Hissarlik, esperaba todavía bajo tierra la pala y el pico de Dörpfeld. En proporciones más modestas, el venezolano Requena, quien acaba de exhumar, con habilidad y fortuna, del lago Tacarigua, una cerámica indígena emparentada a Occidente con la alfarería Muisca y a Oriente con la de la Guayana y de Marajó, en lugar de valorar ese carácter de *missing link*, preciosísimo para integrar la historia cultural de la América caribe, prefiere asombrar al profano asegurándole que esa industria perteneció a los náufragos de la Atlántida. Entre nosotros, y en los días que corren, no faltan diaruchos y revistuelas que presentan la notable alfarería pintada descubierta en el Chaco de Santiago del Estero (el más abundante y novedoso hallazgo argentino después de los yacimientos de la Ciénaga estudiados por Debenedetti), como prueba de la existencia de un *imperio santiagueño*, de una *civilización misteriosa* madre de todas las sudamericanas, de una antigüedad más remota que el Neolítico europeo, y otras patrañas del mismo calibre, cuando, en realidad de verdad, los hermanos Emilio y Duncan Wagner han tenido el mérito preclaro y la suerte de desenterrar los materiales arqueológicos de un "anillo perdido" indispensable para reconstruir la cadena de las antiguas industrias del territorio argentino, y su hallazgo es tan interesante en sus conexiones con la documentación de los cronistas y el panorama protohistórico de la región, que todo sensacionalismo y megalomanía interpretativa tendrán necesariamente por efecto el de reducir seriedad e importancia al enunciado" [1].

---

(1) J. IMBELLONI, *Machu-Pichu y el mito de Pacari-Tampu*, en *Revista Geográfica Americana*, III. 301, Buenos Aires, 1935.

A esas apreciaciones, ya de por sí suficientemente claras, podrían agregarse las fundadas ante la Sociedad Argentina de Antropología, y así resumidas: "La presencia de un núcleo indígena en la provincia de Santiago, provisto de una cultura de agricultores intensivos y alfareros comparable con las ya conocidas de Catamarca, Salta, Jujuy, La Rioja, parte de San Juan y de Córdoba, es un hecho sobre el cual no es ya posible concebir dudas, después de la compulsación de los cronistas y la revisión del material arqueológico reunido por los señores Wagner. Unicamente puede subsistir el problema de una apreciación justiciera de este nuevo núcleo respecto a los caracteres racial, patrimonial y cronológico.

"Respecto al punto racial, me remito a mi estudio especial en que he demostrado que debe ser adscripto a la raza de los Pueblos-Ándidos, la que en Sud América cubre toda la faja puesta a occidente de los Andes, formando dos bolsas al Este de la cordillera: la primera en Venezuela y la segunda en el Noroeste de la Argentina.

"Respecto al patrimonio, la cultura del sector santiagueño representa una prolongación oriental del área culturológica Pueblo-Andina, una especie de borde externo o zona de frontera, colocada en contacto con las poblaciones chaqueñas propiamente dichas, con los Pámpidos de las llanuras y con las intromisiones eventuales de los elementos culturales amazónicos.

"El carácter predominante, especialmente en la técnica y arte del alfarero, es el andino. La cuestión cronológica reclamaría un conocimiento más perfecto que el actual sobre la historia formativa de las distintas *facies* del Noroeste argentino, y la de su conjunto con relación a las culturas lindantes, hacia Chile, Bolivia y Perú. A ello podremos llegar sólo cuando, rechazadas como anacrónicas las disputas superficiales que se basan sobre los nombres tradicionales y los apelativos gentilicios, afrontemos con seriedad y método la construcción de mapas etnológicos regionales del NO. especializados para cada uno de los elementos de cultura material, artística y social, a lo que seguirá el examen de las relaciones internas y de las exteriores.

"No obstante tales defectos en la organización de datos e información cartográfica, puédese desde ya asegurar que de ningún modo el fenómeno de Santiago es aislado, o esporádico, o surgido por generación espontánea en el seno del estero, y en segundo término que su florecimiento no puede ser considerado, sino arbitrariamente, anterior al de los demás pueblos del área total "diaguita", por ser contemporáneo o más bien epigonal."

También es digno de ser recordado que siempre guardé relaciones amistosas con el señor Duncan Wagner, el que pasó gran número de tardes en mi compañía, entreteniéndonos ambos en conversaciones sumamente cordiales, de las que conservo un recuerdo imborrable. En cuanto a Emilio Wagner, los lectores encontrarán en otra parte de este tomo las cartas que nos hemos cambiado, y tomarán nota de los materiales que me han sido entregados para su estudio.

Tampoco ha faltado de parte de los señores Wagner la misma consideración, y en muchas páginas del grueso volumen *La Civilización Chaco-Santiagueña* se exponen y documentan conceptos científicos enunciados en mis escritos, los que son llevados por los autores como base de razonamientos interpretativos de importancia suma para su cometido. Así, por ejemplo, mi doctrina de la plástica americana de tipo gorgónico [1] relacionada con el gran filón mundial formado por su dispersión, y, no menos importante, la teoría de la dispersión, simbología y naturaleza plástica

---

(1) Véase pág. 39 de la obra de EMILIO R. Y DUNCAN L. WAGNER, *La Civilización Chacosantiagueña*, Buenos Aires, 1934. (Todas las citas del presente escrito que no lleven indicación, se entienden referidas a las páginas de esta obra.).

de los vasos con cara humana [1], divididos en las categorías de vaso-canopo, vaso prosopomorfo y vaso-retrato.

Lástima grande es que los Autores, al traer en su poderoso tomo estas doctrinas, y especialmente en el trance de explicar al lector la naturaleza y el significado etnológico de la irradiación en amplias regiones del mundo, han preferido presentar construcciones sumamente fantásticas, o, de todos modos, extrañas a la elaboración etnológica moderna y a su método. Muy delicada es mi posición en este asunto, por ser el autor de algunas principales bases y criterios demostrativos aprovechados por ellos en el volumen, y por el hecho que mis ideas y doctrinas han sido violentamente deformadas, en especial grado todo lo que atañe a la interpretación formal de los elementos plásticos.

Buscaré, por lo tanto, ceñirme a las características más objetivas que el crítico puede determinar en la materia, exposición, método y raciocinios contenidos en la obra de los hermanos Wagner.

Naturalmente, nadie podría pensar que he de abordar cada una de las infinitas cuestiones que se plantean en el volumen, pues ello equivaldría a escribir una obra aun mayor. En los casos como el presente, de escritos escasamente sistematizados, cuya lectura suele resultar farragosa, mi larga experiencia me ha convencido de que todos los autores proceden invariablemente por el mismo camino, que consiste en la acumulación desordenada de "pruebas" recogidas en lecturas apuradas y afanosas, que generalmente siguen a la ideación del raciocinio, en lugar de antecederle. Resulta de ello que lo más substancial — para el crítico — es descubrir en qué consiste ese raciocinio o fórmula céntrica, verdadera clave de bóveda, la que se encuentra encubierta bajo el fárrago inmenso de digresiones y asociaciones más o menos discutibles. La búsqueda suele presentarse ardua y desconcertante, y puede decirse que el éxito sería imposible si los mismos Autores no dejasen aquí y allá, en sus páginas, vestigios casi imperceptibles de su *montaje* psicológico.

Voy a tratar en este escrito la cuestión de las urnas con cara de pájaro, porque he llegado a la conclusión de que constituye el motivo fundamental, el *primum movens* del grueso libro que comentamos.

(1) Véanse págs. 414 y sigtes.

En efecto, si prescindimos de los cuatro capítulos iniciales, que contienen generalidades sobre la provincia de Santiago y los yacimientos, ya en la primera página (pág. 47) del V capítulo, que abre las puertas a la materia arqueológica, se lee un trozo que es el verdadero *leitmotif* del tomo: *"En los flancos de la urna funeraria modelaban la divinidad ántropo-ornitomorfa destinada a volverse un día la diosa protectora de Atenas, la Minerva "de ojos de lechuza" de Hissarlik y de Micenas..."*, insistiéndose inmediatamente en que todo esto se repite en la alfarería y en la historia del Chaco. La demostración forma el tema especial del capítulo XIV (págs. 323-460), pero se encuentra también reproducida y diluída en todo el volumen. La fórmula de las relaciones entre la "lechuza" de Hissarlik y la del Chaco de Santiago, que hemos visto en las primeras páginas, a guisa de tesis, es enunciada nuevamente en los capítulos finales, a guisa de síntesis, y los Autores sacan de ella todo el efecto lírico que dimana de tan inspirada evocación.

Tales efectos no han caído en el vacío. Uno de los muchos comentaristas, cuyo manuscrito tengo delante de los ojos, después de llamar a los Wagner "verdaderos émulos y sucesores de Schliemann", termina con estas palabras: "Las resistencias que han despertado disminuirán paulatinamente y desaparecerán los prejuicios que impiden imaginar la existencia de una cultura remota en el Chaco Santiagueño, como si esta región no fuera un lugar bajo el cielo, como Troya, Tartessos y Tiahuanaco".

Así como toda comparación consta, a lo menos, de dos términos, ésta, particularmente, se ha realizado entre una serie arqueológica americana y otra de Microasia. Doy en este escrito la preferencia al segundo término, dejando el primero a la competencia de los demás miembros de esta Sociedad, ampliamente versados en cuestiones americanas. Entre las muchas razones que autorizan mi elección, recordaré las que siguen: 1º, que en nuestro ambiente el conocimiento de la arqueología clásica y, en particular, de la asiánica no penetra más allá de las generalidades brindadas por el libro escolar y las enciclopedias; 2º, que el material americano recogido por los Autores, aunque figurado copiosamente, no se encuentra descripto ni elaborado con el sistema requerido por los trabajos arqueológicos; 3º, que, mientras muchos han objetado las afirmaciones que se refieren a la alfarería de Santiago y al famoso "imperio de las llanu-

ras'', nadie, hasta ahora, ha intentado impedir que se difunda la especie de que la parte concerniente a la comparación clásica es, en cambio, incontrovertible.

Tenga presente el lector la frase que hemos transcripto más arriba, extraída de esa página 47, que es el verdadero frontispicio arqueológico.

Ella contiene tantos errores como palabras.

Ningún arqueólogo cree hoy que los vasos de tierra negra-amarillenta de Hissarlik representen en su porción superior a ''cabezas de lechuza''. Así lo afirmó Enrique Schliemann, el entusiasta amigo de los héroes de Homero, quien logró excavar la colina del Simoenta: ''Los centenares de ídolos femeninos y de vasos que llevan figuras femeninas con cabezas de lechuza que yo he encontrado en Troya no podrían representar sino una sola idea: Palas Athenea, la diosa tutelar de Troya, tanto más cuanto que Homero la llama constantemente Glaucopis, que significa literalmente ''con rostro de lechuza'', y no ha aplicado este epíteto a ninguna otra diosa ni a ninguna mujer mortal''[1]. La debilidad de los Wagner ha sido la de tomar como oro de buena ley todas las afirmaciones de este excavador entusiasta y genial, cuya obra práctica fué afortunada e inmensamente fecunda, a pesar de que casi todas sus interpretaciones cayeron pronto en el olvido. En particular, la que se refiere a los vasos rematados ''en forma de cabeza de lechuza'' — *Eulenformige*, o *Eulenköpfige Vasen*— enunciada por Schliemann, en 1874, ya estaba muerta y sepultada al salir la gran obra sobre Ilios, en 1881[2].

Schliemann se hizo famoso, no sólo en Hissarlik, sino también en Micenas y Tirinto, por sus incesantes presentimientos de enfrentarse con los personajes de la epopeya, Agamenón y Príamo, sobre cuya existencia real y corporal no concebía duda alguna, a pesar de las amables advertencias de los sabios que fueron sus consejeros. Este fué el aspecto típico de su cultura, la que, puede decirse, se había nutrido únicamente de las savias de la epopeya; la Ilíada fué su manjar cotidiano ya desde

(1) HEINRICH SCHLIEMANN, *Ilios, Stadt und Land der Trojaner*, Leipzig, 1881; véase pág. 318. El trozo citado está repetido y traducido por nuestros autores en la pág. 401.

(2) La primera refutación, en orden de tiempo, anterior a la declaración de R. Virchow, pertenece a M. Longperier, quien combatió a fondo, y a veces con demasiada crudeza, la opinión de Schliemann sobre las "cabezas de lechuza". M. LONGPERIER, en *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions etc.*, pág. 95. París, 1874.

los lejanos días en que trabajaba de sastre en Norte América. Cuando descubrió ídolos y vasos con caras humanas provistas, algunas veces, de nariz arqueada a guisa de pico de ave, creyó realmente que se trataraá de lechuzas, influído por el hecho que la lechuza sería más tarde el símbolo de Palas Athenea, la divinidad venerada en Atenas. De esta circunstancia sacó Schliemann la convicción que la misma diosa fuese también la protectora de los troyanos. Un razonamiento poco sólido, en verdad; muy otra cosa sería si, estando plenamente comprobado que Athenea fuese la protectora de Troya, hubiese sacado la consecuencia que las figuras representaran caras de lechuza. Para decirlo en dos palabras, y siguiendo las mismas de Mosso, afirmamos que *''a tutte e due le cose nessuno ora crede''*[1].

Una interpretación absolutamente opuesta fué formulada por Rudolf Virchow, y aparece en el mismo prólogo con que el sabio berlinés presenta la obra de 1881: ''Desearía mencionar un punto en el que no puedo compartir enteramente la opinión de Schliemann... Como pude observar, de las *Gesichtsurnen* traídas por Schliemann de Troya, ni una sola muestra una verdadera cabeza de lechuza o en su forma general está modelada a guisa de ave... Hablando como naturalista, el tipo de la imagen que llevan en su porción superior es humano, y sólo tienen forma de lechuza la nariz y las órbitas encerradas en el contorno y los lineamientos humanos. En cambio la oreja es siempre humana, y nunca remeda a la lechuza... También la boca, cuando ella aparece, al igual que los senos, son exclusivamente humanos''[2].

La contrademostración de Virchow es amable, aunque firme, como conviene a un sabio quien, a pesar de los errores de apreciación, admira profundamente a la personalidad factiva del excavador de Ilios. Mientras esto ocurre en el lado meramente iconográfico, no es menos terminante la contrademostración en lo que concierne a las religiones, terreno que desgraciadamente es afrontado, por lo común, con gran ligereza y con criterios e informaciones superficiales, a pesar de lo tremendo de la empresa. El profesor A. H. Sayce así escribe: ''Yo creo con seguridad que las groseras figuras troyanas en las que Schliemann ve representaciones

(1) ANGELO MOSSO, *Le origini della civiltá mediterranea*, Milano, 1912. Véase pág. 107.

(2) RUDOLF VIRCHOW, Prefacio a la obra de Schliemann de 1881, pág. XV.

de Palas Athenea con cabeza de lechuza, no son, en realidad, más que las tentativas con que unos rudos artífices han querido representar a una divinidad que en esas regiones (de Microasia) fué invocada con nombres diversos: Atargates, Ate, Cibele, Ma y Omphale''[1].

Los Wagner sólo conocen, en oposición a la doctrina de Schliemann, la objeción de Virchow y la de Ballichon. En cuanto a este último, se limita a aconsejar que en lugar de ''vasos de cabeza de lechuza'' se los denomine ''de cabeza de gavilán'', en base a las formas de Egipto. Schliemann, dice, no pudo tener presentes las formas egipcias, porque en el Museo de Berlín estaban arrinconadas en un escondrijo[2]. Esto, en substancia, poco o nada importa a los Wagner, gavilán o lechuza son una misma cosa: lo importante para ellos es que sean cabezas de pájaro (pág. 401).

Contra la objeción de Virchow, en cambio, los Wagner recurren a un argumento que — para ellos — tiene la fuerza destructora de un alud. No negamos — dicen — lo afirmado por Virchow, esto es, que las piezas de alfarería de la antigua región de los Godos, o Pomerelia (Posnania y Silesia, en la Prusia Oriental) sean directamente vinculadas a las similares de Troya, ni que las primeras sean intensamente humanizadas; sin embargo las de Troya son de pájaro. En éstas ''aparecen las orejas, pero la boca falta en absoluto, lo que constituye un carácter ornitomorfo indiscutible'' (pág. 402). Más adelante, insisten en que las piezas de Hissarlik,

(1) A. H. SAYCE, *Die Inschriften von Hissarlik*, apéndice III a la obra *Ilios*, 1881, págs. 766-781. Véase pág. 769.

(2) El acercamiento de los vasos de Hissarlik a los vasos ''canópicos'' de Egipto, predicado por Ballichon, no es impropio, pero sí imperfecto e incompleto. Como es sabido, los egipcios empleaban juegos de cuatro vasos ''canópicos'' en la embalsamación, destinándolos a contener el intestino, el estómago y demás vísceras del difunto; cada uno de ellos llevaba el nombre de uno de los hijos de Osiris, los cuatro Horus. El primero, llamado Hapi, tenía en la tapadera la imagen de un cinocéfalo; el segundo, Amset, de hombre; el tercero, Tuaumutef, de chacal, y el cuarto, Kebehsenuf, de gavilán. Resulta claro que de cada juego de estos vasos, uno solamente tiene forma de cabeza de ave. Evidentemente, no hay razón para desdeñar a todos los demás y colocar en posición tan eminente — como lo exige Ballichon — al solo canopo con cabeza de gavilán.

Añádase que el acercamiento de los canopos egipcios a los demás representantes del ''canon'' de la urna-cara, o *Gesichsturne*, ya lo había solicitado Rudolf Virchow en esa memorable conferencia pronunciada ante la Sociedad Antropológica de Berlín en 1870, con la que se llama por primera vez la atención de los arqueólogos sobre los problemas conexos con las urnas-caras, y con certera doctrina se fundan las observaciones metódicas para su estudio: RUDOLF VIRCHOW, *Ueber Gesichtsurnen*, en *Zeitschrift für Ethnologie*, II, 73. Berlín, 1870.

mientras tienen indicados la nariz, las arcadas superciliares, *los senos* y, a veces, los ojos, ninguna figuración llevan de la boca (pág. 408). Una larguísima digresión es consagrada a poner bien en vista este punto, y termina en la pág. 420.

Esto de la ausencia de boca es un viejo caballo de batalla que, a pesar de haber sido cabalgado por gran número de teorizantes, descontentos con la ciencia que llaman ''oficializada'', vuelve todavía, de tarde en tarde, a reanudar la pelea llevando encima a algún franco-tirador.

Durante la fantástica *jacquerie* contra la ciencia que se terminó, no ha mucho, con el escándalo de Glozel, volvió, naturalmente, al tapete la famosísima cuestión de la decoración *des arcades surcilières, des yeux et du nez, mais sans bouche, dite communément ''tête de chouette'' ou ''idole néolithique''*. El doctor Morlet propuso la explicación de que con la falta de boca se había querido expresar el ''silencio'' de los muertos, aduciendo que entre los Celtas hubo una especie de identificación entre el concepto de muerte y el de silencio[1].

El profesor A. van Gennep no acepta la ''teoría del silencio'', porque la encuentra insuficiente para explicar las decoraciones del Africa del Norte, del todo análogas en la forma[2]. Se inclina más bien por la teoría del ''ojo profiláctico'', contra el ''mal ojo'', estudiado en Marruecos por Westermark y por Seligman en todos los pueblos comparativamente, en los dos volúmenes de su obra *Der Boese Blick*, Berlín, 1910. Es digno de interés, resume van Gennep, que todos los pueblos, desde Egipto hasta los salvajes actuales, dibujan o esculpen al ojo profiláctico en forma de un óvalo o de un círculo colocado abajo de la ceja, a veces acompañado de la nariz, pero nunca de la boca[3].

Otro escritor que ha insistido con vehemencia en la ausencia de la boca, es el ingeniero Louis Siret. Profundo conocedor de las tradiciones

(1) Dr. MORLET, *Chronique de Glozel*, en *Mercure de France* del 15 de diciembre de 1926, págs. 696-700.

(2) A. VAN GENNEP, *Chronique de Glozel*, en *Mercure de France* del 1º de enero de 1927, págs. 190-193.

(3) También S. Reinach parece inclinado a aceptar la interpretación profiláctica de todas las urnas-caras, o, mejor dicho, de los dibujos en ellas practicados. S. REINACH, *La sculpture en Europe avant les influences gréco-romaines*, en *L'Anthropologie*, IV, 15. París, 1894. Véase pág. 181).

de los Druídas, ha afirmado, en una memoria sumamente ingeniosa, que las llamadas "figuras neolíticas" no son humanas, sino representan los elementos geometrizados de una palmera, con su fuste, hojas e impresiones dendríticas estilizadas en sumo grado. Es ésta una de las hipótesis más audaces que yo conozco. La demostración, apoyada en muchas observaciones analíticas y en copiosos y admirables conocimientos, está minada, sin embargo, por la deficiencia de la construcción lógica [1].

Apartándonos ahora de las tres teorías, la del silencio-muerte, la del ojo profiláctico y la de la palmera religiosa, que se basan todas en la exaltación de un indicio tan débil como es la ausencia — en cierto número de casos, nótese bien — de la boca, aprovecharemos el enorme acervo arqueológico que se encuentra publicado o exhibido en los museos clásicos. Anotaremos, además, algunos puntos dudosos o erróneos que debilitan substancialmente la argumentación de los Autores de la "Civilización del Chaco Santiagueño".

I. — La boca falta en todas las llamadas estatuas-menhires del período neolítico y eneolítico de las regiones del Gard, del Aveyron y Bretaña, en Francia, y de Ponteveccio, Filetto y Bologna, en Italia. Sin embargo, la mayor parte de esas figuras llevan bien delineados los senos. Llevan, además, una maza bumerangoide o un puñal de hoja triangular con mango semilunar (forma itálica) o a guisa de anillo (forma egipcia). No faltan ejemplares que llevan alrededor del cuello collares de muchos hilares de cuentas, a veces también de una hilada única, pero con una cuenta maciza cilíndrica de gran tamaño, suspendida bajo el mentón [2]. Todos estos elementos: seno, armas e instrumentos, guirnaldas, son de tal naturaleza, que la hipótesis que fueran pájaros queda excluída (figs. 1 a 3).

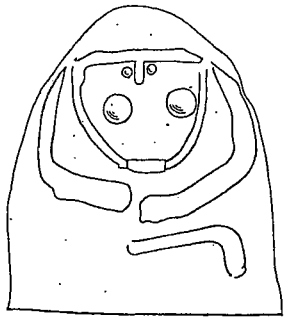


Fig. 1. — Estela de Collorgues (Gard) en su posición superior.

(1) Ing. LOUIS SIRET. *La dame de l'erable*, en *L'Anthropologie*, XXX, 234, París, 1920.

(2) ABBÉ HERMET. *Statues-menhirs de l'Aveyron, du Tarn et de l'Heraut*, en *L'Anthropologie*, XII, 595, París, 1901.

Commandant OCTOBON. *Enquête sur les figurations néo-enéolitiques*, en *Révue Anthropolog*, XLI, 297, París, 1931.

II. — Faltan las bocas en las estelas de madera del Asia Central cuyo significado y forma ha sido puesto en relación con las anteriores. La cara de esas figuras tiene una curiosa analogía con las imágenes pintadas en las rocas de Gleneg, Australia del Noroeste, también carentes de boca [1]. Véanse figuras 4 y 5.

III. — Sin abandonar las esculturas neolíticas de Francia, falta la boca en la cabeza esculpida en roca calcárea, de la estación de Martinet, Lot-et-Garonne [2].

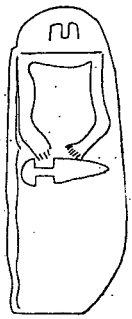


Fig. 2.—Estela de Pontevecchio (Liguria).

IV. — Si, después de los neolíticos y de la etnografía, nos dirigimos a los restos arqueológicos de la edad protohistórica en el Mediterráneo Oriental, encontraremos que faltan de boca los ídolos de arcilla del Egipto predinástico excavados por Flienders Petrie y Quibell, en Nágada, de los que reproducimos un ejemplo (fig. 6). Falta también en las figuritas de Haghia Triada, Phaistos y demás localidades de Creta, en Italia (fig. 7) y en el mismo Egipto dinástico (fig. 8). En ninguno de los casos aducidos por una cantidad de autores, no obstante la sospechosa curva del dorso de la nariz, es lícito dudar que se trate de figuras humanas; véanse el seno, el sexo, la cadera y el muslo [3].

V. — Transcribo del capítulo de A. Mosso, sobre "Las figuras votivas de la Edad Micenia": "Idéntica cara humana con pico de ave se encuentra comunísima en Egipto, en la edad neolítica y en las primeras dinastías. Encuéntrase también en Creta, y *no resulta fácil distinguir si es debida a la impericia de los alfareros que no sabían hacer mejor, o que trabajaban apurados, o poco se cuidaban al fabricar imágenes comerciales*" [4].

(1) K. T. PREUSS. *Kunstlerische Darstellungen etc.*, en *Zeitscrh, für Ethnol*, XXX, 82, Berlín, 1898.

HERBERT KÜHN. *Die Kunst der Primitiven*, München, 1923; véase págs. 60, 61, 112.

(2) L. COULONGES. *Le gisement préhistorique du Martinet* etc., en *L'Anthropologie*, XXXVIII, 495, París, 1928.

RAFFAELLO BATTAGLIA. *Sulla distribuzione geografica delle Statue-Menhirs*, en *Studi Etruschi*, VII, 11, Firenze, 1933.

(3) ANGELO MOSSO, *ob. cit.*, figuras 67, 72-73, 85, 90, 125.

(4) ANGELO MOSSO, *ob. cit.*, pág. 107.

VI. — La nariz en forma de pico de ave y la ausencia de boca, en esta clase de restos arqueológicos no puede ser tomada en sentido naturalista, por una de las tres razones que hemos leído en Mosso. ¿La prueba? La barca neolítica, en terracota, existente en el Museo Egizio de Turín contiene la figura de un marinero, en cuyo rostro fué colocado un pico de ave de rapiña [1], en el lugar de la nariz (en este caso preferiríamos la explicación de impericia y rudeza del alfarero). Otro ejemplo lo ofrecen algunos ídolos de terracota de la isla de Chipre, con nariz en forma de pico aguileño [2], a pesar de que esos ejemplares forman parte de series chipriotas que representan ídolos provistos de brazos, boca, orejas, sexo, seno, ombligo y hasta vestimentas (en este caso nos inclinaríamos por la explicación de negligencia). Véase fig. 9.

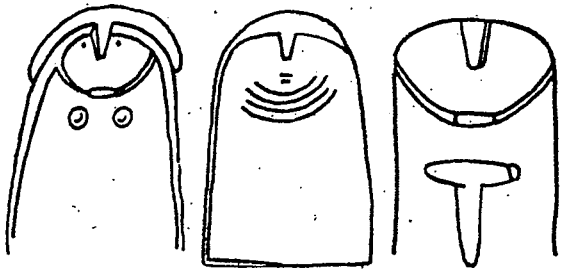


Fig. 3. — Dibujo esquemático de las estelas del grupo Marne - Oise - Seine.



Fig. 4. — Parte de figura humana en una pintura sobre rocas, de Gleneg, Australia del Noroeste.

VII. — Existen en el mismo material figulino exhumado de Hissarlik, al lado de las figuras sin boca de los estratos I-V, también otras con los rasgos faciales menos embrionarios, provistas de orejas y labios, y constituyen no ya casos aislados, sino verdaderas series. Emparentadas estrechamente con las *Eulenurnen* de Schliemann, sorprenden, sin embargo, por su colocación cronológica más profunda, pues pertenecen a la capa II de Hissarlik. (fig. 10). Esto hablaría en contra de la impericia plástica de los alfareros que modelaron las urnas sin boca y con órbitas en forma de M. He aquí lo que piensa Dussaud: *"En el primer período el rostro es modelado rudamente pero con una cierta preocupación de exactitud. Muy pronto aparece la tendencia a estilizar: la boca se indica apenas o desaparece del todo"* [1].

(1) ANGELO MOSSO, *ob. cit.*, figura 133 y texto pág. 107.

(2) RÉNÉ DUSSAUD. *Les civilisations préhelléniques dans le bassin de la mer Égée*, París, 1914. Véase pág. 367.

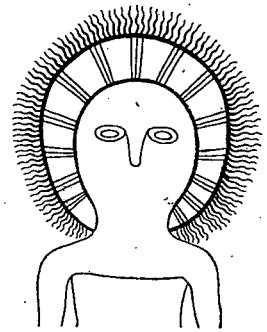


Fig. 5. — Parte de pintura mural de la Australia del Noroeste (Gleneg).

VIII. — En cuanto al objeto que se supone una tapa de urna funeraria, provisto de apéndice cónico superior "idéntica a las tapas de las urnas de Hissarlik", y descubierto en el Chaco de Santiago, que los Wagner publican en la figura de pág. 367, es una comprobación que no puede traer mucho peso en favor de la naturaleza "ornitomorfa", puesto que el mismísimo objeto, o tapa, cubre — sin diferencia — todas las urnas de figura humana, tanto los *Eulenvasen* que no tienen boca, como los vasos de rostro entero que se mencionan en el número anterior, y que llevan la boca cuidadosamente delineada. ¡Además, esas tapaderas representan gorros! [2].



Fig. 6. — Idolo egipcio de la edad prehistórica, en arcilla cruda.

(1) RÉNÉ DUSSAUD, *ob. cit.*, pág. 133.

(2) Ya en 1870 fué observado, en la discusión seguida a la conferencia de R. Virchow, que una gran parte de las urnas-caras están cubiertas con una tapa que tiene la forma de gorro (*Mütze*), y estos gorros abundan en los ejemplares de Dinamarca y Alemania. Cfr. WALTER KAUFFMANN, *Mitteilungen weber Gesichtsurnen*, en *Zeitschr. für Ethnologie*, t. II, Berlín, 1870, pág. 346. Más tarde, al conocerse las formas de Hissarlik, se vió que coincidían en este particular, pues la cara humana está cubierta por tapas a guisa de gorro asiánico (gorro frigio). Otras piezas, en cambio, tienen la tapadera en forma de casco guerrero, especialmente en Etruria y en Pomerania. Véase el ejemplar descripto por el Dr. Marschall, por ciertos caracteres único en su género, que representa a un casco prusiano análogo al que ha llevado la infantería argentina durante las primeras décadas de este siglo. Cfr. Dr. MARSCHALL, *Die Gesichtsurne von Liebenthal*, en *Zeitschz. für Ethnologie*, t. III, Berlín, 1871, págs. 120-126. El gorro más análogo a las urnas troyanas lo vemos, en cambio, en el ejemplar de la fig. 74, de S. REINACH, en la monografía arriba citada, pág. 181, procedente de Henriettenhof (Prusia Occidental), que posee, bien netamente indicadas, la boca y la lengua, esta última, extendida hacia fuera y abajo. ¡Háblese, pues, de figuras de pájaros!

IX. — He de señalar también que los Wagner no han sacado provecho alguno de toda una serie de *Gesichtsurnen* en la que nadie osaría dudar un solo momento de la naturaleza humana. Son las urnas-bustos del valle de Chiusi, bien conocidas en la arqueología etrusca, cuya porción facial consta, a veces, de una mascarilla de greda tomada por aplicación sobre la cara del cadáver. Llevan insertados en las orejas anillos de metal, a guisa de pendientes; por todo lo demás, senos, ombligo, brazos, etc., iguales a las de Troya y de Pomerania. (fig. 11). Establecido el nexo entre las series de Dardania, Pomerania y Etruria, del que nadie ha dudado hasta hoy con fundamento [1], la observación formal, y más la funcional, de estas últimas debía ponerlos en guardia contra el miraje del Dios-pájaro.

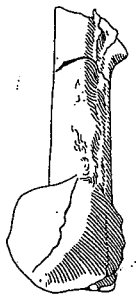


Fig. 7.— Idolo femenino encontrado en Cremona (Italia), en un "fondo di capanna".

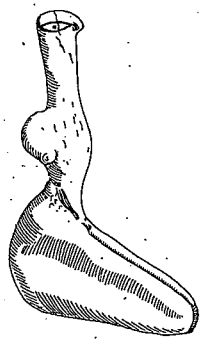


Fig. 8. — Estatuita de tierra endurecida al sol encontrada en Luxor (Egipto), de hechura neolítica, aunque corresponda, probablemente, al período dinástico.

X. — Aunque los hechos recordados demuestran ampliamente que las imágenes de terracota y piedra de las grutas del Marne, del Vístula y del Mediterráneo Oriental que no poseen la boca, son humanas sin contradicción posible por el conjunto de otros muchos elementos anatómicos, instrumentos y actitudes, será interesante completar esta demostración con la otra, en cierto modo recíproca, de que conocemos ejemplares perfectamente humanos y provistos de boca, cuya porción nasal y orbitaria reproduce fielmente la famosa M de la alfarería de Troya y otros lugares. (Véase fig. 12). Un solo caso, el de una figurita femenina de la isla de Chipre extraída de la documentación Richet-Carthaillac, será suficiente para ofrecernos la prueba deseada. (fig. 13).

(1) La asociación tipológica, y hasta histórica y étnica, entre las series de Pomerania, Etruria y Dardania fué formulada por Virchow, luego por Reinach, Hoernes, etc. La publicación más reciente es la de W. LABAUME. *Gesichtsurnen und Hausurnen*, en *Archiv für Anthropologie*, N. F., vol. XXIII, Braunschweig, 1932, págs. 1-39, en la que los problemas de clasificación, denominación y conexiones internas del grupo de Pomerania llegan a un alto grado de perfeccionamiento, mientras, en cambio, las correlaciones entre ese grupo y el troyano y etrusco sufren un notable empobrecimiento de visión, comparando con los grandes morfólogos que fundaron la doctrina, entre 1870 y 1910.

En cuanto a la asociación tipológica e histórica con América, perfilada ya en mis dos escritos *El busto en los dos mundos* y *La Cerámica prosopomorfa en Europa y América*, publicados respectivamente el 20 y el 27 de agosto de 1922 por el cotidiano "La Prensa", de Buenos Aires, no ha cesado de preocuparme durante los veinte años que han transcurrido desde esa fecha y siempre la considero como uno de los problemas más fecundos de la arqueología comparada. Naturalmente, los materiales acumulados durante este lapso tan considerable de tiempo y de estudios, me aconsejan completar su exposición y valoración en un trabajo más moderno y menos ceñido a la comparación formal, haciendo el lugar debido a las evidencias de la culturología. Se impone, por ejemplo, investigar por qué los ejemplares americanos pertenecen en su totalidad a las culturas superiores, o proto-históricas, del doble continente americano. Las escasas piezas de América traídas a la confrontación por ARTHUR HABERLANDT: *Prehistorisch-ethnographische Parallelen*, en *Archiv für Anthropologie*, N. F., vol. XII, Braunschweig, 1913, págs. 1-25 y sacadas de trabajos de Debenedetti, Wilson y Holmes, no son suficientes, hoy, para asentar el debate en forma satisfactoria, porque se ha visto que casi toda la cerámica de los pueblos Andinos, de los Istmos y del sector Gila - Río Grande del Norte está repleta de tipos y categorías prosopomorfas, llegando, en la costa peruana, a brindarnos verdaderos e insuperables *Portrait-urnen*, o vasos-retratos. Estoy convencido — por la fuerza misma de los innumerables hechos concretos de la arqueología comparada — de que este examen constituye algo como la base de la historia de las civilizaciones americanas caracterizadas por un alto desarrollo artístico, y que, por medio de sus resultados, se hará más clara la posición recíproca de entidades étnicas como la peruana, la mayoide, la de los Pueblos y las argentinas del Noroeste.



Fig. 9. — Idolos de Chipre, de tierra cocida, pertenecientes a la colección Richter-Carthaillac (Louvre).

XI. — En la figura 526 (pág. 407), y en el texto (pág. 425), afirman los Wagner que "en Grecia, para recordar a la lechuza, el casco de la clásica Minerva (querían decir Athenea) sigue mostrando en la cimera el símbolo en M de las urnas funerarias con cabeza de lechuza de la 'ciudad incendiada' de Príamo". Esto es una equivocación elemental, que procede del desconocimiento de las partes y la nomenclatura del casco

griego, o κράνος, cuya calota (ἐπίκρανον) terminaba arriba de los ojos por dos arcos bien redondeados que protegían las cejas (ὀφρύες) provistos de una cornisa, o γεῖσον, mientras el frontal se continuaba generalmente en una sutil lengüeta mediana que seguía el dorso de la nariz (μέτοπων); en cuanto a la impresión de dibujo en M que se deriva de las partes descriptas, está completada, en el ejemplar del busto mencionado, por las dos láminas protectoras de la mejilla, o παραγναθίδες.

¡Qué curioso efecto nos produce — ahora — la lectura de las páginas, diseminadas en el volumen de los Wagner, en que se insiste y se repiten *ad nauseam* las afirmaciones sobre la "divinidad ántropo-ornitomorfa" postulada ya en el exordio! "De más en más se irá afirmando en nuestro espíritu la convicción de que, manos inspiradas por la misma fe y las mismas ideas, en época más o menos la misma de los fastos de la humanidad, amasaron y modelaron la arcilla de las orillas del río Dulce y del río Salado y las gredas del Scamandro, para reproducir los rasgos de la misma divinidad y rendirle homenaje (pág. 392-3)". "No vacilaremos, pues, en hermanar las urnas de cabeza de pájaros americanos, y especialmente las de Santiago del Estero y del noroeste Argentino, a las urnas de cabeza de lechuza de Hissarlik y de Alemania, pues si examinamos, etc., (pág. 419)". "El Dios-Pájaro, acaso la más antigua concepción religiosa que se conoce... (pág. 419)" y así página tras página, de tal manera que resultaría abrumadora la tarea de citarlas todas.

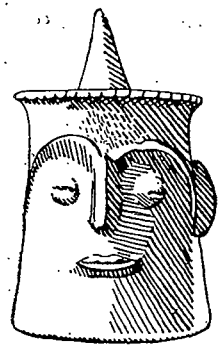


Fig. 10. — Vaso de terracota de las excavaciones de Hissarlik, encontrado en el estrato conocido con el nombre de Troya II.

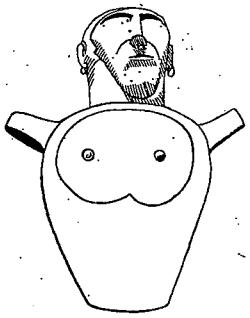


Fig. 11. — Vaso cinerario etrusco, del valle de Chiana (Clusium), cuya cara es una mascarilla (Museo de Chiusi).

Llegan los Autores a concentrar en esta asociación "ornito-antropomorfa" una virtud de singular trascendencia. "Hecho extraño, al par que difícilmente explicable, sobre el que nos parece útil insistir, es que aún resulte posible recorrer la mayoría de los más modernos tratados de arqueología sin hallar empleada ni una sola vez la expresión "ántropo-ornitomorfa": las interesantes ideas que esta conjunción de palabras implica, diríase que para numerosos escritores apenas tiene derecho a la existencia: hase tramado en torno a ella una verdadera conspiración del silencio (pág. 436)".

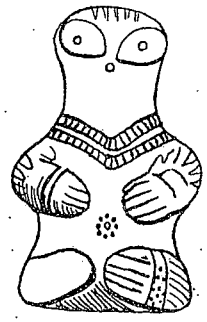


Fig. 12. — Idolo de terracota, procedente de la costa licia, y contemporáneo de las primeras instalaciones de Hissarlik (British Museum).

Indudablemente, lo que más urge e inquieta a los Autores, es el contenido de esa frase, es la aceptación del connubio religioso Dios-Pájaro. De ello que su libro haya resultado, más que una ilustración de material arqueológico, una exposición de peculiares y muy discutibles teorías de historia de las religiones. En todo el volumen reina la construcción inequivocable del sofisma de *petitio principii*, y ese principio es la divinidad ántropo-ornitomorfa, sentado ya desde el frontispicio. Ella, a su vez, está reposando en el error de Schliemann sobre las famosas *Eulenurnen*, y éste, por su parte, está sentado en las falsas afirmaciones que la protectora de Troya fuese Pallas Athenea y la segunda capa de Hissarlik fuese la misma Troya de Príamo cantada por Homero. Si tales equivocaciones y distorsiones son muy explicables en Enrique Schliemann, no pueden de modo alguno serlo en nuestros tiempos, sesenta años después, ya que el considerable trabajo arqueológico cumplido permite a toda persona, sin ser un Virchow, apreciar las relaciones morfológicas e históricas del vasto conjunto mundial de las representaciones androprosopas, o, sin ser un Sayce, valuar la posición religiosa y cronológica de los pueblos de Microasia con respecto al Atica.

Muy otra cosa sería el trabajo de los Wagner, si los Autores hubiesen seguido mis consejos, repetidamente y con sincera amistad brindados al señor Duncan, de ceñirse a la elaboración científica y presentación del material recogido en tan fecundos yacimientos. La explicación de su con-



Fig. 13.—Idolito femenino de la isla de Chipre, de la misma colección que los anteriores (Louvre).

ducta está contenida en la posición que se defiende con tanto entusiasmo en la pág. 397, en la que, con ímpetu juvenil, se ridiculizan a los escritores condenados a "estar dando vueltas eternamente o marcando el paso sobre los senderos mil veces trillados...".

Personalmente, ninguna alegría puede causarme el fracaso de estudiosos que he estimado cordialmente y que han realizado, fuera de toda duda, un trabajo enorme, con infinita pasión. Pero considero mi deber tomar en cuenta las reacciones de los antropólogos de Europa y Norte América y el buen nombre de la ciencia argentina, no sin calcular el ejemplo desastroso que se ofrece a nuestros jóvenes.

Pueda servir este ejemplo a aquella parte de nuestra juventud que, sedienta de éxito y renombre, se viera dispuesta a recurrir a la enunciación de novedades sensacionales, aptas para solicitar el fervor inmediato de la publicidad y de los medios desprovistos de crítica. ¡Claro que existen, también, las cuestiones de amplio vuelo, las correlaciones con la edad clásica y con las más lejanas comarcas del globo! Pero es necesario, antes de abrir las alas para tan desmesurados tránsitos, haberse sometido a larguísimas y durísimas pruebas, porque así, solamente, se adquiere la seguridad de criterio y la severidad auto-crítica, en la medida que ese fin hace indispensable. Se aprende así, a costa de penosas desilusiones, a apreciar la falacia de las impresiones personales, de las verisimilitudes creadas por el "sentido común", por los recuerdos de escuela y la lectura de diarios, y a evitar de convertirse en *homo unius libri*, o *unius auctoritatis*.

De buen corazón les auguro a esos jóvenes impacientes, que de ninguno de ellos pueda decirse nunca que — según la terrífica expresión de Erland Nordenskiöld—*zu fliegen versucht, bevor er überhaupt zu kriechen gelernt hat:* intenta volar, sin que antes, sobre todo, aprendiera a arrastarse.

EXEGESIS

por

FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

EL problema arqueo-etnográfico de Santiago del Estero ha hecho correr tinta en demasía. Por desgracia, no siempre ha sido tratado por especialistas, y, por el contrario, casi podría afirmarse que, desde las publicaciones precursoras de Moreno y de Ambrosetti — llenas de talentosas intuiciones —, pocos son los científicos que se han dedicado a indagarlo. Como, en realidad, en los últimos años el territorio sólo fué excavado sistemáticamente por dos autores mancomunados, a su obra tendremos que referir nuestra opinión, y deberemos valorarla para justipreciar el estado actual de estos estudios.

Debemos agradecer a los hermanos Wagner haber parado mientes en el interés y la importancia del problema arqueológico de Santiago del Estero. Más aún, de haber logrado comunicar su apasionamiento de senectud por estos problemas a las autoridades de aquella provincia, incitándolas a sostener los gastos derivados de las expediciones de investigación, durante largos años. Hasta puede loarse su capacidad de coleccionistas de aquellos materiales — que ha enriquecido con miles de piezas las colecciones inicialmente nulas del Museo Provincial — siempre que las tareas de extracción se hayan verificado de acuerdo con las técnicas modernas, cosa que sería osado afirmar de plano, en virtud de la anticuada técnica que revelan casi todos sus trabajos. En efecto, y si, como lo sospechamos, aquellas tareas del terreno se hubieran realizado un poco *à la diable*, esos materiales tendrían un valor mucho más reducido que el que podría concederle la circunstancia de estar prolijamente documentados. Esta es, en efecto, como lo saben todos los especialistas, la diferencia existente entre la mera reunión de materiales del coleccionista particular y la moderna

colección científica. Pero, en lo que no podemos estar, de ninguna manera, de acuerdo con ellos, es en sus interpretaciones. Y si algún resultado totalmente claro surge de esta serie de sesiones de la Semana de Antropología, es el de la absoluta unanimidad de los especialistas respecto a la falencia de aquellas.

En los días precedentes hemos ido observando cómo se precisaban los términos del problema. El examen de las fuentes históricas nos ha llevado a la conclusión de que las regiones por las que avanzaron Pedro González del Prado y sus conmilitones — aquellas en que caballos y jinetes se hundían en el barro, hasta el punto de tener que hacer dormir a los primeros sobre lechos de enea —, eran las márgenes del río Dulce y no tierras de diaguitas, como lo quisiera anteriormente un historiador nuestro, más avezado en el conocimiento de la geografía del Perú que en el de nuestro noroeste argentino [1].

Hay tal o cual incongruencia en estos relatos de la crónica. La mención de los indios flecheros, provistos de flechas envenenadas — que goza del testimonio firme del Palentino [2] y de la probanza de González del Prado, y por eso mismo poco dubitable — es una de ellas. Esos indios flecheros se pierden sin dejar rastros en ninguna de las otras documentaciones de la época o de épocas inmediatamente posteriores. Esto debe ser interpretado, en mi sentir, no como un error de información — dado que la singularidaridad del hecho y la temibilidad que el tipo de arma encarnaba hacen presumir la referencia directa a una circunstancia verdadera, cosa que también lo supone el carácter veraz del cronista y de los testimonios —, cuanto como la demostración de la presencia de elementos intrusivos, sin duda de origen amazónico. Otro elemento etnográfico extraño es, a mi juicio, el de esos Diaguitas "que sirven a *Santiago*", de que habla otro documento [3]. No creo que pueda inferirse de ello que los habi-

(1) ROBERTO LEVILLIER, *Nueva crónica de la conquista del Tucumán, la cual describe las relaciones primitivas entre peruanos y diaguitas, la lucha de naturales y castellanos en la fundación de ciudades y la acción ejercida en ellas por Virreyes del Perú, Audiencias de Lima y Charcas y Gobernación de Chile en el Siglo XVI*, I, 116-118 y 126-128, Lima, 1926.

(2) DIEGO FERNÁNDEZ, *Historia del Perú* (1571), II, 22, Madrid, 1914. Esta versión, fuera o no exacta, produjo, sin duda, una fuerte impresión en todos los conquistadores del Perú, pues Garcilaso la recoge en sus sapientes páginas: GARCILASO DE LA VEGA, *Historia general del Perú o Comentarios reales de los Incas, por el* INCA, IX, Cap. XXIX, 319-322, Madrid, 1800.

(3) PEDRO SOTELO NARVÁEZ, *Relación de las provincias del Tucumán que dió . . ., vecino*

tantes y creadores de la cultura de Chaco-Santiago fueran Diaguitas ni, por lo tanto, que — en algunos aspectos — la cultura chacosantiagueña sea una cultura *de facie* de la diaguita, como nos deja entrever Serrano [1]. A mi entender, esos Diaguitas eran una suerte de "mitimaes", trasplantados allí en muy reciente data, acaso hasta por obra de las autoridades españolas [2]. Recuérdese que la respuesta a las destrucciones de los asientos españoles de ciudad, levantados en Londres, Cañete y Córdoba del Calchaquí, fué el traslado de poblaciones enteras de Diaguitas que acababan de someterse, parte de los cuales llegaron hasta las vecindades de nuestra capital. La zona de dispersión de esta *mitimatización* diaguita, de origen español, fué enorme. Hay documentos que nos hablan de Diaguitas trasplantados a Potosí y que regresaron a pie para seguir combatiendo [3].

Por último, no olvidemos que los Chaco-santiagueños están bien caracterizados por Narváez en la primera parte de su *Relación*, y que los demás indígenas suelen corresponder a regiones aledañas, que formaban el inmenso Tucumán del siglo XVI.

Las características geográficas mismas han convertido a esta "provincia" etnográfica en una tierra de pasaje. Los etnógrafos que estudian, por ejemplo, los problemas de la población primitiva del Brasil, saben cómo los grandes ríos de aquella enorme región han sido, más que ningún otro elemento de su topografía, senderos de penetración territorial. Esto es de estricta aplicación aquí. El río Salado — único caudal exorreico de esta región endorreica —, ha debido permitir la movilización de dentro

de aquellas provincias al muy illustre señor Licenciado Cepeda, presidente desta Real Audiencia de La Plata, en *Relaciones Geográficas de Indias*, Perú, II, 147, Madrid, 1885.

(1) ANTONIO SERRANO, *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada Civilización Chaco-Santiagueña*, 83 y 143, Paraná, 1938. En efecto, Narváez no dice textualmente que todos aquellos indígenas sean Diaguitas, aunque es posible inferirlo de la forma elíptica en que lo enuncia: "Estos se visten á fuer de los *Diaguitas* y hablan su lengua" (NARVÁEZ, *Relación*, etc., *cit.*, 147).

(2) Esta creencia se robustece al advertir la forma en que Narváez alude a tales indígenas, pues, a continuación de las palabras que transcribo al final de la nota anterior, aquel autor agrega: "Es gente de más razón y tienen más ganados de los dichos, como los del Perú. Están cercanos á indios de guerra *Diaguitas*, que tienen más libertad y menos dotrina, aunque todavía suelen ser dotrinados" (NARVÁEZ, *Relación*, etc., *cit.*, 147). Luego, si los indios de guerra Diaguitas tenían "más libertad y menos doctrina", es evidente que los otros Diaguitas ya habían sido alcanzados por la sumisión y catequización, pese a la tenaz resistencia que a lo uno y a lo otro opusieron.

(3) P. A. LARROUY, *Documentos del Archivo de Indias para la historia de Tucumán*, I, 234, Buenos Aires, 1923.

hacia afuera y viceversa, de masas poblativas en tiempos primitivos, de la misma manera que, ya en época de la Conquista, sirvió, en parte, de señalamiento de ruta para los expedicionarios de la primera "entrada" de Diego de Rojas, o de sus sucesores más afortunados.

Los hermanos Wagner han postulado la existencia de una verdadera "civilización" y de un "imperio" [1]. Pero la base interpretativa de esta concepción es equivocada. Reposa, como sabemos, en la existencia de millares de supuestos "túmulos" constituídos por estructuras continuadas a la manera de cuentas de un collar [2]. Estos "túmulos", que implicarían la remoción de millones de metros cúbicos de tierra, destinados a sobreelevar el terreno, habrían producido, por compensación, desniveles interiores entre dos teorías de "túmulos", determinando así la formación de "canales". Frenguelli ha analizado este problema geológico-antropológico. La conclusión que le hemos escuchado, no puede ser menos ratificante de aquella hipótesis excesiva. Los supuestos "túmulos" no son otra cosa que eminencias o montículos naturales, formados por aportación eólica o por otras causas ajenas a la mano del hombre. Por otra parte, no cubren toda la región que los hermanos Wagner están dispuestos a conceder al supuesto "imperio"; ocupan una banda del río Dulce, y los hipotéticos "canales" no son otra cosa que la retención de las aguas, periódicamente desbordadas de este río, que al salir de madre pasan el nivel de las primeras ondulaciones marginales y no son reabsorbidas de inmediato por el terreno. Hay en todo esto, la posibilidad de una explicación naturalista, extraña por completo a toda intervención del hombre, y que reduce el problema quitando el argumento básico que se esgrimió para suponer la existencia, en Chaco-Santiago, de poblaciones primitivas extraordinariamente numerosas y concentradas bajo la férula de un gobierno autocrático.

El vestuario de los chacosantiagueños nos ha sido descripto por varios testimonios coincidentes: los más explícitos de ellos, de Narváez y Alonso

(1) EMILIO R. WAGNER y DUNCAN L. WAGNER, *La Civilización Chaco-Santiagueña*, Buenos Aires, 1932.

EMILIO R. WAGNER y DUNCAN L. WAGNER, *La Civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo Mundo*, Buenos Aires, 1935.

EMILIO R. WAGNER y DUNCAN L. WAGNER, *Las llanuras de Santiago del Estero*, en *Historia de la Nación Argentina*, I, 372, Buenos Aires, 1936.

(2) WAGNER y WAGNER, *Las llanuras de Santiago del Estero*, *cit.*, 363-374.

Abad [1] y los del Palentino, nos hablan de que los hombres usaban trajes de plumas y se adornaban con ellas la cabeza, y sabemos que las mujeres llevaban pampanillas para "taparse las vergüenzas" [2]. Se trataba, pues, de "indígenas vestidos", pero no al modo de sus vecinos los Diaguitas, sino con ropaje diferente. Esta diferencia entre el *unku* tejido de lana de llama o vicuña, y el tejido de pluma, es suficientemente grande, ya, como para señalar una diferencia esencial con respecto al mundo diaguita.

Las habitaciones debieron ser hechas con materiales sumamente perecibles. El uso de la piedra fué desconocido para eso. En este sentido podría aproximarse a lo que ocurre en ciertas sub-zonas diaguitas; no así a los Calchaquíes, que tan hermoa arquitectura lítica poseyeron.

La cerámica es, sin duda, el arte mejor representado de su industria manual. A la pequeña ocarina de barro cocido cuyo hallazgo determinó la realización de las primeras búsquedas, a los fragmentos iniciales que Duncan Wagner — aplicándoles el método cuvieriano — convertía, en sus magníficas láminas, en vasijas enteras, les han sucedido colecciones numerosas de urnas y vasos completos. Son notables, no sólo las extraídas por los hermanos Wagner — que cubren hoy las gradas del anfiteatro de la Escuela Centenario de Santiago del Estero, sede del Museo Provincial — sino también las logradas por Hauenschild y por otros coleccionistas menores.

Aparicio nos ha trazado, en estas jornadas, un ensayo de clasificación, tratando de resumir tales manifestaciones a una pequeña cantidad de formas. Es evidente el predominio de una serie de ornamentaciones típicas, que se desenvuelven, principalmente, en las urnas funerarias. En este sentido, puede afirmarse que es mucho más característica la ornamentación que las formas. Estas, para tal clase de alfarería, son generalmente subglobulosas, con amplio desarrollo ventral. La materia con que suelen

(1) ALONSO ABAD, *Información levantada por el procurador del Cabildo de Santiago del Estero . . ., entre los vecinos, destinada a demostrar los notables servicios prestados por dicha ciudad en el descubrimiento y conquista de la comarca del Tucumán*, en ROBERTO LEVILLIER, *Gobernación del Tucumán, Correspondencia de los cabildos en el siglo VVI, Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino*, 206, Madrid, 1918.

(2) NARVÁEZ explica que usaban "unas mantas las mugeres muy pequeñas, que hacían de cierta paja y de lana de algún ganado que tenían de la tierra, como lo desta del *Pirú*": NARVÁEZ, *Relación*, etc., *cit.*, 144.

estar hechos algunos de estos vasos es una arcilla blanca o amarillenta, que el salitre absorbido por sus paredes suele blanquear aún más. En otros casos existen piezas de este tipo hechas en arcilla marrón. Los decorados, entre los que se destaca una forma característica, combinación de pájaro con cabeza humana, han sido objeto de interpretaciones mitológicas por parte de los hermanos Wagner. Es del caso repetir aquí las frases que Outes estampara al referirse a la tendencia mitologizante y a la prelación en la interpretación del decorado a expensas de su estudio minucioso y exacto [1].

A la exégesis arqueológica de Aparicio quiero agregar algunas observaciones personales referentes a modalidades que vinculan a la cerámica chacosantiagueña con la diaguita. La forma en que suele estar modelada, en la parte superior y central de las urnas funerarias una cabeza humana estilizada — de la cual los rasgos más salientes suelen ser el doble arco superciliar, que se junta en un vértice, y los ojos con "lágrimas" — es muy similar a la de idéntica representación en las urnas funerarias santamarianas. Más aún, en las colecciones arqueológicas del departamento a mi cargo, en el Museo de La Plata, hay varios vasos en los cuales aparece, con todas sus características, el rostro de la supuesta "divinidad antropo-ornito-ofídica", de los hermanos Wagner. En algunos, como en los vasos chacosantiagueños, la arcada superciliar ha sido continuada verticalmente hacia abajo, para dar la cabal impresión del óvalo del rostro, y la técnica de realización es la misma: un estrujamiento irregular del chorizo de arcilla, hecho con las yemas de los dedos, que produce ese efecto visual ligeramente zigzagueante, que los hermanos Wagner atribuyen a la representación de la parte ofídica de la hipotética "divinidad".

En el apéndice nº 1, he reunido todas aquellas piezas de cerámica que en el Departamento de Arqueología y Etnografía a mi cargo, del Museo de La Plata, presentan decoración antropomorfa similar a la de Santiago del Estero. Las láminas I y II ilustran algunos de estos casos [2].

(1) "Desgraciadamente, las investigaciones en mi país, en lo que se refiere a los restos hallados en las regiones mencionadas, comenzaron por la última tarea a realizarse, pues lo más de las veces, han sido encaminadas en el sentido de averiguar o interpretar, por lo general, *a fortiori*, el supuesto valor ideográfico de representaciones cuyo verdadero origen se ignoraba". FÉLIX F. OUTES, *Alfarerías del Noroeste argentino*, en *Anales del Museo de La Plata*, I (segunda serie), 21, Buenos Aires, 1907.

(2) Una pieza muy semejante a las que presento es exhibida por Outes en las magníficas láminas que le tocó comentar: OUTES, *Alfarerías del Noroeste argentino*, *cit.*, plancha IV, fig. 5.

Como se verá en el apéndice y en las ilustraciones, estos vasos de nuestro Museo han sido, sin embargo, hallados en localidades correspondientes a plena área diaguita.

Otro tanto ocurre con las huellas de "lágrimas", imputación un tanto alejada, en ocasiones, de la realidad, ya que — en numerosos casos — es posible interpretar aquellas "lágrimas" (sobre todo en el caso de las llamadas "lágrimas acodadas", que desafían las reglas de la ley de gravedad) como meros tatuajes o pinturas faciales. Como sea, no sólo las "lágrimas" mismas, sino su técnica de representación, son iguales en una y otra región.

Los llamados dibujos de "manos" — con un número de dedos que va de 3 a 16 — son, para los hermanos Wagner, una de las características del tipo de cerámica por ellos recogido. Pero tales decoraciones — si bien, sin el "ojo en la palma", que ellos creen ver en las suyas — son de uso frecuente en el mundo diaguita, en el cual hay una larga serie de yacimientos que han provisto a nuestros museos de piezas de una decoración absolutamente igual a las famosas "manos" chacosantiagueñas (Ver, acerca de ello, el apéndice nº II, y las láminas III, IV y V.) [1].

Agreguemos, aún, que la decoración de "manos" no es sólo privativa de Diaguitas y Chacosantiagueños. Se la ha hallado entre los Omaguacas y yo mismo he podido encontrarla, excepcionalmente, en el yacimiento de Rodeo Colorado (departamento de Iruya, provincia de Salta), en un lugar cercado de montañas y situado a cerca de tres mil metros de altura sobre el nivel del mar, lo que significaría una extensión totalmente inusitada del supuesto "Imperio de las llanuras"... Por último, señalaremos que si en algunos casos las manos están, efectivamente, bien caracterizadas, no siempre ocurre así, y las decoraciones pueden intentar representar ya sean alas estilizadas, ya sean grecas, como quiere Serrano.

El empleo de las asas planas, que los hermanos Wagner postulan como una característica de la cerámica chacosantiagueña, también excede al área de aquella. Así, es frecuente encontrar, en las colecciones de la

(1) Confróntense estas figuras con las representaciones análogas de Santiago del Estero, en WAGNER Y WAGNER, *Las llanuras de Santiago del Estero*, *cit.*, 386, fig. 24.

alfarería diaguita, el empleo de tal tipo de asa, ora en vasos pequeños, ora en grandes urnas funerarias. La colección Muniz Barreto, que tengo en estudio, contiene numerosos casos de su empleo, los cuales robustecen los ejemplos de tal hallazgo, que existían ya en las viejas colecciones platenses (Confrontar apéndice nº III y láminas III *b*, IV, V y VI.). Más aún, hay casos en que varios de los elementos anteriormente citados se combinan, lo que, naturalmente, acentúa la semejanza y el parentesco cultural de sus autores.

El mismo uso del *puco,* o escudilla, que para Ambrosetti era una forma de cerámica tan típicamente diaguita, que su presencia era una especie de *etiqueta* definidora de su "cultura calchaquí" [1] está representado abundantemente allí [2].

"Aclaremos a nuestra vez, que pese a este carácter de tipificidad absoluta que Ambrosetti les atribuye, los pucos tienen un área de dispersión que excede al área geográfica ocupada por la antigua "Provincia" de los diaguitas, y que pucos, en todo punto semejantes a éstos, son frecuentemente hallados entre los Omaguacas y aún entre los Atacamas. Este error se explica por la amplitud que — como lo hemos explicado al comienzo de este estudio — atribuye Ambrosetti a lo que él denomina *cultura calchaquí*" [3].

Por último, el empleo de cerámica pintada en negro y rojo, con finas líneas contrastadas, de tonos muy vivos, combinación cromática que se observa frecuentemente en esta clase de material chacosantiagueño, presenta similitud que salta a la vista con respecto a los vasos igualmente ornamentados del valle de Yocavil [4] y de otros yacimientos diaguitas [5]. Por

(1) JUAN B. AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de "La Paya" (Valle Calchaquí, provincia de Salta), Campañas de 1906 y 1907, en Facultad de Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sesión Antropológica,* nº 3, 311, Buenos Aires, 1908.

(2) Comparar con WAGNER Y WAGNER, *Las llanuras,* etc., 380-386, figs. 18-21 y 23-24.

(3) FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Los diaguitas, Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico,* en *Revista del Museo de La Plata,* Secc. Antropología (en prensa).

(4) JUAN B. AMBROSETTI, *Arqueología argentina, Los pucos pintados de rojo sobre blanco del Valle de Yocavil,* en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires,* IX (serie 3ª, II), 357-369, Buenos Aires, 1903. Outes ha comentado otros casos (OUTES, *Alfarerías del noroeste argentino,* 6-16 y plancha 1).

(5) "En los valles calchaquíes, cuenca de Londres, se halla alfarería igual. Poseo un precioso vaso cilíndrico, rojo y decorado de negro, con los mismos tonos de estos fragmentos de Santiago, que hallé en Sanjil, cerca de Pomán (provincia de Catamarca)": JUAN B. AMBROSETTI, *Noticias sobre la Alfarería prehistórica de Santiago del Estero,* en *Anales de la Sociedad Científica Argentina,* LI, 168, Buenos Aires, 1902. Ratificación respecto del decorado: *Ibid.,* 172.

lo tanto, para encontrar correlaciones ornamentales entre la cerámica chacosantiagueña y la de otras culturas, no es necesario saltar continentes ni evadirse de la geografía: basta trabar relación con sus más próximos vecinos. Tan es así que Ambrosetti postulaba, en 1902, que los restos de industria hallados en Santiago del Estero, y los indígenas mismos que la producían, pertenecieron a lo que él denomina en ese trabajo: la "civilización Diaguita-Calchaquí" [1].

La malacología, tratada en estas sesiones por el profesor M. Doello-Jurado, ratifica otras conexiones: las que debieron producirse con los pueblos de allende los Andes. Estos nuevos informes confirman los ya muy antiguos de Moreno, que señala el hallazgo de moluscos de especies que viven actualmente en el Pacífico, encontrados a orillas del río Dulce [2].

Tales puntos de contacto van definiendo, para mí, la clasificación de esa cultura, entre sus similares sudamericanas. Hay un problema, el de la antigüedad, que ha sido impropiamente fundado en la existencia, en los yacimientos arqueológicos, de una especie de camélido americano fósil, el famoso "paleolama", que Rusconi ha creído poder determinar en base a unos pocos elementos óseos. En estas sesiones, gracias a los nuevos y prolijos estudios de Bordas, hemos podido advertir su inexistencia. El "paleolama" tiene una existencia tan hipotética como la antigüedad milenaria de esa cultura. La realidad es mucho más simple y humilde.

Los constructores de Llajta-Mauca han llegado hasta épocas históricas y son los mismos que los españoles encontraron a su paso. La prueba de este último aserto es el hallazgo, copioso y reiterado en estos yacimientos, de cuentas *agri,* las famosas cuentas venecianas con que los españoles realizaban trueque con los indios. Por supuesto, no es por los hermanos Wagner por quienes tenemos noticias de este hallazgo, ni tales cuentas aparecen exhibidas en las colecciones públicas del Museo Provincial de Santiago del Estero. Pero, es en esta ciudad en casa del coleccionista Dr. Argañaraz, donde he podido verlas en la misma lata de té, rebosante de ellas, en que

(1) AMBROSETTI, *Noticias sobre la Alfarería prehistórica,* etc., *cit.,* 176.

(2) FRANCISCO P. MORENO, *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca,* en *Revista del Museo de La Plata,* I, 211.

las vió Aparicio, y en un frasco de vidrio anexo [1]. Nunca había visto tantas juntas, y "quedé espantado dello", como decía el gran Cieza de León cuando veía a los indios manipular sus *kipus* [2].

¿Quiénes eran los habitantes de esa región en la época de la Conquista? Canals Frau y Palavecino han ensayado, ya, la explicación toponímica y etnográfica, respectivamente. Nos inclinemos por una o por otra (ambas conducen, aproximadamente, al mismo punto), se trata de poblaciones de tipo ándido. Serían, pues, con los Diaguitas, los representantes más meridionales de los ándidos de Imbelloni, cuyo eslabón más septentrional estaría constituído por los primitivos *hopi*. Este mismo autor había analizado ya, en 1932, en las sesiones del XXV Congreso Internacional de Americanistas [3], las características morfológicas de su antropología física y, particularmente, las de su deformación craneana, tan importantes desde el punto de vista cultural por constituir una verdadera impronta, a igual título que la arquitectura o la cerámica. En el transcurso de las presentes, el autor ha vuelto a ratificar aquellas conclusiones.

Otra comprobación, de orden cultural, es también de suma importancia para el establecimiento de la relativa modernidad de estos etnos: el hallazgo de objetos de cobre, que ha señalado Palavecino en el desarrollo de su comunicación.

Por todo esto, llegamos a la conclusión de que no hay ningún elemento arqueológico que, racionalmente, nos permita inferir la alta antigüedad de esta cultura. Por el contrario, el hallazgo de la metalurgia la ubica entre los pueblos de la cultura andina superior. Son andinas, también, la mayoría de las manifestaciones de su cultura material; pero hay aculturación menor, producida por una infiltración de elementos amazónicos:

(1) Serrano ya ha documentado estos hallazgos, en fechas anteriores, en dos de sus trabajos: ANTONIO SERRANO, *Etnografía antigua de Santiago del Estero, Siglo XVI*, en *Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, XVII, 337, Buenos Aires, 1934; ANTONIO SERRANO, *La etnografía antigua de Santiago del Estero*, etc., *cit.*, 111-113.

(2) PEDRO DE CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú, que trata del señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación*, en *Biblioteca hispano-ultramarina*, V, cap. XII, Madrid, 1880.

(3) J. IMBELLONI, *Los autores de la cerámica de Llajta Mauca, Primeras noticias antropofísicas sobre los antiguos civilizadores del Chaco santiagueño*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* (La Plata, 1932), I, 27-57, Buenos Aires, 1934.

el traje de plumas, el entierro de adultos en urnas, las flechas envenenadas, etc. Quizá haya, también, algún elemento chaqueño. Por razones de proximidad geográfica y de contacto, los Diaguitas fueron, entre los andinos, los que más influencia tuvieron en la formación de esa cultura, que no puede ser considerada, sin embargo, como una nueva sub-zona de aquellos (como lo serían Santa María, Barreales y Angualasto, en la clasificación sugerida por Palavecino) [1], sino una "provincia" separada y con personalidad etnográfica propia, de la manera que lo son los Omaguacas con respecto a los Diaguitas.

(1) ENRIQUE PALAVECINO, *Areas culturales del territorio argentino*, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* (La Plata, 1932), I, 231, Buenos Aires, 1934.

APENDICE Nº 1

Vasos con decoración antropomorfa

NUMERO	COLECCION	PROCEDENCIA
109	Lafone Quevedo.	Belén.
2593	Moreno nº 2.	Fuerte Quemado.
5346	Muniz Barreto.	Famabalasto.
5654	„ „	Laguna Blanca.
6340	„ „	Puerta de Corral Quemado.
6350	„ „	„ „ „ „
6494	„ „	Palo Blanco.
6504	„ „	„ „
9969	„ „	Asampag, Falda de la Ciénaga (Belén).
9975	„ „	„ „ „ „ „ „
9984	„ „	„ „ „ „ „ „
11621	„ „	Yacotola (Belén).
11667	„ „	La Aguada (Belén).

APENDICE Nº 2

Vasos con decoración de "manos"

NUMERO	COLECCION	PROCEDENCIA
105	Lafone Quevedo.	Choya (Andalgalá).
117	„ „	Chaquiago (Andalgalá).
165	„ „	Potrero de Santa Lucía.
170	„ „	Chaquiago (Andalgalá).
171	„ „	Huañimil.
179	„ „	Andalgalá.
190	„ „	Paso de Santa María.
477	Moreno (nº 1).	Santa María.
478	„ „ „	Fuerte Quemado.
569	„ „ „	Punta de Balasto.
4486	Muniz Barreto.	Masao.
6426	„ „	Puerta de Corral Quemado.
12906	„ „	Belén.

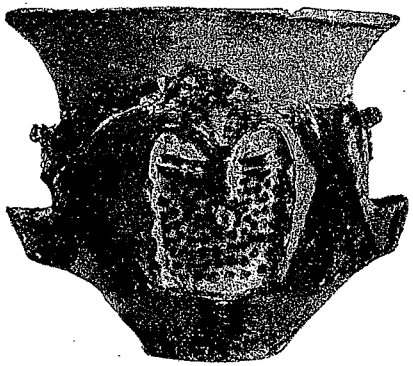
APENDICE Nº 3

Vasos con asas planas

NUMERO	COLECCION	PROCEDENCIA
162	Lafone Quevedo.	Santa María.
171	„ „	Huañimil.
172	„ „	Andalgalá.
175	„ „	„
177	„ „	„
179	„ „	„
354	Methfessel.	Loma Rica.
442	„	Andalgalá.
530	„	Loma Rica.
532	„	„ „
478	Moreno (nº 1).	Fuerte Quemado.
505	„ „ „	
508	„ „ „	
510	„ „ „	
512	„ „ „	
541	„ „ „	
570	„ „ „	
1512	„ „ „	
790	„ „ 2	Santa María.
2313	„ „ „	
2608	„ „ „	Tinogasta.
2674	„ „ „	
2740	„ „ „	
2788	„ „ „	Santa María.
2789	„ „ „	Trancas (Tucumán).
2797	„ „ „	
2828	„ „ „	
2831	„ „ „	
2905	Muniz Barreto.	
3898	„ „	Yoscaba.
4034	„ „	

NUMERO	COLECCION	PROCEDENCIA
4040	Muniz Barreto.	
4985	„ „	
4995	„ „	
4999	„ „	
5069	„ „	Masao.
5191	„ „	Famabalasto.
5257	„ „	„
5297	„ „	„
5309	„ „	„
5315	„ „	„
5322	„ „	„
5337	„ „	„
5340	„ „	„
5342	„ „	„
5347	„ „	„
5349	„ „	„
5351	„ „	„
5354	„ „	„
5364	„ „	„
5380	„ „	„
5389	„ „	„
5454	„ „	Pampa Grande.
5847	„ „	Chiquimil.
5880	„ „	Lorohuasi.
5882	„ „	„
6027	„ „	„
6031	„ „	„
6275	„ „	Mojamas.
6330	„ „	Corral Quemado.
6354	„ „	Puerta de Corral Quemado.
6426	„ „	„ „ „ „
6507	„ „	Palo Blanco.
6647	„ „	Fuerte Quemado.
8136	„ „	La Ciénaga.

NUMERO	COLECCION	PROCEDENCIA
8383	Muniz Barreto.	Punta de Balasto.
8384	„ „	Quebrada de Quimivil (Santa María).
8393	„ „	„ „ „ „ „
11040	„ „	Condorhuasi, Corral de Ramos, La Ciénaga.
12906	„ „	Belén.



a



b

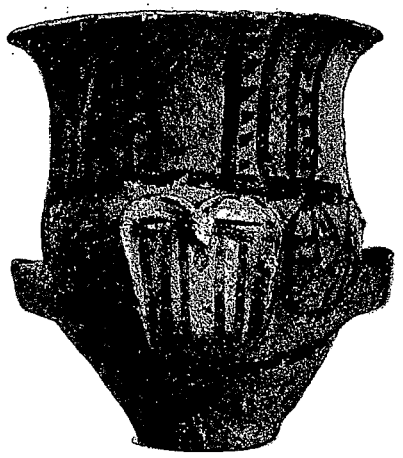
Urnas diaguitas con decoración antropomorfa, en la que la prolongación de las arcadas superficiales forma el óvalo del rostro.

a) Pieza nº 2593, colección Moreno, nº 2, procedente de Fuerte Quemado.

b) Pieza nº 6340, colección Muniz Barreto, procedente de Puerta de Corral Quemado. *Museo de La Plata.*



a

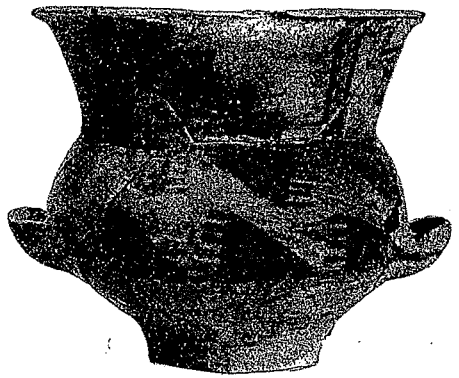


b

Otras urnas diaguitas de técnica análoga, a las de la Lamina 1, con decoración de "lágrimas".

a) Pieza nº 6350, colección Muniz Barreto, procedente de Puerta de Corral Quemado.

b) Pieza nº 5346, colección Muniz Barreto, procedente de Famabalasto. *Museo de La Plata.*



a

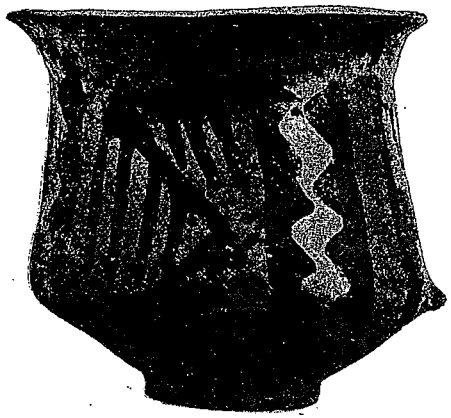


b

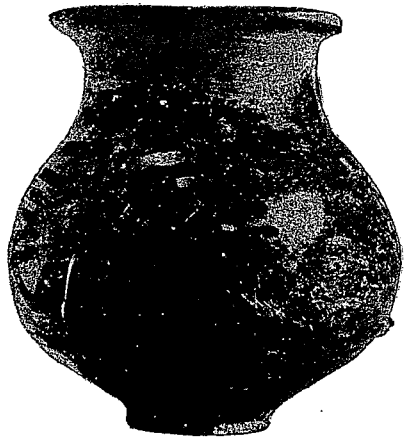
Cerámica diaguita con la decoración llamada de "manos" (la segunda, con asas planas).

a) Pieza nº 6054, colección Muñiz Barreto, procedente de Fuerte Quemado.

b) Pieza nº 171, colección Lafone Quevedo, procedente de Huañimil. *Museo de La Plata.*



a

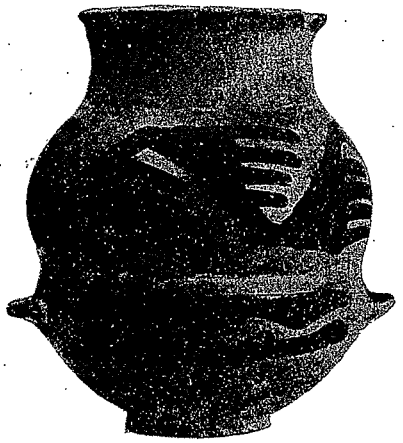


b

Cerámica diaguita con asas planas y la llamada decoración de "manos".

a) Pieza nº 165, colección Lafone Quevedo, procedente de Potrero de Santa Lucía.

b) Pieza nº 170, colección Lafone Quevedo, procedente de Chaquiago. *Museo de La Plata.*



a



b

Cerámica con asas planas y la llamada doceración de "manos". (Nótese el diferente número de los supuestos "dedos").

a) Pieza nº 6426, colección Muniz Barreto, procedente de Puerta de Corral Quemado.

b) Pieza nº 179, colección Lafone Quevedo, procedente de Andalgala. *Museo de La Plata.*



Cerámica diaguita con asas planas.

Pieza nº 5257, colección Muniz Barreto, procedente de *Famabalasto. Museo de La Plata.*

EXEGESIS

por

ENRIQUE PALAVECINO

COMO síntesis de la cultura llamada chaco-santiagueña poco puede decirse ahora que no haya sido dicho y repetido antes.

Serrano, en el libro que ha dedicado al problema, ha dejado definitivamente sentada la correlación entre la cultura de los aborígenes históricos y la de los yacimientos arqueológicos; Canals Frau y yo nos hemos referido también a los aborígenes históricos desde distintos ángulos; Imbelloni nos ha demostrado que los restos de los aborígenes descubiertos por los hermanos Wagner pertenecen a individuos de la raza andina; Aparicio nos ha dado una síntesis de la arqueología de Santiago, en tanto que Doello Jurado, Frenguelli y Bordas han examinado la cuestión desde el punto de vista geológico, geográfico y faunístico. Entre todos estos especialistas es unánime el acuerdo en atribuir los rasgos fundamentales de la civilización chacosantiagueña a las culturas andinas, así como en reducir considerablemente la antigüedad atribuída a esa civilización por sus descubridores.

Como contribución personal a esta sesión de síntesis, me creo en el deber de destacar la ligereza en que han incurrido los hermanos Wagner al tratar el aspecto religioso de sus elucubraciones. Uno de los errores más insistentemente sostenidos es el de atribuir la decoración de las urnas de Santiago a la representación de una divinidad trinitaria, que ellos llaman "ornito-antropomórfica-ofidiana".

Dicen ellos al respecto: "No se ha tratado, en efecto, de un *fetichismo* más o menos rudimentario, ni de un *politeísmo confuso donde mil distintos dioses* tuvieron sus altares, sino de una religión con todas las apariencias

de un verdadero *monoteísmo,* que bajo la égida de un poder probablemente teocrático, había, para emplear la expresión de Renán, "tomado la forma obligada de toda religión que es el simbolismo". Luego agregan: "mientras más se acercan las creencias de una comunidad humana al monoteísmo, mayor es su tendencia a depurarse y ennoblecerse".

He aquí un error que debe destacarse. Se deduce de los párrafos precedentes que el monoteísmo es el producto de un proceso de depuración. En realidad, la etnología moderna ha demostrado que el monoteísmo puro como creencia en un dios creador se encuentra en las culturas primordiales de los negros australianos, pigmeos del Africa, Onas de Tierra del Fuego, y otros; las divinidades múltiples aparecen en etapas superiores de la cultura.

Siguen luego párrafos en los que se destaca la persistencia y difusión de la representación emblemática de la divinidad ornito-antropomórfica-ofídica, y a raíz de estos hechos sostienen: "La imagen de un poder teocrático fuertemente centralizado y conservador en exceso, se presenta de modo irresistible al espíritu. En todas las numerosas manifestaciones artísticas de estos pueblos profundamente imbuídos de religiosidad, está impreso el sello indeleble de un simbolismo extraordinariamente homogéneo y coordenado; en realidad, nosotros no conocemos otra que la supere en materia de coherencia y continuidad. Un arte místico no es un arte utilitario; no puede ser examinado, ni descripto, ni juzgado de la misma manera que una fábrica o un ferrocarril. Existe entre ambas fórmulas la misma distancia que separa el espíritu de la materia y la realidad del ensueño; no admitirlo sería lanzarse en persecución de la verdad con una venda en los ojos y trabas en los pies. Establecido esto, a fin de procurar llegar a comprender el génesis de esta trinidad proteiforme y la importancia del papel que ella debió desempeñar en la vida espiritual de los hombres que han consagrado tanto tiempo y trabajo a perpetuar sus rasgos".

Se ve, a través de lo transcripto, un malogrado esfuerzo para justificar la interpretación del decorado de las urnas como representaciones de la divinidad ornito-antropomórfica-ofídica. Un evolucionismo ingenuo en materia de ordenación de categorías religiosas, peticiones de principio, y un llamado a "los ojos del espíritu" son los recursos que se alían para

esa justificación. Pero todo ello queda en nada con hacer solamente esta reflexión: siendo extremadamente dificultoso, aun en los pueblos vivientes capaces de dar testimonio de sus creencias, fijar el carácter de sus dioses y de sus espíritus, cómo es posible averiguarlo con sólo el examen y análisis de la decoración de alfarerías, cuyos dibujos no sabemos si asumen un verdadero carácter religioso y si, en tal caso, conciernen a dioses propiamente dichos o a espíritus relacionados con el ciclo de creencias relativas a la muerte?

Además, ¿en qué medida podemos penetrar en el génesis de una "divinidad proteiforme" mediante imágenes seriadas? La búsqueda de imágenes análogas en territorios alejados, tampoco sería muy útil, porque las fórmulas artísticas, místicas o no, suelen propagarse sin llevar consigo el simbolismo originario si lo hubo.

Una prueba concreta de la superficialidad con que se ha procedido en su estudio es el hecho de haber atribuído a la "divinidad ornito-antropomórfico-ofidiana" a ciertas figuras humanas de cuerpo subcilíndrico con la cabeza y cara esquemáticamente modeladas. Semejante interpretación cae por tierra en presencia de análogas figuras que los niños indios del Pilcomayo hacen hoy para su recreo, y que incluyen algunos de los "símbolos" más conspicuos del sistema religioso teocrático que los hermanos Wagner han supuesto para los alfareros de "Llajta Mauca".

EXEGESIS

por

ANTONIO SERRANO

EL problema que se discute ya lo he considerado ampliamente en mi libro "La Etnografía Antigua de Santiago del Estero y la llamada Civilización Chacosantiagueña" (1). Mis puntos de vista no han variado, por lo que me concreto a hacer una brevísima síntesis de ellos.

La "civilización chacosantiagueña", tal como la presentan los hermanos Wagner, es un complejo arqueológico en el cual es dable reconocer elementos de tipo netamente andinos y elementos emparentados con las culturas del Paraná, como las alfarerías gruesas.

En conjunto, sus caracteres culturales y antropológicos denuncian su estrecha vinculación con los pueblos históricos del noroeste argentino y, en particular, con ciertos sectores del área diaguita. Hay, sin embargo, en ella, al lado de cerámicas con decoración típicamente del área diaguita, otra con una decoración exclusiva hasta hoy del territorio chacosantiagueño. Me refiero a las bellas y características representaciones ornito y ornito antropomorfas.

En general, puede decirse que la decoración de las alfarerías que los hermanos Wagner incluyen en su "civilización chacosantiagueña" se concretan a ésta y a la otra geométrica eskeiomórfica ya conocida para la provincia de Catamarca.

A mi modo de ver, hay en este complejo un conjunto de elementos autóctonos, y para el cual solamente debe reservarse el nombre de "chacosantiagueño"; elementos vecinos de más al oeste, pero con expansión geo-

(1) Paraná, 1938.

gráfica continuada hasta Santiago del Estero; y elementos alóctonos del Paraná.

La presencia de bronces diaguitas prueba su contemporaneidad con aquel pueblo, y la de cuentas de vidrio su contacto con el europeo.

Los hermanos Wagner, para justificar la pretendida gran antigüedad de estas manifestaciones culturales, afirman que aquella zona era poblada, en el momento de la conquista, sólo por tribus nómadas o semisedentarias. Esta afirmación está desvirtuada por la valiosa documentación histórica al alcance de los estudiosos, y que yo he aprovechado en mi libro ya citado.

Yo atribuyo estos vestigios a los juríes que al momento de la conquista poblaban el río Dulce. Pero como aquéllos (los vestigios) integran un complejo todavía no discriminado, es posible que, en parte, correspondan también a poblaciones vecinas de más adentro. En la primera carta ánua del P. Diego de Torres, 1609, se dice: "Aquí [entre los *frentones*] *tuvieron* " noticia de que diez jornadas adelante hay una provincia de (mucha) " gente labradora que anda vestida, tiene muchos pueblos de casas redon- " das y calles bien ordenadas, y que no tienen ríos sino pozos y dicen " que es dificultosa la entrada por la falta de agua sino se hace cuando " llueve. Dicen que en toda la tierra hace mucho calor, que las noches " son muy apacibles".

No parece corresponder esto a los mataraes de la Concepción, porque allí había agua en abundancia y los frentones sabían dar buenas referencias de ellos. Más bien parece corresponder estas referencias a indígenas que poblaban tierras entre el Salado y el Bermejo.

Para fundamentar mi tesis, agrego el siguiente cuadro de correlación entre los descubrimientos de los hermanos Wagner y la información histórica:

Elementos culturales	Contenido de la "civilización chacosantiagueña".	Informaciones documentales sobre los pobladores históricos (1)
Sedentarios ...	Sí (Wagner).	Sí.
Agricultores ..	Sí (Wagner).	"Sembraban dos veces al año" (pág. 41).
Producto de la siembra	"Han cultivado el maíz" (Wagner).	"Siembran maíz y se hace muy alto y de mucha cosecha" (pág. 55).
Canalización ..	Otros montículos "fueron visiblemente dispuestos en forma de diques para facilitar el derrame de las aguas pluviales hacia los depósitos destinados a contenerlas. Forman en este caso verdaderos terraplenes de 2 a 3 metros de altura, que se extienden hasta distancias a menudo grandes" (Wagner).	"La tierra es muy llana, y porque en tiempo de aguas crece el río, porque no se anieguen, tienen hecho los pueblos una hoya muy honda y grande, de anchor de un tiro de piedra y el largo más de treinta leguas, de manera que cuando crece el río vacía en esta hoya" (pág. 54).
Ganadería	"Y cuidaban grandes rebaños de guanacos o de otros **auchenías**, cuyas osamentas hemos hallado en los túmulos. Alrededor de estos últimos se han encontrado rastros de espaciosos recintos que servían para guardar esos animales domésticos. El lecho de estiércol, casi petrificado, alcanza hasta ochenta centímetros de espesor" (Wagner).	"Tienen sus corrales de ovejas como las del Perú" (pág. 54).
Recursos naturales:		
Peces	Abundancia de espinas de silúridos en los montículos (Wagner).	"Tienen mucho pescado y muy bueno,...

(1) Las páginas indicadas entre paréntesis corresponden a mi libro citado.

Elementos culturales	Contenido de la "civilización chacosantiagueña"	Informaciones documentales sobre los pobladores históricos
Ñandúes	"Los avestruces debieron proporcionar, con toda certeza, un importante recurso alimenticio a los pueblos de la prehistoria, pues se hallan gran cantidad de huesos en los túmulos" (Wagner).	... avestruces,..."
Liebres	En los montículos restos de liebres de Patagonia (**Dolichotis magellanica**).	"...liebres muy grandes" (pág. 55).
Flechas envenenadas	Puntas de flechas de la rama B (esta rama incluye el material cerámico más característico de la civilización chacosantiagueña, con representaciones que pueden considerarse exclusivas de ella), "de muy pequeño tamaño que tal vez, de no haber sido envenenadas, no hubieran podido producir traumatismos mortales" (Wagner).	Las referencias sobre uso de flechas envenenadas entre los juríes son numerosísimas, y pueden verse algunas en la primera parte de mi libro (pág. 42). Además, en cronistas de la época, se indica que "son como agujas".
Tejidos	"Finos tejidos comparables a los mejores del Perú" (Wagner).	"las mujeres traen mantas de la cintura abajo" (pág. 54). (Muchas son las referencias del tributo, que desde los primeros años, pagaban los juríes en "lienzos de algodón" y "lana" a sus encomenderos; "además desto se hacía de un hilado que llaman cabuyas..." dice Arévalo Brizaño en 1582, refiriéndose a los indios de Manogasta. Los buenos tejedores no se improvisan de la noche a la mañana; por otra parte, los encomenderos aprovechaban de las habilidades manuales que ya poseían los indios para sacarles provecho.

(1) Las páginas indicadas entre paréntesis corresponden a mi libro citado.

Elementos culturales	Contenido de la "civilización chacosantiagueña"	Informaciones documentales sobre los pobladores históricos (1)
Adornos	Chaquiras de nácar (Wagner).	"en que traen chaquiras de huesos de buitre" (pág. 54).
Pueblos	"Estos montículos están dispuestos, ya irregularmente, por grupos de dos a ocho a lo sumo, ya en largas hileras que diseñan anchas avenidas paralelas y forman a veces, uniéndose, verdaderos terraplenes que se destacan contra el horizonte" (Wagner).	"Los pueblos [de diaguitas y juríes] son chicos porque no hay más de una parentela en cada uno" (pág. 41). "...tienen pueblos de casas redondas y calles bien ordenadas" (**Diego de Torres**, 1609, para indígenas del interior del Chaco que no se nombran).
Simbolismo religioso	Divinidad antropo-ornitomorfa característica de esta civilización.	A Cacanching "veneraban y ofrecían en sacrificio sus asquerosos licores y gran cantidad de aves muertas" (pág. 45). "offrecen sus dones y sacrificios para solicitar su ayuda y el buen suceso en sus negocios y sementeras" (pág. 45).
	Relación de esta divinidad con la alfarería funeraria:	(Indios mataráes - tonocotés).
	a) Carácter antropo-ornitomorfo.	"En honor de quantos difuntos hazen memoria, tantos avestruces traen muertos al que hace la borrachera o convite; a éste vienen en procesión, traiendo la doncella de mexor parecer un Avestruz muerto sobre la cabeza, a quien va siguiendo toda la parentela del difunto..." (pág. 9).
	b) Lágrimas de esta deidad llorona.	..."luego lloraban sus difuntos, derramando lágrimas por una hora, y pasada empiezan a reir y dan carcajadas" (pág. 24).

(1) Las páginas indicadas entre paréntesis corresponden a mi libro citado.

NOTAS ARQUEOLOGICAS SOBRE LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

por

EMILIO R. WAGNER

CUANDO publicamos, en 1934, la obra intitulada "La Civilización Chacosantiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo", poseíamos en nuestro Museo Arqueológico Provincial de Santiago del Estero, solamente diez y siete mil piezas de cerámica, material lítico y huesos trabajados, procedentes de nuestras investigaciones y excavaciones ininterrumpidas durante ocho años. Concienzudamente estudiadas y comparadas con las piezas de los diversos museos del país, de las colecciones particulares y las descriptas en las obras científicas de las demás partes del mundo, este material, ya considerable y variado, nos permitió llegar a las conclusiones que son del dominio público, mencionadas en el tomo I de esta obra documental. Hoy en día, cinco años después de la mencionada publicación, las constantes investigaciones y excavaciones sin interrupción hasta el presente, han enriquecido nuestro Museo de Santiago con quince mil piezas arqueológicas más, llevando el total de nuestros documentos al respetable número de treinta y dos mil, y extendido considerablemente el radio de nuestras investigaciones. Debemos hacer notar que ningún hecho nuevo ha venido a contradecir las conclusiones a las cuales llegamos, mi hermano Duncan y yo, en el curso de este primer período de estudios. Al contrario, todo el material nuevo recogido desde entonces, y las largas exploraciones realizadas en diversas direcciones en el territorio, que han llegado hasta las fronteras del Norte de la provincia, no han hecho más que confirmar lo que habíamos dado a conocer entonces. Es decir, que la extensa provincia de Santiago del Estero, había sido

poblada en una lejana época, que nada permite determinar, por pueblos de civilización bastante adelantada, que eran servidores de una deidad única, constituída por una trinidad: hombre, ave y serpiente, representada por innumerables efigies estilizadas, pintadas sobre las cerámicas o modeladas en medio relieve o en "ronde bosse".

Hoy podemos añadir, que también aparece grabada sobre la roca, en las grutas de "Para Yacu", sierra de Sumampa, de donde, en compañía del escultor Rafael Delgado, hemos tomado moldes en yeso, los cuales se pueden admirar en nuestro Museo de Santiago. Estas efigies se confunden con otras piezas modeladas en medio relieve de nuestra colección arqueológica de Santiago.

Otro punto que hicimos conocer entonces, es que aquellos pueblos servidores de la divinidad alada de las viejas razas, eran grandes constructores de túmulos, sobre los cuales habitaban, formando de este modo pueblos que se extendían sobre centenares de hectáreas. Las excavaciones que han servido para proporcionar la tierra con la cual los túmulos están formados, se ven aún hoy en día al lado de aquéllos, o por lo menos llaman la atención, por el color particular de la tierra que, al correr de los siglos, los han rellenado, como consecuencia de la acción niveladora de las lluvias estivales y de los vientos.

A veces, para establecer viviendas, fueron aprovechadas las lomadas o montículos, de aportes fluviales, que señalan en las llanuras los puntos en los cuales el río, o un brazo de aquél, cortó la barranca, a causa de los enlames que habían obstruído su cauce, tomando entonces curso en una nueva dirección.

El origen fluviátil de estos montículos queda comprobado por el hallazgo de pequeños fragmentos de alfarería, de bordes redondeados y pulimentados por la erosión de las aguas y de la arena, verdaderos cantos rodados, que fueron arrastrados por las corrientes. Encuéntranse éstos en excavaciones practicadas a orilla de aquellos montículos. Cuando han sido habitados mucho tiempo, la capa de restos de cocina, de carbón, de huesos fragmentados, de capas de escamas de pescados y de cenizas que las recubren puede tener hasta metro y medio de espesor y aún más, y el núcleo primitivo de aluvión quedar reducido a poca cosa. La acción

eoliana poco a poco los arrasa, haciendo surgir, paulatinamente, las urnas funerarias u otras alfarerías que allí fueron enterradas.

Dejamos establecido también, entonces, que las alfarerías de Santiago del Estero se correlacionan íntimamente con otras de Eurasia y con las de muchas partes más de América, tanto por sus formas particulares como por el simbolismo. Así, podemos constatar que las urnas con dos apéndices cónicos al pie del cuello, o con efigies en medio relieve de la deidad antropo-ornito-ofídica de las viejas razas de esta provincia, se encuentran igualmente representadas en Troya, en el Valle de Issarlik. Por otra parte, los torteros grabados con dibujos compuestos de varios elementos, a más de correlacionarse íntimamente con los de las provincias andinas de Catamarca y de Salta (La Paya), tienen también sus representantes exactos en los torteros de Troya, descriptos por Schliemann, el célebre descubridor de las ruinas de la ciudad de Príamo.

Otras numerosas correlaciones hemos notado en el curso de estos últimos años, que no mencionaremos en la presente nota, ya que serán detenidamente estudiadas en el segundo tomo de nuestra obra, en preparación, que ya está muy adelantado.

Las investigaciones practicadas en las colecciones de Salta por nuestra Vicedirectora, nos hacen ver que allí también el culto de la divinidad antropo-ornito-ofídica era usual. Bellas urnas funerarias están decoradas con la efigie de la divinidad plañidera, cuyos ojos, a más de las lágrimas que vierten, están prolongados por la "oudja" egipcia, y el decorado simbólico de las alfarerías de Santiago se encuentra utilizado en sus típicos elementos para revestir suntuosamente bellas cerámicas funerarias. Por otra parte, una hermosa representación de pájaro sagrado de dos cabezas, de las cuales una lleva cresta y la otra no, y ambas vierten lágrimas, nos sorprende por tener las alas bordeadas por dos anchas serpientes. La pieza ornitomorfa es, pues, bicéfala, andrógina, antropomorfa por las lágrimas, que son atributo humano, y ofídica por las serpientes de las alas. Con este documento se confirma el culto de la divinidad antropo-ornito-ofídica de Santiago y se comprueba también, que los pueblos que trabajaban el metal con tanta maestría en los Valles Andinos, eran servidores de esta divinidad plañidera, cuyas representaciones encontramos en tan diversos puntos de las dos Américas, y que podemos ver con sorpresa e interés sobre el cuello

de una hermosa jarra de las islas Pithiusas, conocidas hoy bajo el nombre de islas Baleares, en la costa de la lejana España. Este bronce tan sugerente es de propiedad del actual Director del Observatorio de La Plata, señor Félix Aguilar, que ha tenido a bien mandárnosla para estudiarla, lo que agradecemos vivamente. Pero si de las sierras de Salta damos un gran vuelo, pasando sobre centenares de leguas de densa floresta milenaria e inmensas praderas de altos pastizales, y bajamos a la selva espinosa y tupida del Chaco, a unos veinticinco kilómetros al Norte de "Campo Gallo", encontraremos otra vez, perdidos en el monte que los esconde, los mismos túmulos de los antiguos pueblos prehistóricos del río Salado y río Dulce, con sus respectivas excavaciones al lado. Estas excavaciones, que los criollos llaman "represas", todavía en muchos casos recogen agua durante las grandes lluvias del verano. Limpiado el monte con hachas, palas y machetes, una ancha y honda zanja será excavada a través de un túmulo, y las piezas de alfarería quebradas, siempre en muchos pedazos, empezarán a aparecer, como también hachas de piedra, que estrelláronse en la cortada de maderas duras, estatuillas de la deidad antropo-ornito-ofídica, urnas funerarias adornadas con cabezas de esta misma divinidad, y numerosos fragmentos de alfarería gruesa campanuliforme, todo un material arqueológico semejante al de las regiones del río Salado o del río Dulce, que vendrá a recompensar la labor y el largo viaje de exploración a través del Chaco, que han realizado los miembros de la misión arqueológica de Santiago del Estero. Durante tres meses han recorrido las soledades del Chaco para reconocer y ubicar las numerosas ciudades precolombianas, cuyos túmulos están esparcidos por grupos, a veces muy importantes, en los bosques y malezas inhospitalarios. Veintiocho pueblos precolombianos fueron reconocidos en esta valiosa exploración. La población antigua que está situada más al Noroeste de la provincia queda cerca de la frontera de Santiago y Salta. Todos estos pueblos del pasado, que denuncian sus numerosos túmulos, cubiertos con fragmentos de alfarería, revelan, al revisarlos, que aquellos que los construyeron eran servidores de la divinidad antropo-ornito-ofídica de las antiguas razas de las inmensas llanuras que se extienden de los Andes al Paraná. Las numerosas piezas de cerámica recogidas por la misión arqueológica lo establece claramente. Una pequeña cabeza de la deidad, modelada en relieve sobre el borde de

una vasija, nos deja ver, cayendo de sus ojos redondos, lágrimas profundamente grabadas en la pasta de arcilla roja. Esta efigie antropo-ornito-morfa de la divinidad plañidera no habría llamado mayormente nuestra atención sin la particularidad de tener, sobre la parte superior de la cabeza, dos agujeritos, de unos cinco milímetros de hondo. Las mismas típicas perforaciones fueron encontradas en otra pequeña cabeza, colocada también sobre el borde de una cerámica, pero esta vez en Santa Fe (Colección Larguía de Crouzeilles) y Santa María (en el Norte del Chaco), donde fué recogida la primera cabeza, distante centenares de leguas de las orillas del Paraná, en Santa Fe.

Pero tal hecho no debe sorprendernos por demás, ya que en el examen comparativo de la alfarería de las cercanías de Santa Fe, que practicamos en el Museo de Santiago en el mes pasado, cuando la señora Amelia Larguía de Crouzeilles trajo una colección de no menos de 600 piezas procedente de "Arroyo de Leyes", "Laguna Guadalupe", "Isla Periquillo", etc., hemos podido establecer 60 íntimas correlaciones entre esas alfarerías, el material lítico y el hueso trabajado con piezas análogas de Santiago del Estero. Esto indica la unidad de culto, y por lo tanto de civilización, entre los pueblos de la prehistoria de Santiago y los que habitaron esa región de Santa Fe en una época muy difícil de precisar, pero que consideramos mucho más lejana de lo que se piensa en general. Este criterio está basado sobre las numerosas correlaciones que existen entre la arqueología de esa región de Santa Fe y la de las provincias de Santiago y del Norte Argentino. Estos pueblos eran también servidores de la divinidad plañidera (antropo-ornito-ofídica), cuyo culto se ha extendido, como lo estamos constatando, sobre una parte considerable de la República Argentina, en donde podemos seguir sus rastros sin más esfuerzo que el de consultar los documentos recogidos, desde la orilla del Paraná hasta los Andes de Salta, y de la sierra de Córdoba hasta la frontera Norte del Chaco de Santiago. Esto no nos permite pensar, de ningún modo, que el vuelo de esta deidad alada no se haya extendido mucho más lejos, tanto al Norte como al Sud, por lo que resulta de las correlaciones que nos dan a conocer los estudios comparativos de las piezas arqueológicas de la Argentina con las de los demás países americanos. Estos datos serán expuestos detalladamente en el segundo tomo de la obra en preparación

en el Museo de Santiago del Estero. Notemos, de paso, que también en Santa Fe, como en Santiago, no se encontró nunca un objeto de madera labrada junto con las tan numerosas alfarerías que fueron reunidas por la señora de Crouzeilles y el pintor don José García Bañón, las cuales pasan de 1.500 piezas. El tiempo ha destruído todo lo que era madera; ni las más duras han resistido.

No estará de más repetir, que de los hechos concretos que acabamos de exponer, resulta que los pueblos que dejaron en el subsuelo de Santiago un sinnúmero de documentos comprobatorios de su dedicación al culto de la divinidad alada — antropo-ornito-ofídica —, cuyas representaciones vertiendo lágrimas encontramos de Salta al Paraná, y de la región cordobesa (colección Jorge Magnin) hasta el Norte del Chaco, tenían todos un mismo y único culto, y por lo tanto, una misma religión, y pertenecían a agrupaciones de seres humanos, divididos por el espacio, y muy posiblemente por el tiempo, pero de un origen común. Es, por lo menos, la conclusión que, lógicamente, se presenta al espíritu.

¿En qué época llegaron aquellos pueblos a nuestra tierra argentina? Es cosa que nos parece imposible precisarlo, ya que falta base para todo cálculo cronológico, salvo la constatación de algunos hechos sugestivos, que nos presentan las correlaciones íntimas del material arqueológico de la Argentina y otras partes de América, con el de los viejos continentes. Nos ofrece un típico ejemplo la exacta similitud ya mencionada de numerosos torteros grabados, de Santiago, con los de la histórica ciudad de Troya. No menos notable es la identidad de urnas funerarias de esta provincia, que tienen curiosos apéndices verticales elevándose del cuerpo de la urna, cerca de la base del cuello, con otras de Troya, en el valle de Hissarlik, como así las estatuillas de mujer-pájaro, portadoras de un extraño tocado sobre la cabeza antropo-ornito-morfa, encontradas en Santiago e igualmente en el valle del Eufrates, bajo el limo diluviano, en la ciudad de Ur, en Caldea. También nos habla de modo sugestivo la efigie de la divinidad antropo-ornito-morfa grabada y modelada sobre cerámica de las islas Pithiusas (Baleares), idénticas a la que encontramos en Santiago, y las efigies de la mujer-pájaro (mujer sin boca), que lleva sobre las mejillas listas paralelas, en esta provincia y allende los mares, donde la podemos ver sobre las paredes rocosas de Saint-Sernin (Paleolítico de

Francia), y en la península ibérica. Muchas correlaciones más existen entre la cerámica santiagueña y la de Eurasia. No mencionaremos aquí, por falta de espacio, todo ese conjunto de hechos concretos que llevan muy atrás en el tiempo, el origen de la civilización de los pueblos antiguos de las llanuras de Santiago.

¿En qué fecha han desaparecido del escenario del mundo estas hábiles alfareras que adornaban con piedras preciosas, turquesas y lapislázuli, los géneros muy finos que tejían, y cuyas naciones comunicábanse con los dos océanos, como podemos ver por los numerosos moluscos marinos perforados para ser llevados como adornos, insignias o amuletos, que encontramos en el curso de las excavaciones? A esta pregunta no podemos contestar, careciendo de base firme para hacerlo. Nos hemos de contentar con anotar aquí que en el espacio de 44 años que estamos explorando el subsuelo de Santiago, no hemos encontrado un solo objeto de madera trabajada en los túmulos tan numerosos que la pala de nuestros jornaleros han excavado cuidadosamente. Tampoco hemos dado nunca con restos de horcones o postes de los que debían ser enterrados para sostener los techos de las habitaciones. El tiempo no respetó nada que no fuese cerámica, hueso o piedra.

Además, los cronistas de la época de la conquista no nos hablan en términos muy elogiosos de los aborígenes encontrados en Santiago en el momento de la llegada de las huestes españolas. La mayoría vivían desnudos, apenas tapados con plumas de avestruces, y las mujeres con un sencillo taparrabo, hecho con paja y pelo de guanaco.

El mayor lujo, que nos relata Diego Fernández, consiste en una manta que llevaba "chaquiras" de hueso de buitre. ¡Qué lejos estamos de las pequeñísimas cuentas de nácar, turquesa y lapislázuli, verdaderas alhajas, provenientes de los túmulos de Santiago, donde, como ya se ha dicho, no hemos dado nunca con las "chaquiras" de hueso que menciona el citado cronista.

Difícil es admitir, aunque fuese un solo momento, que aquellos pueblos que decoraban con tanta elegancia como cuidado sus instrumentos de música de formas variadas — tanto los de hueso como los de arcilla —, que grababan finamente sus útiles de hilar y de tejer (colección del Museo Arqueológico de Santiago), como también las puntas de flechas, las pipas

ý otros instrumentos de hueso, de uso desconocido, pero que llaman la atención por la fineza y el cuidado del trabajo, fuesen aquellos que los historiadores de la conquista nos han pintado con tan sombríos colores, calificándolos de bárbaros, antropófagos, empedernidos borrachos, que andaban apenas vestidos con plumas, cuando no desnudos.

Estos puntos, con muchos otros más, constituyen un abismo infranqueable entre las mujeres de taparrabo y aquellas que, en un gesto de la más noble ternura humana, pusieron su precioso collar de turquesas en la urna funeraria de la criatura cuya pérdida lloraban amargamente, y también aquellas que hacían grabar finamente las pequeñas agujas que utilizaban para apartar los hilos en sus trabajos de hábiles tejedoras, refinamiento que no usamos en los tiempos actuales (colección del Museo Arqueológico de Santiago. Llajta Mauca y Las Represas de los Indios).

Las puntas de flechas, de las que nos cuenta Diego Fernández, en su historia del Perú, los terribles efectos, debido al veneno que llevaban, eran "a la moda de agujas", y nos da a conocer, hablando de sus compañeros, que "algunos mueren por no poder hallar (en las heridas) las púas, que son a manera de agujas". "Los arcos eran pequeños y las flechas en proporción", nos dice Lizárraga. Las puntas de flechas que encontramos en las excavaciones de túmulos en Santiago tienen, por lo común, de 150 a 220 milímetros de largo en su mayoría. Exigían, pues, para conservar el equilibrio, astiles largos, y para la propulsión, arcos en proporción. La colección de puntas de flechas del Museo de Santiago pasa de 400. Esta sola diferencia esencial, en el arma más en uso, prueba claramente que los pueblos que las exhibían no fueron los que entraron en contacto con los españoles, porque habían desaparecido ya. De lo contrario, los cronistas nos hubiesen hablado de las sepulturas en urnas lujosamente decoradas, y de todo lo que debía preceder y seguir a la colocación en la tierra de estas hermosas piezas de cerámica.

Estas urnas funerarias, que alcanzan a veces a ochenta centímetros de alto, sobre una anchura correspondiente, y que por la regularidad de las formas y lo perfecto del trabajo son *"capo-lavoros"* de ceramistas que trabajaban a mano, sin la ayuda del torno, desconocido entonces, no podían pasar inadvertidos a los ojos ávidos de los conquistadores. La cerámica de Santiago se puede equiparar con las más finas y bellas que fueron

hechas en América, según se puede ver en las colecciones del Museo de Santiago.

Pero la época en la cual han desaparecido los constructores de túmulos de la provincia de Santiago no tiene, a nuestro parecer, nada que ver con el momento en que han llegado a este continente. A medida que las investigaciones arqueológicas se extienden y se intensifican, se hace más evidente este *substratum* único, del cual nos habla el clarividente Director del Museo Nacional de Lima, sorprendido por los resultados que le dan los estudios comparativos que hace entre las diversas culturas del Perú. Ha llegado a esta conclusión, que es bueno tomar en cuenta por su gran valor para el estudio de la arqueología americana en particular. Hablando de la cerámica, dice: "Todo lo representado tenía un sentido simbólico; era un lenguaje, no un simple y superficial adorno". Esta verdad, que hemos enunciado ya hace diez años en el curso de nuestras publicaciones, viene haciéndose irresistiblemente evidente a los investigadores laboriosos y perseverantes, de los cuales forma parte el Dr. Luis E. Valcárcel. Esta aseveración valoriza, además, los estudios comparativos a los cuales nos hemos dedicado especialmente en el Museo de Santiago del Estero, y que son los únicos que conducen a conocimientos positivos. En resumen, los resultados adquiridos con las constantes investigaciones y estudios comparativos realizados por el Museo Arqueológico Provincial, nos llevan a pensar:

1º) Que en todas partes donde encontramos las representaciones de la trinidad formada por el hombre, el pájaro y la serpiente, que vierta o no lágrimas, se trata de la divinidad de las viejas razas de América, y que todos los pueblos que se dedicaban a su culto pertenecían a una misma civilización y tenían, según toda probabilidad, un origen común.

2º) Que aquella divinidad es muy vieja sobre la tierra, y que la encontramos en Asia, en Europa, en Africa y en las dos Américas, y, por tanto, los pueblos que se consagraban a su culto tenían una civilización de origen muy antiguo. No podemos pasar por alto el hecho que esta trinidad nos aparece frecuentemente marcada en el decorado, pintado o esculpido en las piezas arqueológicas de Tiahuanaco. Por ejemplo, en el monolito descripto por el Dr. E. Casanova, vemos en una cara una representación humana masculina, con un sol a los pies; del otro lado, una

representación femenina, con nariguera y pies con tres dedos. — por lo tanto, antropo-ornitomorfa —. Sobre el costado del monolito aparece una gran serpiente. En consecuencia, el monolito es antropo-ornito-ofídico masculino y femenino, y lleva, además, una representación solar y la nariguera. Este mismo simbolismo encontramos en Santiago. Un vaso-pato de las colecciones del Museo nos la hace ver detalladamente, con la diferencia que lleva dos soles grabados en lugar de uno, y que la cara, que es masculina, tiene la nariz perforada en el lugar del *septum* nasal, en vez de tener una nariguera puesta; vierte lágrimas, las que parecen faltar al monolito de Tiahuanaco; lleva también tres pechos de mujer, muy bien conformados, y colocados sobre la parte dorsal. En este vaso-pato, que proviene de "Simbolar", cercanías de Santiago, está representando la divinidad antropo-ornito-ofídica con todos sus atributos, como en el monolito descripto por el Dr. E. Casanova, y que pertenece a la viejísima civilización que nos ha dejado la Puerta del Sol, en donde no faltan tampoco las representaciones antropo-ornito-morfas, y abunda la serpiente. Ampliando el círculo de nuestras comparaciones, pasaremos un momento de la multimilenaria Tiahuanaco a la misteriosa Amazonia.

Allí podemos ver con sumo interés los motivos simbólicos de las alfarerías de Santiago y del Noreste argentino, como ser la *oudja,* prolongando la comisura de los párpados; la serpiente de dos cabezas, la greca, el escalonado, la espiral, etc., pintados o representados en medio relieve sobre hermosas urnas del "Marajo".

Encontramos, igualmente, en la misma región, urnas de elegantes formas, con el fondo perforado por varios agujeritos de 2 a 3 milímetros de diámetro, como algunos de la mesopotamia santiagueña (colección del Museo de Santiago).

Si pasamos más al Norte, sobre las rocas del alto Tocantin, encontramos grabadas efigies de la divinidad plañidera. Lo mismo que en Santiago, ellas vierten gruesas lágrimas y ostentan la nariguera (*Jean Vellard*).

3º) Que queda comprobado que los pueblos de la prehistoria de Santiago del Estero y los de las provincias circunvecinas, profesaban un mismo culto: el de aquella divinidad antropo-ornito-ofídica llamada "plañidera", ya que la encontramos representada *ad nauseum* sobre las piezas de alfarería de estas regiones.

4º) Que pensamos, en lo que se refiere a la provincia de Santiago, que los pueblos de la prehistoria debieron haber desaparecido del escenario del mundo sin haber entrado en contacto con los invasores españoles, ya que no encontramos rastros de este contacto en las excavaciones de los túmulos de la provincia.

5º) Que de ningún modo estimamos que son los pueblos de los valles andinos los que han bajado a las llanuras llevando el culto de la divinidad antropo-ornito-ofídica de los Andes al Paraná. El arte de las llanuras de Santiago es sencillo, y se lo puede llamar clásico; el de los valles andinos es confuso y recargado. El de Santiago es simétrico, y aquél asimétrico. El primero es el gótico ojival; el segundo es el gótico *flamboyant.*

Las civilizaciones no van de las sierras a las llanuras, según nos enseña la historia. Pensamos, más bien, que los pueblos de las llanuras habrían emigrado hacia las sierras por los efectos de alguna gran sequía, como la que señala J. Bird, el explorador de las tierras del Sud; de ahí provendría el hecho de que alfarerías con asas horizontales chatas se encuentren a veces en los valles del Nordeste argentino.

6º) Y, en fin, que la unidad del culto y del simbolismo existente en el decorado, que se extiende a la cerámica, a los pictograbados, sobre roca, a la piedra trabajada, al hueso grabado y al metal vaciado, en la extensa región que hemos marcado, hacen imposible pensar en diversas civilizaciones, y las modalidades diferentes que notamos en ciertos lugares no son otra cosa que derivaciones, a través del tiempo y del espacio, de una misma civilización: las ramas de un solo árbol.

Estas son las conclusiones que resultan de los hechos concretos que acabamos de exponer, y que corresponden a los documentos que hemos reunido y estudiado cuidadosamente hasta la fecha.

Ulteriores investigaciones pueden, como es natural, traer a nuestro conocimiento datos nuevos que merecerían, en tal caso, ser tenidos en cuenta, según su valor.

Santiago del Estero, 25 de junio de 1939.

Conclusiones

En la última sesión de la Semana de Antropología, planteáronse en forma sistemática los problemas tratados en las sesiones anteriores. Al ponerse en debate los primeros temas advirtióse que, en lo fundamental, las opiniones eran unánimes y no había, por lo tanto, asunto a discutir.

Como el propósito no era otro que el de llegar a una serie de conclusiones concretas, encomendóse a los mismos especialistas que habían realizado las exposiciones de síntesis, la tarea de redactarlas.

Acerca del problema geográfico presentó el doctor Joaquín Frenguelli lo siguiente: **Los llamados túmulos de Santiago del Estero son fajas de ondulaciones y de pequeños montículos de formación natural, en parte arenosos y en parte cenagosos, sobre los cuales, al abrigo de las inundaciones y del cieno de los marjales, se concentró la vida indígena hasta tiempo reciente.** Fué aprobada por unanimidad.

Acerca del problema histórico presentó una conclusión el profesor Enrique Palavecino, la cual, luego de una breve discusión, y ampliada en lo que a localización geográfica respecta, fué aprobada en la forma propuesta por el profesor Salvador Canals Frau: **A mediados del siglo XVI dos pueblos distintos coexistían en la región santiagueña. Al primero de ellos vieron los conquistadores hispanos asentado en las márgenes de los grandes ríos. Era agricultor y sedentario. El otro, de economía recolectora, asolaba y destruía al país. El elemento sedentario por su nivel de cultura pudo ser portador de la cultura chaco-santiagueña.**

Acerca del problema arqueológico presentó el profesor Francisco de Aparicio la siguiente conclusión: **Los restos arqueológicos exhumados en Santiago del Estero — como lo entrevió ya Ambrosetti en 1901 — son de filiación andina, íntimamente vinculados a los descubiertos en la antigua provincia de los Diaguitas, aun cuando constituyen un conjunto de indudable carácter regional que presenta, además, elementos de las culturas orientales de la América del Sur, incorporados por aculturación.** Fué aprobada por unanimidad.

Acerca del problema antropológico presentó el doctor José Imbelloni la siguiente conclusión: **Los restos óseos contenidos en las urnas desenterradas en la región chaco-santiagueña y enviados al Museo Argentino de Ciencias Natu-**

rales y en parte al Etnográfico, únicos materiales que se ofrecen hoy al estudio raciológico de los autores de aquella civilización, han sido examinados con el siguiente resultado: ya por la estatura, ya por la morfología craneológica, deben ser adscriptos a la raza pueblo-ándida, junto con sus vecinos los Calchaquí. Representan, por lo tanto, la extrema prolongación hacia oriente del área de los agricultores andinos, lindando con las masas de los recolectores y pescadores pámpidos y chaqueños y con núcleos menores de agricultores inferiores amazónidos. Fué aprobada por unanimidad.

Acerca del problema paleontológico presentó el profesor Alejandro Bordas la siguiente conclusión: No poseemos argumentos paleontológicos para determinar una antigüedad de los supuestos túmulos por formas zoológicas actuales. Fué aprobada por unanimidad.

Acerca del problema malacológico presentó el profesor Martín Doello Jurado la siguiente conclusión: Entre los moluscos hallados por los hermanos Wagner en los yacimientos santiagueños abundan, junto con especies del Pacífico, una especie atlántica muy frecuente en los yacimientos de diversas regiones del país y hasta en los post-hispánicos. Fué aprobada por unanimidad.

CRÓNICA OFICIAL



FELIX F. OUTES

El 9 de septiembre de 1939 falleció en la ciudad de Buenos Aires, don Félix F. Outes, fundador y Presidente honorario de la Sociedad Argentina de Antropología, y, sin dudas, nuestro más sabio y prestigioso cultor de esta ciencia en la actualidad.

Outes ha sido para nuestra materia algo más que un ilustre investigador; recordemos que le cupo comenzar la tarea cuando hubo que crearse todo: principios, normas, instituciones, elementos, y lo que es más difícil, un ambiente. Era la época de Ameghino, Ambrosetti y Torres, la época heroica, aun no desvanecida del todo, en que estos hombres, meros juntadores de huesos y cacharros, rodeados por la indiferencia o la simple curiosidad, echaron la base sólida de nuestras ciencias antropológicas. Su talento y su impulsión al estudio de estas disciplinas fué precoz. Cuando sólo tenía 19 años, allá por 1897, publicaba su primera obra, "Los Querandíes", de intención, valores y seriedad inusitados para la época y la corta edad del autor. A partir de entonces, y sin fecundidad que resintiera la solidez de su producción, siguió una serie de obras, artículos, folletos,

sobre los cuales se funda, casi exclusivamente, nos atrevemos a decirlo, el prestigio de su nombre.

Sus estudios y monografías reconocen todos un fin claro y concreto; siempre agotó las posibilidades que ofrecía el tema que abordaba, sin dejar promesas de investigación ulterior, más profunda y definitiva. Si algo distingue su obra y le da carácter, es la fría objetividad del análisis, la prolijidad parsimoniosa de las citas, la prudencia en las conclusiones. "La edad de piedra en Patagonia", "Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba", y sea tan sólo por recordar aquellos títulos que nos son más familiares, quedan como verdaderos prototipos.

No fué Outes, y esto lo diferencia de los antropólogos de la primera época, exploradores a la par que estudiosos, hombre de campaña. Sus viajes fueron escasos, superficiales. Su tarea se desenvolvió, casi exclusivamente, en el confortable pero limitado ambiente del gabinete.

Fué polemista y crítico agudo, de palabra recia y sin recato; su franqueza, rayana en la crueldad, le enajenó voluntades, creando fama de temible a su figura pequeña y nerviosa.

Pese a que su obra es la que mayor influjo ejerce sobre la actual generación, y que pocos son los investigadores que escapan a su ejemplo metodológico, pese a ser un maestro indiscutido, careció, paradójicamente, de discípulos. Tal vez faltó a su espíritu alguna de esas providenciales condiciones que hacen al maestro, la simpatía que atrae, la bondad que inspira la tolerancia.

Nos deja Outes una herencia valiosa que, por singular excepción, no necesitará la ayuda de los apologistas ni del tiempo para ser apreciada en su verdad; nos queda de él el ejemplo de una vida consagrada al estudio.

A. M. S.

HOMENAJE A AMBROSETTI

Las gestiones iniciadas por la Sociedad Argentina de Antropología para que se diera el nombre de Juan B. Ambrosetti a una calle de Buenos Aires tuvieron, tras largas vicisitudes, cumplido éxito.

El Honorable Concejo Deliberante, en la sesión del 8 de agosto de 1939, sancionó la ordenanza 10.489 denominando Juan B. Ambrosetti la antigua calle



Retrato de Ambrosetti para la placa colocada en la calle que lleva su nombre. Original de Mario A. Arrigutti.

Mocoretá, ordenanza iniciada a nuestro pedido por el concejal don Francisco A. Turano, y apoyada por todas las instituciones científicas vinculadas a la labor realizada por Ambrosetti.

El homenaje tuvo exteriorización, cálida y rotunda, en el acto de la inauguración de la placa, colocada por nuestra Sociedad en el comienzo de la calle que lleva el nombre del sabio, el día 26 de octubre de 1940. La prensa de la Capital destacó la importancia de aquel acto y el inusitado aporte popular. Los oradores precisaron la significación del homenaje que se realizaba.

El doctor Eduardo Casanova habló en nombre de la Sociedad Argentina de Antropología; el profesor Francisco de Aparicio, en representación de la

Universidad de Buenos Aires; el doctor Emilio Ravignani, en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras; el profesor Martín Doello Jurado, en representación del Gobierno de Entre Ríos y del Museo Argentino de Ciencias Naturales; finalmente, el diputado nacional don Francisco A. Turano, especialmente invitado por ser el autor de la ordenanza.

La provincia natal de Ambrosetti estuvo ampliamente representada en el acto. El Gobierno de la provincia adhirió, por decreto de fecha 22 de octubre de 1940, designando su representante al profesor Martín Doello Jurado y, además de numerosas personalidades, hicieron llegar su adhesión las siguientes instituciones: Museo de Entre Ríos; Academia Nacional de la Historia, Filial Entre Ríos; Asociación Folklórica Argentina, Filial Paraná; Colegio Libre de Estudios Superiores, Filial Entre Ríos; Círculo de los Profesores Diplomados en la Enseñanza Secundaria de Paraná; Rotary Club de Paraná; Instituto Entrerriano de Estudios Históricos, de Concepción del Uruguay; Sociedad "El Porvenir", administradora de la Biblioteca Popular de Concepción del Uruguay.

DISCURSO DEL DOCTOR EDUARDO CASANOVA

La Sociedad Argentina de Antropología fué fundada, hace poco más de cuatro años, para vigorizar el espíritu de solidaridad entre los que se dedican a estos estudios, y para coordinar la investigación, haciéndola más proficua mediante la acción conjunta de los antropólogos y de todos aquellos que se sienten atraídos por los problemas que presentan las Ciencias del Hombre.

Al iniciar sus tareas la nueva institución, sus miembros consideramos las necesidades del presente y los planes para el futuro, no olvidando lo mucho que se había hecho en el pasado, ya que, precisamente, fueron los abnegados esfuerzos y sacrificios de los hombres ya desaparecidos, los que nos han permitido establecer, sobre sólidas bases, nuestros trabajos de investigación. En la sesión inaugural, el entonces Presidente de la Sociedad, profesor don Félix F. Outes, cuya muerte ha dejado tan sensible vacío en nuestras filas, pronunció unas palabras que voy a repetir, porque ellas son expresión fiel de este sentimiento que nos liga a las generaciones que nos precedieron. Después de destacar, con acertadas frases, los méritos de Moreno, Ameghino, Quiroga, Lafone Quevedo, Ambrosetti, Debenedetti y Boman, el profesor Outes agregó: "La Sociedad Argentina de Antropología ha de conservar, devotamente, el recuerdo de estos precursores y maestros ilustres que fundamentaron y dieron personalidad estable y vigorosa a los estudios de Antropología en la República".

Corresponde al profesor don Francisco de Aparicio, nuestro actual y digno Presidente, el honor de haber sido el primero en concretar una iniciativa para que la Sociedad rindiera su homenaje a uno de nuestros más prestigiosos hombres de ciencia: el Dr. Juan B. Ambrosetti. A fines de 1937 proponía al Consejo

Directivo que se gestionara ante la Municipalidad la designación de una calle de la Capital con el nombre del distinguido investigador y que, obtenido esto, se colocara, en acto público, una placa conmemorativa. La moción recibió el voto unánime de los miembros del Consejo y el apoyo entusiasta de todos los socios; efectuado el pedido a la Municipalidad, se adhirieron al mismo, en conceptuosas notas, las instituciones científicas a las que había estado vinculado el Dr. Ambrosetti, debiendo citarse especialmente: la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, la Academia Nacional de la Historia, la Sociedad Científica Argentina, la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales y la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos. Diversas causas, entre ellas el cambio de autoridades municipales, hicieron que este pedido no llegara a ser considerado oficialmente.

El profesor Aparicio, a cuyo cargo estaban las gestiones, no se desanimó por este contratiempo, y el año pasado reinició empeñosamente su tarea, consiguiendo, con la eficaz colaboración del Dr. Emilio Ravignani, que el entonces concejal y hoy diputado nacional, profesor don Francisco Turano, tomara a su cargo el asunto y presentara al Concejo Deliberante el proyecto de ordenanza por el cual se daba a la calle en que nos hallamos el nombre de Juan B. Ambrosetti. Poco después se sancionaba y promulgaba la ordenanza, y desde entonces, la ciudad puede enorgullecerse de que una de sus arterias lleve el nombre de una personalidad ilustre que mereció bien de la patria.

Quedaba el difícil problema de trasladar al bronce la efigie del sabio, pero también este obstáculo fué superado gracias al talento del joven artista Mario Arrigutti, quien ha obtenido el triunfo de realizar un trabajo, al cual han prodigado sus elogios los familiares y amigos del Dr. Ambrosetti, que conservan intacta, en su corazón y en su cerebro, la imagen querida.

Hoy culmina el homenaje en este sencillo acto, realzado por la adhesión de prestigiosas instituciones, así como por la presencia de distinguidas personalidades y de un grupo de alumnas de la Escuela Normal Nº 4, herederas de la tradición de la Escuela Normal Superior, que funcionó en este mismo edificio que se levanta frente a nosotros, y en la cual dictó cátedra el Dr. Ambrosetti.

La Sociedad Argentina de Antropología ha querido hacer conocer los detalles de la organización de este homenaje, para rendir público testimonio de gratitud a todos aquellos que han contribuído a que el justo anhelo se convirtiera en espléndida realidad.

Antes de ceder esta tribuna a los oradores que harán revivir, con la magistral autoridad que les dan sus antecedentes, algunos aspectos de la vida y obra del Dr. Juan B. Ambrosetti, quiero sintetizar, en pocas frases, el significado que para los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología tiene la figura del sabio. Muerto hace más de veinte años, muchos de nosotros no lo conocimos personalmente o fueron contadas las ocasiones de tratarlo, por lo cual nuestro juicio

no puede ser acusado de estar influído por las elevadas prendas morales de su carácter, cuya ingénita bondad y tolerante comprensión le hacían ganar el corazón de todos aquellos que le rodeaban.

Vemos en Ambrosetti a un investigador de verdad, en cuyo ejemplo mucho tenemos que aprender, y que dedicó su vida entera a las Ciencias del Hombre, dejando de lado la tentación de las fáciles comodidades que su holgada situación económica le brindaba. Su perseverancia en el trabajo, su dinámica actividad y su genio intuitivo, que colmaba los vacíos que presentaban los conocimientos en su época, le permitieron plasmar la arqueología argentina, abriendo nuevos horizontes a los estudiosos. Dió sólidas bases: a la exploración sistemática, mediante sus viajes a los más apartados rincones del país; a las publicaciones científicas, con sus obras monográficas; a las instituciones de la especialidad, con la creación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras; y, por último, sabiendo que la vida de un hombre es demasiado corta para obra semejante, que reclama continuo perfeccionamiento, despertó en otras almas, especialmente en la de su más esclarecido discípulo, el Dr. Salvador Debenedetti, el amor por estas investigaciones, de manera que la tea encendida por su talento fuera transmitiéndose de espíritu en espíritu, aumentando su luminosidad con las sucesivas adquisiciones.

Mucho más podría agregar, pero basta con repetir esas tres palabras que ostenta la placa, y que, en su sencilla elocuencia, lo dicen todo: Juan B. Ambrosetti fué:

Explorador - Arqueólogo - Maestro.

DISCURSO DEL PROFESOR FRANCISCO DE APARICIO

"Cumplo con el honroso deber de traer a este acto, la palabra de la Universidad de Buenos Aires.

No podía faltar esta palabra. Ambrosetti fué, en grado eminente, un hombre de la Universidad. No salió, sin embargo, de sus aulas. Entró a ellas, trayendo el fruto de lo que había cosechado por su cuenta. Suerte de doctor montonero — como se definiera a sí mismo Sarmiento —, alcanzó la sabiduría espontáneamente, como una localidad de tránsito, en su continua marcha por la vía de la investigación y del estudio.

La Universidad de Buenos Aires, que había alcanzado jerarquía realmente universitaria, coronando sus escuelas técnicas con una facultad destinada al estudio de las humanidades, no pudo prescindir de él: llevóle a la cátedra, le encomendó la creación del Museo Etnográfico y lo premió con sus más grandes honores: doctor y académico.

La Sociedad Argentina de Antropología tuvo la iniciativa del homenaje cuya realización termina con la ceremonia de hoy. Y lo ha realizado naturalmente, como una tarea ineludible dentro de sus propias finalidades. En esa institución nos hemos reunido cuantos en el país nos dedicamos a la investigación en el campo de las ciencias antropológicas. Nos hemos reunido para dar mayor eficacia a nuestra labor y para provocar y facilitar actividades análogas en los que hoy se inician en este género de disciplinas. Tal propósito ha creado entre nosotros un nuevo estado de cosas: un clima generoso de tolerancia y de mutua comprensión; de simpatía para la labor ajena; de estímulo, de colaboración y de guía para los jóvenes.

Logrado este clima, nos hemos asombrado nosotros mismos de los frutos obtenidos en breve espacio de tiempo. Advertimos, entonces, que estamos haciendo — reunidos y contando con grandes facilidades — lo mismo que hiciera Ambrosetti, hace medio siglo, solo, frente a enormes dificultades. Así se explica que este homenaje haya surgido, espontáneamente, como un acto de justicia impostergable.

Ambrosetti no es un caso aislado en nuestra historia. En la segunda mitad del siglo anterior — como si les hubiera llegado el momento de actuar en el drama de nuestra vida nacional — aparecen en escena algunos iniciados en el campo de las artes y las ciencias. Llegan como obedeciendo a un mandato divino, en momentos en que nuestra cultura había alcanzado tal madurez que necesitaba actividad en todas sus manifestaciones intelectuales. Vienen dotados excepcionalmente. Traen un mandato imperativo que cumplir. A condiciones de talento, indispensables, suman un espíritu de generosidad extraordinario. Soldados de vanguardia, deben de abrir el camino, dispuestos a sacrificarse, a menudo obscuramente, para que triunfen los que vienen detrás.

En la breve historia de nuestro arte y de nuestra ciencia, aparecen, al comienzo de cada una de sus manifestaciones, uno de estos grandes hombres que alcanza dimensión prócer en la contienda, siempre ruda, contra la incomprensión y la ignorancia.

Tocóle a Ambrosetti la suerte de ser el predestinado para abrir la brecha en el campo de la arqueología. Nuestra presencia en este sitio dice, con sobrada elocuencia, de la eficacia con que cumplió su destino. Joven, extremadamente joven, como si presintiera su muerte prematura, inició su carrera. Con excepcional clarividencia, que habría de ser característica de toda su labor, comprendió que el conocimiento del país era tarea preliminar. Sus viajes cimentan su obra de investigador. Viajó, afanosamente, inteligentemente. Viajó hacia los cuatro rumbos, como si se hubiera propuesto descubrir, en el suelo patrio, el cuadrante que más rico venero pudiera ofrecerle. Localizó, así, las grandes culturas del Noroeste y dedicó a ellas el período más fecundo de su vida.

Doble herencia nos legó Ambrosetti: su obra y el recuerdo de su vida. Bello ejemplo de lo que puede una voluntad perseverante, dirigida por un noble afán, es su obra. Desde sus primeros pasos — tanto en la búsqueda afanosa en el

"antigal" fragoso como en la elaboración febril en la mesa de trabajo — evoluciona Ambrosetti desde el balbuceo del principiante hasta la obra magistral que fija rumbos al porvenir.

Toda la obra de Ambrosetti — autodidacta en el más amplio sentido del término — se resiente de un cierto carácter de improvisación. Revela la urgencia de lograrlo todo, en breve tiempo. Bastóle así su corta existencia para explorar los yacimientos arqueológicos más importantes de nuestro país, exponer sus resultados en monografías que son hoy las obras clásicas de nuestra arqueología y organizar, luego, las colecciones reunidas, en el Museo Etnográfico.

Investigadores posteriores dispondrían de recursos técnicos que les permitirían desarrollar una labor, aun más precisa, en el terreno. Otros, darían atención preferente al trabajo de gabinete y, en tarea lenta, penosa, heroica, a veces, se empeñarían por alcanzar la erudición cabal, el adjetivo justo, la coma oportuna. Unos y otros comprometen nuestro afán con ejemplos de perfección, difícil de alcanzar. Mas, la obra de los continuadores de Ambrosetti es, precisamente, la que aquilata su labor. Es la que nos lleva al convencimiento de que aquélla, además de su valor histórico, tiene quilates suficientes para asegurarle — permanentemente — el papel de piedra liminar de la arqueología argentina, que hoy desempeña.

Doble herencia nos dejó Ambrosetti, dije hace un momento: su obra y su vida. Por intensa, por noble y generosa, esta última ha proyectado hasta el futuro tan rico testimonio tradicional que nos resulta familiar a todos los que no lo tratamos en vida. Los que conocemos su obra, sabemos, además, de su espíritu casi maternal, que lo dió todo, sin exigir nada. Sabemos lo que nosotros le debemos. Sabemos lo que el país le debe.

Más aún, en instantes de sincera introspección, todos y cada uno de nosotros — cualquiera que sea el grado de hipertrofia de su propia vanidad — ha tenido que sentirse, en algún modo, discípulo de Ambrosetti. Y, a fe, que no ha tenido motivo para avergonzarse de ese descubrimiento.

Y si alguno de nosotros, en momentos de flaqueza, ha sentido la tentación de hundir al prójimo para destacarse, de madrugar en el tratamiento de un tema que no le corresponde, de ocultar el libro o el dato que pudiera mejorar la labor de otro, seguro es que la sombra patriarcal de Ambrosetti ha de haber surgido en su conciencia, como una admonición suave y eficaz, avergonzándolo de tales procedimientos.

Es el reconocimiento unánime de esta virtud y de aquella sabiduría lo que explica la espontaneidad de este homenaje. Y es por eso que el mayor homenaje, en realidad, lo constituye nuestra presencia en este sitio.

Si no lo impidiera la alta representación que invisto, a riesgo de ser espectacular y poco original, pero seguro de ser justo y eficaz, hubiera reducido estas palabras — vanas y superfluas — sólo a tres: Ambrosetti, aquí estamos."

DISCURSO DEL DOCTOR EMILIO RAVIGNANI

El doctor Emilio Ravignani, en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras evocó, en brillante improvisación, la figura de Juan B. Ambrosetti, recordando que sus monografías constituyeron el comienzo del elenco de la serie de publicaciones del Museo Etnográfico. Hablando luego de esta institución, destacó que en la actualidad, mediante la ayuda municipal, y por obra de los diversos directores que tuvo, ha excedido los límites de un simple centro de cultura universitaria, para transformarse en un lugar donde la población de Buenos Aires puede ir a aprender lecciones. El Dr. Ravignani terminó expresando que Ambrosetti merecía ser recordado por la ciudad, ya que su obra y su esfuerzo resultaron útiles a la comunidad.

DISCURSO DEL PROFESOR MARTIN DOELLO JURADO

"Señores:

Debo, ante todo, cumplir la misión con que me ha honrado el Gobierno de la provincia de Entre Ríos al encomendarme su alta representación en este acto. Ha querido con ello no sólo recordar con orgullo que el Dr. Juan B. Ambrosetti había nacido allá, sino que fué en Paraná donde muy joven aun se inició en las ciencias naturales, como ayudante del antiguo museo provincial dirigido por el benemérito profesor Pedro Scalabrini, y donde elaboró sus primeros ensayos zoológicos y paleontológicos, que después había de dejar — aunque conservando siempre la cultura básica y la mentalidad del naturalista —, para entregarse de lleno a las ciencias etnológicas, en las que fué discípulo de sí mismo y luego maestro de los demás.

Los dignísimos colegas que, en forma oportuna y feliz, han organizado esta simpática y significativa ceremonia, han querido también que el Director del Museo Argentino de Ciencias Naturales expresara en ella su adhesión. Muy justificada tan deferente decisión, y muy fácil la tarea de quien la cumple gustosamente. La vida y la obra de Ambrosetti aparecen ahora consagradas en el más alto plano de la cultura nacional. Muy íntimamente grata también esta misión para quien tiene el honor de hablar, vinculado como estuvo al maestro por muchos y fuertes lazos de admiración, de cariño y de amistad, y de tantos comunes afanes y motivos de estudio.

En otras ocasiones expresé yo cuán grandes fueron las relaciones de Ambrosetti con el Museo de Buenos Aires, del cual fué, durante la dirección de Florentino Ameghino, jefe honorario de la Sección Arqueología, y en cuyos "Anales" publicó sus primeros trabajos importantes. Él consideró siempre al viejo Museo, aun después de haberse independizado de él para fundar el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, como su casa paterna, donde

entraba invariablemente como a la propia, y donde así era recibido. La adhesión de aquel instituto a este acto es, pues, tan sentida y cordial como consistente y fundada.

Pero hay otra razón, podríamos decir de orden edilicio, que torna más justificada y grata esta manifestación. El Museo Argentino de Ciencias Naturales, en sus nuevas instalaciones del vecino Parque Centenario, se congratula efusivamente de ver que, por feliz acuerdo de las autoridades municipales y de la Sociedad Argentina de Antropología, autora de esta iniciativa, haya sido esta calle la que lleve el nombre del ilustre arqueólogo, así como se proyecta que otras de la misma vecindad lleven los nombres de nuestros grandes sabios y exploradores. Esta calle conduce, en efecto, hasta el nuevo edificio del Museo Argentino, en la larguísima brega de cuya construcción él tanto se interesó en sus últimos años.

Así ahora, la calle Juan B. Ambrosetti, al modo de uno de aquellos arroyos de su provincia natal (cuyo nombre, casualmente, llevaba hasta ahora), que se echan a otro de los grandes ríos como el Paraná, viene desde el Parque del Museo, habiendo abierto su cauce a través de una de las grandes quintas tradicionales, a desembocar en este otro enorme caudal de la calle Rivadavia, que naciendo en el corazón mismo de la Capital y del país, la histórica Plaza de Mayo, atraviesa toda la ciudad y se prolonga sin interrupción por las pampas hasta Mendoza, y luego sigue hasta Chile, como la ruta del Libertador. En el fragor de su tránsito diario, la boca de esta calle apacible y arbolada, asomándose con esta efigie de bronce al bullicio de la vía grande, recordará a los pasantes un preclaro nombre latino que se hizo genuinamente criollo, el de un hombre que consagró su vida y todas sus energías, apasionada y generosamente, y también sencilla y buenamente, sin alardes ni posturas académicas, al culto de las vidas humanas de la Argentina prehistórica, en el ambiente tranquilo y callado de su gabinete o en los valles calchaquíes y las quebradas jujeñas, con el ánimo fiel y sanamente patriótico y la inteligencia perspicaz de quien está convencido de que realiza una obra útil y bella, que es también obra de fe."

DISCURSO DEL DIPUTADO NACIONAL DON FRANCISCO A. TURANO

"Señores:

Por gentil recordación y decisión del Consejo Directivo de la Sociedad Argentina de Antropología, en mi carácter de autor de la ordenanza nº 10.489, que denominó Juan B. Ambrosetti a una calle de esta ciudad, me corresponde hacer uso de la palabra en este acto de colocación de la placa, que señala a la admiración del público, el nombre de aquel verdadero héroe civil.

La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, al incorporar el nombre de Ambrosetti a una de sus calles, realizó un acto de estricta justicia, un deber

patriótico que señala al juicio del pueblo, la recordación perenne de un sabio auténtico, que cimentó los prestigios de nuestra nacionalidad por su obra estrictamente científica y especializada.

La vida de los hombres consagrados a la ciencia pasan, por lo general, inadvertidamente. Sus vidas se circunscriben en el silencio de sus gabinetes, porque la soledad es la inseparable compañera que coadyuva en las tesoneras y profundas investigaciones del estudioso.

Se adquiere, por lo general, una modestia congénita, porque cuanto más grande es el cerebro más noble y humilde es el alma, e inciden en el carácter del hombre sabio. Él vive para la humanidad y a ella entrega todo su patrimonio, que es su saber. Los placeres de la vida los tiene en su trabajo solitario, y sus infinitas riquezas están en la potencialidad de su cerebro.

En los términos precedentes, tenéis el perfil inconfundible de Juan B. Ambrosetti. Nacido en la tierra de las cuchillas, en la vieja Gualeguay, donde los rumorosos ríos invitan a las almas inquietas a remontarlos para conocer sus misterios; nacido en la tierra del libertador y organizador de la República, don Justo José de Urquiza, como si fuera un signo de Dios para enaltecerla y dejarla inmarcesible en la esperanza gloriosa de sus hijos. Y en la flor primorosa de su edad, cerró sus pétalos, para no desperdiciar su polen, pero largó al viento el perfume penetrante de su sabiduría. La naturaleza lo subyuga, pretende desentrañar parte de su misterio, y en temprana edad siente las inquietudes de un cerebro maduro, y se agrega a la caravana de naturalistas, iniciándose en la investigación y colección de elementos de zoología y etnografía, y por cuyos méritos a los veintiún años de edad fué designado Director de la Sección Zoológica del Museo de la histórica ciudad de Paraná. Su espíritu dinámico lo impulsa hacia el terreno de las investigaciones arqueológicas, quiere complementar sus conocimientos sobre los elementos étnicos del país, y recorre leguas y leguas incansablemente y busca en las profundidades del suelo los misterios de las razas autóctonas extinguidas. La meseta misionera con su enmarañada selva, donde las plantas epífitas buscan las caricias del sol, y donde el río cavó su cauce en su lecho de roca dejándolo escapar por sus gargantas con sus fantásticos murmullos, sintió la pisada silenciosa del sabio, dirigida hacia la inconfundible búsqueda de los elementos constitutivos de una ciencia auxiliar. La llanura chaco-bonaerense, delimitada en sus secciones por el río Salado del Norte, fué recorrida también por Ambrosetti en la intensificación de sus investigaciones, y allá en el lejano Noroeste argentino, donde la árida puna sirve de muralla limítrofe a los cordones precordilleranos y subandinos, donde la civilización diaguita-calchaquí sentó sus reales en las alturas hasta en las regiones de las sierras pampeanas de la gran región andina, porque tal vez creían que más cerca de Dios se alejaban de la maledicencia y de la codicia insaciable de los hombres; allá, digo, Ambrosetti ambuló, ahuyentando tal vez con su

recia figura al rey de las montañas, y más de una noche en lecho de roca, cubierto con el poncho tejido por manos que él investigó su remotísima ascendencia, se puso a filosofar frente al cielo cubierto de infinitas estrellas que salpicaban sus luces de plata sobre los níveos picos del majestuoso Ande. Pero la patria es muy extensa, y los elementos raciales se han esparcido a lo largo del continente hasta en su confín, el paralelo 55; es necesario, pues, recorrerla e ir a la búsqueda de los factores que nos han de aclarar los períodos prehistóricos de la patria. ¡Qué tarea ímproba, abrumadora! Ambrosetti no se detiene; hay que completar los conocimientos adquiridos; él se ha trazado un plan de labor desde sus primeros años; hay que proseguir la obra; hay que marcar rumbos, hay que crear nuevas orientaciones, hay que establecer la escuela de la arqueología argentina. Y Ambrosetti, señores, con fe, recorre las mesetas patagónicas, y al ver sus formas de anfiteatro su alma de maestro contempla sus estrados desérticos, que algún día pasarán los discípulos que seguirán su escuela.

Consagró su existencia a la ciencia, por eso fué un sabio y trabajó hasta los últimos instantes de su vida, él bien lo sabía; mientras hay aliento, hay vida; mientras hay vida, hay espíritu de lucha, y mientras hay espíritu de lucha hay fe, esperanzas y ansias incontenibles de hacer bien a la humanidad. La luz cuyos últimos destellos se extinguen puede encender la tea de incalculables proyecciones. Y la luz, señores, se extinguió, pero dejó encendida una tea cuyo resplandor se pierde en el infinito.

He dicho."

MEMORIA 1937 - 1938

Consejo Directivo. En la Asamblea ordinaria de socios realizada el día 22 de septiembre de 1937 se eligieron autoridades para el período 1937-1938, quedando constituído el nuevo Consejo Directivo de la siguiente forma: Presidente, Francisco de Aparicio; Vicepresidente, Eduardo Casanova; Secretario, Jorge Cranwell; Tesorero, Gervasio Fernández Madero; Vocales: Romualdo Ardissone, José Imbelloni, Eva Iribarne, Salvador Canals Frau y Milcíades Alejo Vignati.

La constitución del Consejo Directivo sufrió una modificación, suscitada por la renuncia que de su cargo de Secretario presentó el Sr. Jorge Cranwell, y que fué aceptada en la sesión del 4 de mayo de 1938, nombrándose en su lugar a la Srta. Eva Iribarne. En la misma sesión se procedió a la elección del Vocal que había de ocupar la vacante dejada por la Srta. Iribarne, recayendo ésta en la persona del Sr. Jorge Cranwell.

Se celebraron reuniones durante ese período, los días 29 de septiembre, 17 de noviembre y 13 de diciembre de 1937 y 4 de mayo y 16 de agosto de 1938. El día 28 de septiembre de 1938 se celebró Asamblea ordinaria para renovar autoridades.

Iniciativas. Durante este período fueron aprobadas por el Consejo Directivo las siguientes iniciativas presentadas por sus miembros:

En la sesión del 29 de septiembre de 1937, el señor Presidente propuso efectuar una "Semana de Antropología", que consistiría en una serie de reuniones de comunicaciones a realizarse durante el transcurso de una semana. Indicó la conveniencia de que se iniciara en los últimos días del mes de noviembre, y que, como acto de clausura, se efectuase una excursión por los alrededores de esta Capital, visitándose algún sitio de interés arqueológico. En la misma sesión se aprobó la moción del señor Presidente, tendiente a tramitar ante las autoridades municipales, que se diera el nombre de Juan B. Ambrosetti a una calle de esta ciudad, como homenaje público al iniciador de las investigaciones arqueológicas en este país.

En la reunión del 13 de diciembre del mismo año, manifestó el señor Presidente los deseos de las autoridades de la Sociedad Amigos de la Arqueología, de Montevideo, de efectuar reuniones científicas de conjunto entre ambas asociaciones, exponiendo, por su parte, que creía conveniente realizar reuniones periódicas que tendrían lugar en distintas ciudades del litoral de ambos países, actos que llevarían el nombre de "Reuniones rioplatenses de Etnología". El mismo propuso, en la reunión del 4 de mayo de 1938, que la Sociedad se ocupara de precisar y fijar el vocabulario técnico de antropología y ciencias afines, encargándose a la comisión que tiene la dirección científica de la Sociedad la tarea de formular el plan de trabajo. Manifestó también, que creía de interés que la Sociedad hiciera conocer la bibliografía que, antigua o moderna, fuera poco conocida. Ambas iniciativas fueron aceptadas por el Consejo Directivo, el cual acordó fijar el primer miércoles de cada mes para las reuniones de comunicaciones y el tercero para la discusión de la nomenclatura técnica y comentarios bibliográficos. En la segunda reunión, celebrada el día 16 de agosto del mismo año, el señor Presidente propuso que los socios más capacitados de la Institución dictaran cursos breves de historia precolombiana, destinados a los profesores de colegios secundarios, a fin de facilitarles la enseñanza de esa parte de los programas de historia. Los cursos serían dictados por catedráticos universitarios o por aquellas personas designadas de común acuerdo con el Ministro. En la misma sesión hizo moción el señor Presidente para que la Sociedad Argentina de Antropología lograra que el Foto Club Argentino dictase un curso de fotografía para sus socios, en base de un programa que oportunamente se formularía. El Consejo Directivo le encomendó al mismo las gestiones necesarias.

Reuniones científicas. La Sociedad inició las gestiones científicas correspondientes a este ejercicio, celebrando la Semana de Antropología, en la cual fueron invitados a participar los más destacados especialistas del país. Se celebraron reuniones en el local del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía

y Letras durante los días 29 y 30 de noviembre y 3 y 4 de diciembre, de acuerdo con el siguiente programa:

Lunes 29 de noviembre:

Francisco de Aparicio, **Problemas de exposición en un museo arqueológico.**

Ramón Pardal, **Paleopatología de un cráneo indígena de Mendoza.**

Milcíades A. Vignati, **Arqueología de las lagunas de Guanacache.**

Enrique Palavecino, **Algunos relevamientos antropométricos de aborígenes argentinos.**

Martes 30 de noviembre:

José Imbelloni, **Sobre el lugar que corresponde a la raza Fuéguida en la serie de las formaciones humanas australoides.**

Salvador Canals Frau, **Etnología histórica de la provincia de Mendoza.**

Julián Cáceres Freyre, **Hallazgos arqueológicos en La Rioja.**

Romualdo Ardissone, **Algunos silos de la quebrada de Humahuaca.**

Viernes 3 de diciembre:

Fernando Márquez Miranda, **Investigaciones arqueológicas en la provincia de Jujuy.**

Francisco de Aparicio, **Arqueología de la laguna de los Porongos.**

Arturo Alvarez, **Indice racial bio-químico de los matacos.**

Alejandro F. Bordas, **La ubicación sistemática del fémur del Tetraprotomo argentinus Amegh.**

Sábado 4 de diciembre:

Eduardo Casanova, **Investigaciones arqueológicas en el Altiplano.**

Edmundo Wernicke, **La "Verdadera y breve Relación de Staden".**

Ramón Pardal, **Deformación craneana: fisio-patogenia del proceso deformatorio. El cerebro de los deformados.**

Eva Iribarne, **Algunos vasos de las orillas del Paraná.**

Juan Alfonso Carrizo, **El cancionero indígena del Altiplano.**

Se celebraron, además, las siguientes sesiones de comunicaciones:

4 de mayo de 1938:

Abelardo Gallo, **Roberto Lehmann Nitsche.**

Francisco de Aparicio, **Investigaciones arqueológicas en el valle de Uspallata.**

Fernando Márquez Miranda, **Pictografías de Inca Cueva (Jujuy).**

Salvador Canals Frau, **La población pre-araucana de la cordillera del Neuquén.**

8 de junio de 1938:

Salvador Canals Frau, **El límite austral de los diaguitas.**

Alberto Salas, **Nomenclatura del hacha.**

28 de julio de 1938:

José Torre Revello, **Relación inédita del hermano Antonio Rodríguez. Siglo XVI.**

R. P. Juan V. Monticelli, **Régimen alimenticio de los Incas.**

Milcíades A. Vignati, **Arqueología de Martín García.**

7 de septiembre de 1938:

José Imbelloni, **Sobre las dos escrituras Proto-Hindú y de Rapa-Nui.**

Socios. Como una consecuencia de la modificación de los Estatutos que rigieron la Sociedad hasta el 22 de septiembre de 1937, en lo que respecta a la admisión de los socios, su rango y funciones en el desarrollo y gobierno de la misma, se puede advertir un gran aumento de asociados durante este período. Anteriormente a la reforma de los Estatutos, la Sociedad estaba constituída por 10 socios activos y 21 adherentes. Durante el ejercicio 1937-1938 ingresaron 36 socios activos y 13 estudiantes, cuyos nombres son los siguientes:

Socios activos:

José Anesi.
Cristina Correa Morales de Aparicio.
Adolfo Arana.
Carlos F. Barraza.

Berta Vidal de Battini.
Alejandro Bordas.
Ricardo Caillet-Bois.
Alfredo Calcagno.
Rodolfo Carcavallo.
Juan Alfonso Carrizo.
Federico A. Daus.
E. Mansilla Derqui.
Abelardo Gallo.
Anavadro Gnecco.
Pastor Jordán.
Ricardo de Lafuente Machain.
Carlos Lizer y Trelles.
Osvaldo Loudet.
Julio Marc.
Alberto A. Mignanego.
José Luis Molinari.
Francisco Pardo.
Beatriz Perazo.
Ana María M. de Rebollo Paz.
Alberto Salas.
Modesto Santillán Robles.
Miguel Solá.
Augusto Tapia.
Alfredo Taullard.
Raúl Ungaro.
Carlos Vega.
Oscar Vigliani.
Raúl Vigliani.
Edmundo Wernicke.
Rómulo Zabala.
Rómulo Zabala (hijo).

Socios estudiantes:

Ernesto Annecou.
Marta Barrionuevo.
Enrique Benítez de Aldama.
Clotilde Fernández.
Roberto Fraboschi.
Carolina Graiño.
Eusebia Ibáñez.

Aníbal Nasia.
Justo Pérez Gardel.
Hugo Rivarola.
Raquel Sanz.
Roberto Scalabrini.
Juan Manuel Suetta.

Socios honorarios y correspondientes:

Socios honorarios:

Paul Rivet.
Wilhelm Schmidt.
Max Uhle.

Socios correspondientes:

Renato Biassutti.
Alfonso Caso.
Lidio Cipriani.
John M. Cooper.
Raoul d'Harcourt.
Georg Friederici.
Manuel Gamio.
Martín Gusinde.
Alex Hrdlicka.
Jacinto Jijón y Caamaño.
Wilhelm Koppers.
Alfred L. Kroeber.
Ricardo E. Latcham.
Henri Lavachery.
Walter Lehmann.
Sigvald Linné.
Samuel K. Lothrop.
Sven Lovén.
Aureliano Oyarzún.
Luis A. Pardo.
Eric von Rosen.
Stig Rydén.
Max Schmidt.
Julio C. Tello.
Luis E. Valcárcel.
Henry Wassén.

MEMORIA 1938 - 1939

Consejo Directivo. En la Asamblea ordinaria de socios convocada el 28 de septiembre de 1938, a los efectos de renovar autoridades, resultó electo para el período 1938-1939 el siguiente Consejo Directivo: Presidente, Francisco de Aparicio; Vicepresidente, Eduardo Casanova; Secretaria, Eva Iribarne; Tesorero, Gervasio Fernández Madero; Vocales: Salvador Canals Frau, José Imbelloni, Fernando Márquez Miranda, Enrique Palavecino y Milcíades Alejo Vignati.

En la reunión del 1º de junio de 1939, se consideró y aceptó la renuncia que la Srta. Eva Iribarne hacía de su cargo de Secretaria, por tener que ausentarse del país, nombrándose en su reemplazo al Sr. Alberto Salas.

El Consejo Directivo celebró sesiones los días 1º de junio y 1º de agosto de 1939. El día 27 de septiembre del mismo año, en Asamblea general de socios se eligió el Consejo Directivo para el período 1939-1940.

Iniciativas. Durante el transcurso de este período aprobó las siguientes iniciativas presentadas al mismo por sus miembros:

En la reunión del 1º de junio de 1939 se consideró la realización de la Semana de Antropología, resolviéndose, de acuerdo con lo dispuesto en la reunión celebrada el 16 de agosto del año ppdo., que ella tendría como único tema de deliberaciones "Los primitivos habitantes de Santiago del Estero". En la misma sesión, y a propuesta del Sr. Enrique Palavecino, el Consejo Directivo resolvió dirigir una nota al Director del Museo de La Plata, Dr. Joaquín Frenguelli, solicitando se diera mayor importancia a los estudios antropológicos en el nuevo plan de estudios en preparación. Se decidió, además, a moción del señor Presidente, dirigir una nota al Dr. Ricardo Rojas, felicitándolo por la fidelidad y pulcritud histórica con que realizó su drama "Ollantay".

Reuniones científicas. Durante este período se celebraron varias reuniones de comunicaciones y la Semana de Antropología, cuyas sesiones, que contaron con el unánime apoyo de investigadores y centros científicos, estuvieron aplicadas, exclusivamente, a la discusión de un solo problema. El programa de las reuniones y de la Semana de Antropología, celebradas en el local del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, es el siguiente:

5 de octubre de 1938:

Eduardo Casanova, **Hallazgos en un sepulcro de tipo santamariano.**

Enrique Palavecino, **Nuevas observaciones sobre la antropología física de los indios del Chaco.**

Francisco de Aparicio, **Petroglifos en la provincia de La Rioja.**

19 de abril de 1939:

Salvador Canals Frau, **Una antigua población láguida en la mesopotamia argentina.**

Milcíades Alejo Vignati, **Una fuente documental que se esfuma.**

Enrique Palavecino, **Un cementerio indígena en la provincia de Córdoba.**

17 de mayo de 1939:

Adolfo Dembo, **Criterio para la diagnosis de las mutilaciones dentarias.**

Alberto Salas, **Hallazgos de hachas de piedra pulida en Neuquén.**

Fernando Márquez Miranda, **El peinado de los diaguitas.**

Semana de Antropología:

Presentación del problema.

26 de junio de 1939:

El ambiente geográfico, por Joaquín Franguelli.
El descubrimiento del territorio, por Ricardo Caillet-Bois.

27 de junio:

Síntesis histórica, por Enrique Palavecino.
Síntesis arqueológica, por Francisco de Aparicio.
Síntesis antropológica, por José Imbelloni.
Síntesis paleontológica, por Alejandro Bordas.
Síntesis malacológica, por Martín Doello Jurado.

28 y 30 de junio:

Exégesis.

Colaboraron en la exégesis, a invitación del Consejo Directivo, los siguientes especialistas:

Francisco de Aparicio.
Salvador Canals Frau.
Eduardo Casanova.
José Imbelloni.
Fernando Márquez Miranda.
Enrique Palavecino.
Antonio Serrano.
Milcíades Alejo Vignati.
Emilio Wagner.

1º de julio:

Discusión del problema.

16 de agosto de 1939:

Roberto Marfany, **Los indios de Buenos Aires en tiempos de Garay.**
Eduardo Casanova, **Excavaciones en Angosto Chico.**
Romualdo Ardissone, **Noticia acerca del Pucará de Palermo.**

Socios. Ingresaron durante este período 10 socios activos y 4 estudiantes, cuyos nombres son los siguientes:

Socios activos:

Jorge Argañarás.
Amelia Larguía de Crouzeilles.
Alfredo Gargaro.
Alfredo Guido.
Angel Guido.
Horacio Molinari.
Ernesto Padilla.
Héctor R. Ratto.
Carlos Reyes Gajardo.
Ramón F. Vásquez.

Socios estudiantes:

Lidia Benítez de Aldama.
Aurora Rosa Caminos.
Fernando Chaij.
María Celina Griffero.

Publicaciones. Durante las sesiones del Consejo Directivo celebradas el 1º de junio y 1º de agosto de 1939, se decidió la publicación del 2º tomo de Relaciones, determinándose que los trabajos a publicarse en este tomo, al igual que en el anterior, no debían exceder de treinta y dos páginas, incluídas las láminas. Se resolvió, igualmente, que este 2º tomo de la revista de la Sociedad contendría únicamente los trabajos presentados durante la Semana de Antropología. De acuerdo con una sugestión del señor Presidente, el Consejo Directivo resolvió, en principio, editar la crónica de Hans Staden, cuya traducción al castellano ha sido realizada por el socio Edmundo Wernicke.

MEMORIA 1939 - 1940

Consejo Directivo. El día 27 de septiembre de 1939 se procedió, en Asamblea ordinaria de socios, a renovar las autoridades, constituyéndose el nuevo Consejo Directivo para el período 1939-1940, de la siguiente forma: Presidente, Francisco de Aparicio; Vicepresidente, Eduardo Casanova; Secretario, Alberto Salas; Tesorero, Romualdo Ardissone; Vocales: Salvador Canals Frau, José Imbelloni, Fernando Márquez Miranda, Enrique Palavecino y Milcíades Alejo Vignati.

El Consejo Directivo así constituído celebró sesiones los días 6 de diciembre de 1939 y 22 de junio de 1940, convocando el 25 de septiembre a Asamblea ordinaria de socios para la elección de las nuevas autoridades.

Iniciativas. En la reunión del 6 de diciembre de 1939, el señor Presidente, luego de exponer la forma en que la Comisión Nacional de Cultura constituye los jurados para los premios regionales, propuso el envío de una nota haciendo notar los inconvenientes que ofrece, y la necesidad de constituírlos agrupando especialistas afines, moción que fué aprobada. En la sesión del 22 de junio de 1940, el mismo propuso que la Semana de Antropología se celebrara en la ciudad de Mendoza, circunstancia que, además de prestigiar a la Sociedad, estimularía la labor que en el campo de las ciencias antropológicas desarrolla la Universidad de Cuyo. El Consejo Directivo autorizó al señor Presidente a proseguir las gestiones.

Reuniones científicas. Se efectuaron durante este período las siguientes reuniones científicas:

4 de octubre de 1939:

A. Dembo y R. Billinghurst, **Tres dientes humanos procedentes de Soto (Córdoba), con mutilaciones intencionales.**
Enrique Palavecino, **Una máscara calchaquí.**
Milcíades Alejo Vignati, **Nueva mutilación dentaria en una mandíbula aborigen de Santa Cruz.**
Alfarerías tubulares de Punta Lara.

29 de noviembre de 1939:

José Imbelloni, **El mito del "Sol de Oscuridad" en los frescos de la pirámide de la Luna del valle Mochica (Perú).**
Ana Biró de Stern y Francisco de Aparicio, **Acerca de un hallazgo arqueológico en Corrientes.**

22 de diciembre de 1939:

Francisco de Aparicio, **Presentación de una serie de estatuillas de plata, procedentes del Cuzco.**

Salvador Canals Frau, **Los indios del distrito de Buenos Aires según el repartimiento de 1582.**

10 de abril de 1940:

José Imbelloni, **Un cráneo grabado de Chan-Chan.**

Leoncio M. Deodad, **Un bastón mágico herpetiforme de Patagonia.**

15 de mayo de 1940:

Francisco de Aparicio, **Petroglifos de San Juan.**

Ramón Pardal, **Cráneo indígena infantil con procesos osteogenéticos del techo de las órbitas.**

Romualdo Ardissone, **El topónimo "ombú".**

19 de junio de 1940:

María de las Mercedes Constanzó, **Observaciones sobre algunos cráneos Pueblos.**

Delia M. de Palavecino, **Forma y significación de los motivos ornamentales de las "llicas" chaquenses.**

Berta Vidal de Battini, **La leyenda de la ciudad perdida.**

Cristina C. M. de Aparicio, **Los "Escritos de Frank Pedlington".**

16 de julio de 1940:

Juan Alberto Vellard, **Etnografía de Matto Grosso Central.**

21 de agosto de 1940:

Ricardo Garbers, **Sobre un tiesto grabado procedente de Río Negro.**

Adolfo Dembo, **Dos mujeres Izozó con mutilaciones dentarias intencionales. Presentación de algunos tipos indígenas del Chaco.**

Osvaldo Paulotti, **Alfarería Guarayo.**

Socios. Durante este período ingresaron a la Sociedad 6 socios activos y 16 estudiantes, cuyos nombres son los siguientes:

Socios activos:

Armando Braun Menéndez.
José Cortez Martínez.
Ricardo Garbers.
Rafael Jijena Sánchez.
José Marelli.
Alberto Rex González.

Socios estudiantes:

Marta Aldanondo.
María Adela Carbone.
Angel Castellán.
Delia Chianelli.
Guillermo Fernández.
Isolina Grossi.
Cora Guyer.
María Irene Ilesca.
Dolores Márquez.
Dora Masotto.
Nelly Ons.
Adolfo Rivera.
Nélida Teppa.
Delia Terrén.
Mercedes Terrén.
Hebe Unía.

ÍNDICE

	Pág.
LOS ABORIGENES DE SANTIAGO DEL ESTERO	5
Prefacio	7
Presentación del problema	11
El ambiente geográfico, por Joaquín Frengueli	13
El descubrimiento del territorio, por Ricardo Caillet Bois	35
Síntesis histórica, por Enrique Palavecino	47
„ arqueológica, por Francisco de Aparicio	73
„ antropológica, por José Imbelloni	79
„ paleontológica, por Alejandro Bordas	117
„ malacológica, por Martín Doello Jurado	123
Exégesis	145
Exégesis, por Francisco de Aparicio	147
„ „ Salvador Canals Frau	153
„ „ Eduardo Casanova	171
„ „ José Imbelloni	183
„ „ Fernando Márquez Miranda	201
„ „ Enrique Palavecino	217
„ „ Antonio Serrano	221
„ „ Emilio R. Wagner	227
Conclusiones	239
CRONICA OFICIAL	243